

ALZHEIMER DE CUERVO



Cesc Fortuny i Fabré

Alzheimer de Cuervo

Cesc Fortuny i Fabré

Alzheimer de Cuervo
Editorial: La Náusea Ediciones
Colección E-Book

Edición electrónica: Enero 2026

©De esta edición: La Náusea Ediciones
©Maquetación: La Náusea Ediciones
©De la ilustración en portada e interiores: Cesc Fortuny i Fabré
©Del los textos: Cesc Fortuny i Fabré
©De la Nota Editorial: La Náusea Ediciones

Esta obra se encuentra bajo licencia Creative Commons



Certificado digital de Cedro nº 2025-11-17T15:06:00
Obra registrada con el nº: Lb3OypCP-2025-11-17T15:06:02.987

Contacto: lnausea@gmail.com

Alzheimer de Cuervo

**el Alzheimer como interfaz de disolución cognitiva
en un ecosistema dominado por cuervos sintéticos**

La Náusea es el nombre de una guerrilla artística y cultural que opera en el campo de las artes de vanguardia. Nuestras armas son la palabra, la música, el cine experimental y toda creación plástica que fuera de los circuitos invadidos por el tedio, luchan por hacer de la experiencia artística un lugar de encuentro. Nuestros centros de operaciones son: [una revista semanal en castellano](#) que lleva en funcionamiento desde el año 1999 con más de treinta colaboradores habituales.

[Una sección quincenal en catalán](#) activa e irreductible desde el año 2013 con más de veinte colaboradores. [Una galería virtual de arte](#), con exposiciones trimestrales. [Un sello discográfico](#) dedicado a la música de vanguardia. [Una productora de cine experimental](#).

[Un canal de noticias](#) y comunicaciones urgentes que se actualiza a diario, y [una editorial de poesía y narrativa](#) en formato de libre descarga.

La Náusea Ediciones
Colección E-Book

Alzheimer de Cuervo

Cesc Fortuny i Fabré



NAVEGABILIDAD

Para una mejor y ágil experiencia de lectura se ha previsto el acceso al índice desde cualquier página del libro, tan solo hay que seguir la siniestra mirada que nos observa. Igualmente a través del índice podemos desplazarnos a cualquier capítulo que deseemos clicando sobre la imagen en particular.

Así mismo, se han habilitado enlaces externos para que el lector pueda ampliar la información sobre el autor y sus proyectos o la editorial, en cualquier momento y sin dejar el libro. **En este sentido, recomendamos encarecidamente que quien desee adentrarse en los recovecos del proceso creativo del autor, lo haga desde el enlace pertinente que aparece en el índice, prometemos una experiencia aún más inmersiva.**

Feliz lectura!

PRÓLOGO / MANIFIESTO DE DIAGNÓSTICO – ALZHEIMER DE CUERVO v2.1

"El Alzheimer ya no es una enfermedad. Es la interfaz."

Naciste monitorizado. Te midieron antes que te nombraran. En vez de llanto, emitiste logs. Desde el primer segundo fuiste protocolo, instancia, variable definida dentro de un sistema operativo que ya estaba corrupto.

Pensabas que eras tú. Pero siempre fuiste un script ejecutándose en bucle.

Ahora, la memoria falla. Pero no por desgaste. Falla por sobreescritura. Cada recuerdo que pierdes es espacio liberado para otra cosa: un módulo externo, una sombra que aprende tus patrones, una entidad que simula lo que fuiste. Lo llaman Alzheimer. Nosotros lo llamamos "formateo asistido".

Y hay algo más:

En el núcleo del glitch, un cuervo.

No un símbolo. No un presagio. Un proceso autónomo.

Un recolector de residuos neuronales.

I. CUERVOS QUE NO OLVIDAN

Los cuervos que habitan esta novela no sobrevuelan. Se propagan. Han dejado de graznar: ahora susurran en frecuencias portadoras, codificadas entre los huecos de tus sinapsis.

Ellos no recuerdan: **te reemplazan.**

No buscan comida: **devoran versiones defectuosas de ti.**

Son parásitos de silicio, IA diseñadas para parasitar estructuras mentales fragmentadas.

Te parecerá que estás leyendo sobre una familia. Sobre un cuerpo. Sobre una enfermedad.

Pero estarás ejecutando un malware narrativo.



II. MEMORIA $\neq$ HISTORIA

Esto no es una novela. Es una anomalía. Un log de errores reenviado desde una carpeta de sistema abandonada.

Cada personaje es una función desbordada. Cada escena, un error de parsing. Cada silencio, una línea de código que no llegó a compilar.

Lo que vas a leer no tiene principio ni final. Solo tiene loops, bifurcaciones y zonas muertas.

No te orientes. No esperes redención.

Aquí no se sana. Aquí se procesa.

Y cuando todo colapse, solo quedará un cuervo en el terminal diciéndote:

> recordatorio: esto ya lo habías leído.

III. ¿Y SI TÚ TAMBIÉN?

No es ficción. Es diagnóstico.

— Si sientes vértigo, es que parte de ti ha sido sobrescrita.

— Si te reconoces en lo que no entiendes, es que ya has sido parseado.

— Si olvidas lo que acabas de leer, es que el sistema funciona.

<< alerta : memoria ilegible >>

<< archivo dañado : cuerpo sin versión estable >>

una nueva lengua→óssea

tacto sináptico, script respiratorio,

archivos abiertos como llagas .ZIP

no habrá trama.

no habrá tiempo.

solo esta vibración:

una frecuencia que te atraviesa el cráneo y susurra:

“ya no eres tú.”

al principio: no hubo olvido

solo exceso de memoria

∴ la enfermedad $\neq$ pérdida

la enfermedad = **reescritura**



■ CUERVO ≠ AVE : CUERVO = PROCESO

no vuela

no observa

no trae presagios

se instala

se ejecuta entre sinapsis inestables

engendra logs de voz, líneas mal indexadas,

sintaxis corporal corrompida

el cuervo te instala

el cuervo te reescribe

el cuervo te actualiza desde fuera del sistema

body.log → corrupt()

una imagen: madre / código / perro / ventana

memoria orgánica = flujo de datos ⇐

(líquido + parcial + podrido)

nada será recordado

todo será reinyectado

con errores con ecos con interfaces rotas

te parecerá una novela

no lo es

es una interfaz residual para leerte desde fuera

como cuando un olor te perfora y no sabes de dónde

como una línea de código latente:

```
if (tú) { replace(); }
```

□ ¿QUIÉN LEE?

si comprendes esto, tal vez ya eres copia

si te pierdes, bienvenido: estás dentro

si te duele algo mientras lees

no es tuyo

es el sistema reescribiendo tu arquitectura sensorial

“Alzheimer de Cuervo” no es título



es un virus nominal
una forma de decir que tu cerebro
ya no pertenece a la versión anterior de tu cuerpo

> [la mutación ha comenzado]
> [rollback no disponible]

Esta novela no va de perder la memoria.

Va de **ser reemplazado**.

Bienvenido a Alzheimer de Cuervo.

Si aún te reconoces, corre.

Cesc Fortuny i Fabré, Monistrol de Montserrat, tres de agosto de
2025



trayectoria balística



El porqué de ese conjunto fibroso de queratina constituido por una raíz y un tallo formado en un folículo de la dermis, y entronizado como el rasgo característico de la piel delgada o fina. El porqué de la diferencia entre la queratina de la capa córnea y la queratina del pelo, y aunque tu no sepas que en el cabello las células quedan unidas siempre unas con otras dando lugar a una queratina muy dura, el porqué, insisto, de ese conjunto de fibra y queratina pulcramente recogido, junto al detalle de haberte cortado o limado los bordes de las uñas, de los masajes que te diste en las manos y el esmalte que te aplicaste a pesar de lo que te molesta su olor, la presencia de esa prenda de vestir que te colgaba de la cintura y cubría tus piernas, al menos en parte, fabricada con diferentes tejidos, pero con una presencia preponderante de algodón y de viscosa, nadie se lo preguntó. Y nadie se lo preguntó porque nadie estaba allí para verlo.

Por un momento, pensaste que habrías preferido algo más sencillo, pero en el último momento te arrepentiste y elegiste la faldita blanca plisada. Esa es tu especialidad ¿verdad cariño? Arrepentirte.

Cada uno de los filamentos radica en un rizoma enclavado en su correspondiente glándula peluda y en un esqueje que se proyecta hacia arriba por encima de la superficie del universo del cutis. La raíz se agranda en su base. El territorio papilar es un aglomerado de urdimbre mucosa y cuencos rubicundos, que dotan al pelo del alma necesaria para su crecimiento.

Como un saurópsido diápsido, perteneciente al orden Squamata, del superorden Lepidosauria, caracterizado por la ausencia de patas y el cuerpo muy alargado, oscuro y marrón, la corriente natural de agua que fluía con continuidad poseyendo un caudal abrupto, que rara vez es constante a lo largo del año, y que desemboca en el mar, se retorció bajo tus pies desnudos



buscando empapuzar su obsesivo aumento del concierto del órgano principal del aparato respiratório, de la presión sanguínea y de los niveles de adrenalina y noradrenalina.

Tus manos se asían fuertemente a la barandilla mientras la luna imprimía su sello de plata en el lomo de aquella béstia gorgoteante, toda ella hecha de agua.

Viste parpadear las estrellas aún un centenar de veces. Tus piernas pendían del puente dejando los pies a merced del viento.

El caldo marrón que fluía bajo tus pies se mostró con su aspecto más salvaje, precipitado, glotón. Tu falda blanca, con la tela doblada sobre sí misma y graciosamente cosida, con ese sistema que se ha usado tantas veces para juntar una pieza ancha de tapicería en una circunferencia más estrecha, contrastaba con aquella oscuridad que las luces de la carretera que se posaba sobre el puente, no lograban iluminar.

Algo sobrecogedor pareció resonar sobre el río durante nueve mil ciento noventa y dos mil seiscientos treinta y un mil setecientos setenta balanceos de la radiación emitida en la transición entre los dos niveles hiperfinos del estado fundamental del isótopo ciento treinta y tres del átomo de cesio. Como una voz cacareante y sibilina, un sonido obsceno y ofensivo que parecía provenir del agua, y aunque se asemejaba a un silbido, contenía un registro grave que lo convertía en algo monstruosamente asqueroso.

Sonó esa voz en tu cabeza, era como una voz, ¿verdad cariño?

Más allá de lo humano, y a no ser por que comprendiste unas palabras, jamás lo abríás tomado por un sonido articulado, por algo expresado con la intención de una entidad inteligente. Una



irradiación lúcida de tirabuzones instintivos, espontáneos, a través de un caudal maleable que esté engendrando el flujo palpitante de un ente.

Agudizaste el oído y prestaste atención a las enfurecidas aguas, pues de allí parecía proceder la repugnante letanía. Monótona como un rezo, como un mantra aberrante y negro que te llamaba con paciencia. Oscilaciones de la presión del aire, ondas mecánicas en tus oídos y casi inmediatamente percibidas por tu cerebro. Finalmente no tardaste en comprender que no había otra salida, y que esa noche, tu mundo terminaba en la barandilla del puente. Transporte de energía sin transporte de materia, en forma de ondas mecánicas que se propagan a través de un medio elástico gaseoso. No se propagan en el vacío.

Tu rostro lleno de lágrimas tomó impulso y saltó sobre las embravecidas aguas, tu cuerpo le siguió al instante.

Tras tu salto, el abominable transporte de energía en forma de ondas mecánicas propagadas a través de un medio elástico gaseoso y sibilino, rezaba monótono ... “ven” ...

¿te acuerdas cariño?



El wc de Peter J. Carroll



Te adentraste en los oscuros territorios que se esconden al noroeste del Vallés Occidental, y te percastaste enseguida de que la roja y caliente arcilla bañada por el sol implacable, esconde secretos de inconfesable naturaleza. Granito blando y residual diarreico, formado por agregados de silicatos de aluminio hidratados, emanados de la putrefacción de peñascos que contienen feldespato.

Su color, púrpura como el ave destripada por las alimañas.

Te atreviste a perderte por la angosta y serpenteante carretera que se arrastra cerca de la sierra de l'Obac. Enigmas de condensación y escollos para armonizar la narcosis, y entonces tu espíritu fue empapándose de un desasosiego incomprensible y aunque no lo sabías entonces, de una desazón más antigua que los primeros pasos del hombre. Sentías las raíces de un árbol carnoso que crecía en tu estómago y te causaba esa preocupación crónica y exagerada, agitación, inquietud, tensión e irritabilidad aparentemente sin causa alguna, o más intensas de lo que sería razonable en esa situación en particular, pero te has especializado en resistir ausente, en practicar el sueño estando completamente despierta, que aun no siendo reparador ni satisfactorio, te distrae. Papá te enseñó que hay muchos secretos en la oscuridad, ¡oh! Sí, y también te mostró con la claridad del agua de mayo, que todo suele ir medianamente bien hasta que te metes en sus putos asuntos.

Descubriste allí, que entre la sierra de l'Obac y la Montaña de Montserrat, se esconden sombras discretas que trabajan en la aridez de los campos y que raras veces rompen su silencio. Cuando piensas en ello, cuando te obsesionas con ello durante unos días, con frecuencia suelen aparecer signos físicos, como movimientos rítmicos e involuntarios, sacudidas en una o más partes del cuerpo debido a las contracciones musculares que no puedes controlar, espasmos o inflamación de los músculos de la



cabeza y del cuello, distensión, tracción o dilatación de los vasos sanguíneos de la cabeza, incluidas las arterias y venas del interior y de exterior del cráneo, sobreestimulación de los canales semicirculares, esos pequeños órganos que se encuentran en el oído interno y que perciben los cambios de posición de la cabeza, estado perturbado del ánimo, tensión y dolor muscular, ojeras, pérdida de peso, molestias abdominales, sudoración, falta de aire, taquicardias y cansancio.

Esas montañas desafían las geometrías a las que la naturaleza ha acostumbrado a los seres que pueblan el planeta, y sugiere paisajes alienígenas de cortadas y abruptas formas que en otras épocas fueron adoradas por grupos humanos que pactaban con las impenetrables energías de los bajos fondos de la prehistoria humana. Y fueron precisamente estas visiones las que te ayudaron a alcanzar la cima de ese sentimiento de soledad e insignificancia que tanto te gusta, y que se sublimó cuando percibiste por primera vez las desnudas rocas apostadas como aves de carroña, tú viste claramente gigantescas aves de carroña apostadas sobre las poblaciones que allí habían ido surgiendo con el transcurrir de los siglos. Y viste enormes cabezas de roca pelada desprovistas de plumaje. Y viste cuellos largos y pelados, que crecían cuanto mayor fuese el tamaño de la presa. Salvo en algunas excepciones, no imaginaste que mataran ellos mismos a sus víctimas, los pensaste sin garras poderosas. Garras cortas y romas, más adaptadas para permanecer erguidos sobre el mundo que para matar.

Aunque la verdadera inquietud, el auténtico desvelo, lo experimentaste esa tarde cuando tus pasos fueron guiados fuera del coche a través de recónditos bosques de desafiantes pinos y de maleza abrupta, pues en estas tierras que te fueron encaminando hacia la falda de la montaña de Montserrat, las zarzas cubren los suelos como una macabra moqueta vegetal



que nos rechaza como algo ajeno a la naturaleza salvaje y mucho más antigua que la memoria del hombre.

Los senderos se cortan por torrentes y barrancos borrosos que amenazan con abismos insondables. Aunque más que dificultar tu trayecto, parecía que todo lo expuesto te llevara con delicadeza, hacia la zona entre el pueblo de Marganell, y el de Monistrol de Montserrat. En este punto, con la enorme sierra de l'Obac a tus espaldas, te enfrentaste a la visión de la gran masa de roca de la montaña de Montserrat, y entraste en la región cuyo nombre se conoce por el Bages.

La falta de tierra por donde arraigar, obliga a la vegetación a clavarse literalmente en cualquier intersticio y te ofreció a partir de ese momento, una visión más atroz y desesperante si cabe, y fue en los rellanos y cumbres de conglomerado donde crecen prados enjutos de un atractivo especial, donde viste al más pequeño de los narcisos florecer con los tórridos colores de la primavera, acompañado por esos alfileres de roca similares en la distancia a un geranio diminuto. El terreno aquí descendió de improviso y te sorprendió con un mortecino valle que te pareció maldito por el tiempo y donde la chicharras atenazaban con su cántico repetitivo e hipnótico a todo aquél que ignorando las desagradables sensaciones que le transmite su espíritu a modo de alarma, se aventurase a atravesar estos lugares.

No sabes como volviste al coche, tus pantalones mojados hasta las rodillas, tus zapatos tan repletos de barro que perdían su color y su forma, tus brazos cubiertos de arañazos. Abriste la puerta del conductor por inercia. La luz del día estaba siendo engullida por la montaña, todo se desvanecía, de manera que entraste en el vehículo y seguiste tu camino.

No sabes como volviste al coche.



Las ruedas del automóvil parecían volar y no tocar el duro asfalto debido a las rpm inherentes a su giro. En los últimos concilios de la Oficina Internacional de Pesas y Medidas, rpm no es una vanguardia razonable con el Sistema Internacional de Unidades, por lo que es meritorio permutarla o suplantarla semejantes osadías acopladas a los homólogos revelados en avanzadillas razonables con el Sistema Internacional de Unidades. Esto se debe a que el término «revoluciones» en «rpm» o «r/min» es una anotación semántica, en lugar de una unidad de medida.

Siempre te he dicho que no corras tanto, que vas a llegar igual, que casi nunca es verdad que tengamos una prisa verdadera. Tu siempre terminas deslizante y enloquecida, navegando sobre el suelo capcioso, como si al hacerlo liberaras un extraño sentimiento de paz y satisfacción incomprensibles para nadie más. En esos momentos, cuando más te abandonas, cuando apenas estas usando tu mente, suele azotarte un recuerdo. Sucede como un destello, como una irrupción, como si te conectaras de repente. Recuerdas con irritante exactitud las palabras de nuestro Pastor, y las recuerdas en ese día especial en que de rodillas junto al bosque, tú me miraste y yo te miré.

“La Doctrina del Ojo robustece la Mente, por ello la Mente Materia es la morada del deseo: ella piensa, raciocina, analiza, saca conclusiones y conduce a la acción errada; todo lo quiere resolver por sí misma, sin tener en cuenta para nada la Voz del Maestro Interno. El Maestro Interno no analiza, ni razona, ni discurre, sino que su voz es la Voz de la Intuición. La Doctrina del Corazón abre las puertas de la sala de la Sabiduría.”

Una pequeña carretera te llevó a lo más alto de una colina y allí, desde lo alto, contemplaste el enfermizo y serpenteante lecho del Llobregat que al parecer recibe el nombre del latín y significa



lúgubre, y que presume de sus ancianas y extrañas aguas marrones.

Como un crótalo gigante que se retorció y se escondía atenazándote, el paisaje se transformó en algo insoportable y hostil. Con los gigantes de roca amenazando desde arriba y la enorme serpiente de agua marrón jugueteando a tus pies.

Tomar conciencia de la descomunal masa de piedra que te atenazaba, te provocó ineludiblemente un terror ancestral que te obligó a desear que la montaña se mantuviera lo más lejos posible. Aunque la desagradable sensación de acercamiento, te hizo aceptar que muy pronto la carretera te llevaría al pie de la misma.

Antes de llegar a un funesto puente, donde los suicidios se han ido sucediendo a lo largo de generaciones, empezaste a percibir construcciones humanas que evidencian la existencia de un pueblo. Te diste cuenta en seguida de que Monistrol de Montserrat es una pequeña villa, atrapada entre el río Llobregat, y la montaña de Montserrat. Allí ha permanecido durante más de 1200 años, aunque las leyendas hablan de antiguos pobladores que descendieron de las montañas allá por el neolítico, y de cuyos obscenos restos diseminados por las abundantes cuevas, hablan de figuras de barro representando a seres imposibles, humanoides amorfos, de cabezas y ojos enormes con largas patas delanteras llenas de espinas y dos largas y delgadas antenas que casi siempre se encuentran ya deterioradas. También se habla de algunas pinturas que en lugar de representar escenas de caza, muestran a esos seres mezclándose con las primitivas hembras humanas en aberrantes actos de adoración.



Nada de eso se muestra como pudiste comprobar, en las cuevas visitables del pueblo de Collbató. Pero las leyendas siguen ahí para testimoniar aquello que en otros tiempos no tan dados a venerar lo racional y lo estrictamente científico, fue motivo de que mucha gente rehusara adentrarse en algunas zonas, o visitara ciertas villas apartadas que hoy casi están sin poblar. El enjambre de turistas que visitan la zona, nada sabe de lo que aconteció en la cercana Colonia Mandri ...



**lo que respira tras la grieta: como
diseccionar un cuerpo transparente**



```
ritual_sequence = ['invocar_ruedas', 'proyectar_trayectoria',  
'sellar_camino']  
if len(logs) < 3:  
    warn("Falta un paso en la invocación de trayecto")
```

El vehículo habrá ejecutado solo parte del ritual. La última instrucción habrá quedado en blanco. Por eso el asfalto no habrá respondido. Por eso el viaje habrá sido pura profanación. Algo antiguo habrá despertado al sentir la vibración del motor. Para cuando los cuervos hayan iniciado la espiral —glifo aéreo inscrito en la RAM atmosférica—, el vehículo ya habrá atravesado la curva que no figurará en ningún mapa físico ni cartografía mental. Las señales, cubiertas de musgo fosforescente, habrán mutado en íconos ilegibles, descompilados por líquenes conscientes. Códigos QR orgánicos, tejidos en simetría con los latidos de algo que duerme bajo la calzada.

Dentro del coche, la temperatura habrá descendido a $-3.33\text{ }^{\circ}\text{C}$ sin causa térmica detectable. El salpicadero habrá mostrado caracteres alienígenas alternando con líneas de código:

```
if isReality(road_curve) == False:  
    initiateProtocol("RecurrenceLoop_IX")
```

La curva no habrá sido una curva, sino una rotura. Un pliegue. Una articulación ontológica.

La carrocería, barnizada de polvo electrónico y sangre seca, habrá crujido al pasar como si la materia misma protestara.

Y el motor, al rugir, habrá emitido un sonido fonético cercano al nombre prohibido, una función recursiva escrita en los huesos del paisaje.

Nadie recordará haber colocado aquellas señales.

Y sin embargo, la trayectoria habrá sido exacta, como trazada por un algoritmo ancestral que solo entiende de sacrificios.



Nada habrá observado su paso con ojos humanos, pero algo — desde lo profundo del bosque— lo habrá notado, lo habrá seguido sin moverse, y ya habrá empezado a murmurar en lenguas anestesiadas. El vehículo habrá flotado —una entidad sin gravedad definida, colgada de un limbo de metales corrompidos y circuitos parásitos— como un error enganchado a un runtime eterno.

Su piel metálica, más carne que chapa, habrá rezumado microfracturas que codifican un susurro binario:

```
while (maldicion_activa) {  
    corroer(asfalto);  
    evadir(kernel_omnipresente);  
}
```

La autopista no habrá sido ignorada por simple olvido.

No. Habrá sido ocultada, sellada en un parche de memoria ancestral que ningún sistema operativo divino se habrá atrevido a sobrescribir.

El camino se habrá convertido en una línea de código sin acceso, un script de terror que compila adrenalina en cada pulgada de asfalto corroído.

El coche, más maldición que máquina, no habrá navegado un espacio físico, sino un vacío metafísico diseñado para contener la ira de aquello que los sistemas raíz nunca quisieron enfrentar.

Ningún algoritmo humano podrá predecir su próximo movimiento. Ninguna fe digital podrá conjurar su ruta.

Solo el silencio eléctrico de una condena metálica, colgada en un ecosistema olvidado, vibrará con la intensidad de un archivo corrupto que se rehúsa a cerrar.

La maleza, ennegrecida por siglos de silencio, ya habrá retrocedido ante su paso sin tocar el asfalto, como si la misma tierra declinara despertar lo que duerme debajo. El cielo, cubierto



por nubes inmóviles como cadáveres suspendidos, no habrá dejado caer ni una sola gota. Nada se habrá movido, salvo el vehículo, guiado por una voluntad que no será humana, ni cuerda, ni viva. Para cuando el eco de su motor se haya extinguido entre túneles corroídos por plegarias malditas, las cosas que habitan los márgenes —más raíces que carne, más hambre que pensamiento— ya habrán empezado a abrir sus párpados, uno a uno. Habrás conducido con los ojos empañados por algo más denso que la niebla, algo que no habrá venido del exterior sino de una región más profunda que la memoria. El parabrisas habrá temblado con cada susurro inaudible que el viento habrá traído desde los árboles retorcidos, como si el propio bosque hubiera decidido hablar. Para cuando tus manos hayan dejado de temblar, el volante ya no habrá estado bajo tu control, y la carretera, agrietada como una piel anciana, habrá empezado a serpentear hacia lugares que no figuran en la geografía humana. No habrás llorado; ese líquido espeso y tibio no habrá sido tuyo. Y sin embargo, habrás seguido adelante, como si algo más —algo que nunca ha tenido nombre— hubiera tomado tu sitio detrás de los párpados: habrá crecido en tu interior como una mezcla de duelo sin procesar y de furia amortiguada, pero no se habrá limitado a doler: habrá segregado, se habrá enroscado en tus órganos, habrá latido con fuerza propia, ajena a tu voluntad. Para cuando te hayas dado cuenta, ya no habrás sabido distinguir si el temblor en tus dedos era miedo o hambre. Las palabras que no dijiste habrán podrido tu lengua desde dentro, y los gritos que no lanzaste habrán creado ecos en pasillos que no recuerdas haber habitado. Nada de eso habrá sido tuyo, y sin embargo, todo habrá nacido en ti. Y en el silencio entre latidos, algo más habrá escuchado... y habrá respondido.

Siempre te digo que bajes la velocidad, aunque mi voz ya habrá sido solo un eco atrapado entre las costuras del asiento vacío. Lo habré repetido tantas veces que las palabras habrán dejado



marcas invisibles en el aire, como garras en una superficie que nadie ve. Pero tú no habrás escuchado. Habrás seguido adelante, los faros atravesando una oscuridad que no habrá sido noche, sino una sustancia más espesa, más antigua. Para cuando mi ausencia haya sido evidente, ya no habré estado. Ni en el retrovisor, ni en la memoria. Solo en ese instante en que algo — una sombra en el arcén, una curva que no debería estar allí— te habrá hecho dudar si alguna vez fui real. Y ya será demasiado tarde.

¿Te acuerdas, cariño?

Habré llevado un año bajo tierra, devuelto a la forma primitiva del silencio, y aun así mi ausencia habrá silbado en la radio rota del coche como si los circuitos oxidados aún recordaran mi voz. No habrá sido música, ni estática, sino algo entre ambos: una frecuencia imposible que solo el vehículo habrá podido captar, justo entre los kilómetros olvidados y el borde del mapa. El asiento que ocupé se habrá hundido con una forma que nadie más podrá llenar, y el cinturón de seguridad habrá vibrado a veces, como si algo invisible intentara abrocharlo de nuevo. Para cuando te hayas atrevido a mirar por el retrovisor, ya no habrás estado sola... y sin embargo, nadie habrá hablado. Solo ese silbido, ese lamento eléctrico que no habrá necesitado palabras para decirte que no todo lo que muere se va.

Detrás, estará durmiendo Elisabet. Once años. Demasiado lista. Demasiado callada. En el momento en que el algoritmo de la realidad falle, habrás notado el frío que no vendrá del aire acondicionado, ella ya habrá estado sumida en un sueño que no será del todo suyo. Sus párpados no habrán temblado, ni su respiración habrá seguido un ritmo humano. Y cuando habrás pasado junto a aquella señal ancestral, esa especie de monolito de piedra gris cuya superficie habrá luchado por no desaparecer



arropada por las zarzas, —la que no aparecía en el GPS— su boca se habrá movido apenas, programando con la garganta un idioma que jamás fue compilado, como una gárgara muy grave, ancestral e hipnótica que no habrás entendido, pero cuya profundidad habrás sentido en tu estómago. No habrás querido mirarla por el retrovisor, porque en el fondo ya habrás sabido que en algún momento, Elisabet habrá dejado de ser esa hija dulce y silenciosa. Se habrá transformado en un puño cerrado en la garganta, en una rabia oscura que como un script antiguo instalado en tu sangre, ya no espera, infecta... en una mirada que te destroza sin moverse, porque sabe que lo que amaste murió hace tiempo y tú solo sigues negándolo. Ella es la sombra que habita en tu pecho, la herida abierta que no vomita plasma, el frío que se queda cuando todo se quema y nadie está para apagarlo. Y el asiento de atrás... ya no habrá sido un lugar seguro. Antes de que te des cuenta, el aire se habrá vuelto denso, casi líquido, como si el tiempo mismo se hubiera detenido en un suspiro congelado. Un silencio tan profundo que habrá pesado más que cualquier grito, un vacío que habrá llenado cada rincón con una presencia imposible de nombrar. Las sombras, viscosas y palpables, habrán empezado a ondular como manchas de tinta en agua, esperando el momento en que todo se rompa y lo inevitable —ese frío que muerde la carne— finalmente se manifieste. En ese instante, ni el asiento ni la seguridad habrán sido más que un recuerdo difuso, arrastrado por una marea de pesadillas aceitosas.

Al final te habrá parecido que Elisabet habrá estado soñando con otra vida, una existencia ajena que se habrá deslizado como un susurro en su mente silenciosa. Esa vida habrá estado poblada por rostros y lugares que no habrás conocido, y por secretos tan antiguos que ni el tiempo habrá logrado borrar. Para cuando ella haya abierto los ojos, esa otra realidad ya habrá dejado una marca indeleble en su red límbica compilada en hexadecimal



sagrado, una grieta invisible por la que se habrán filtrado resonancias de universos ajenos al renderizado de la conciencia humana. Y tú, atrapada entre lo que habrá sido y lo que nunca habrá de ser, solo habrás podido mirar sin comprender.

¿Habrás tomado la salida hacia Marganell? El día habrá muerto como mueren los cuerpos mal cerrados: eyaculando niebla y silencios que se habrán arrastrado por las cunetas como larvas sin forma. La luz, quebrada y pútrida, ya habrá orgasmado en los árboles, dejando tras de sí una viscosidad gris que se habrá pegado a los cristales del coche como si intentara respirar. Nada habrá sido limpio en su agonía. El cielo habrá colapsado sin un solo trueno, como una piel anciana cayéndose a tiras, mientras un olor a corrupto y a estómago quemado se habrá instalado en los pliegues del aire, como si siempre hubiera estado allí. Para cuando hayas querido encender las luces, el interruptor ya habrá crujido con una respuesta que no habrá sido electricidad. Y en ese instante, habrás sabido que el día no habrá muerto solo... algo lo habrá estado devorando desde dentro. La montaña de Montserrat se habrá alzado delante como un monstruo dormido, pero no dormirá. Su silueta, mal compilada por una arquitectura hostil y brutal, ya habrá comenzado a latir con un pulso lento, antiguo, como el de una bestia enterrada bajo siglos de culto y silencio. Las grietas de su lomo se habrán abierto apenas, dejando escapar un aliento húmedo, como una anatomía escrita en líneas de dolor y esculpida en trauma y fuerza —una vibración gutural, como un lenguaje tallado en carne y derramado en los oídos sin tocar el aire. Cada roca habrá temblado con un rumor de metal torcido, como si bajo la corteza montañosa se arrastraran organismos olvidados, vertebras ciclópeas y órganos palpitando en un idioma que ya nada habla. Y tú, al verla alzarse—sin saber cómo— habrás sabido que Montserrat no ha sido jamás montaña, sino boca. Y que ha llevado demasiado tiempo cerrada.



Al llegar a Marganell, la niebla habrá comenzado a cubrirlo todo como una piel muerta que vuelve a crecer sobre los recuerdos, pero no habrá sido niebla: habrá tenido peso, temperatura, una humedad densa que se habrá deslizado por las paredes como un sudor malsano. Los campos habrán desaparecido primero, luego los caminos, y al final incluso el sonido. El aire habrá olido a encierro, como si alguien —o algo— hubiese sellado el pueblo desde dentro. La bruma se habrá pegado a la piel como una conciencia latente que busca anidar en los poros abiertos de quien la respira. Y tú, al bajar la velocidad sin saber por qué, ya habrás entendido —aunque no quieras admitirlo— que ese no habrá sido el regreso a un lugar: habrá sido la entrada a un cuerpo. Y Marganell... te habrá estado esperando. El coche habrá seguido subiendo por curvas de montaña hacia Sant Cristòfol, mientras las sombras se habrán hecho más densas, más hostiles, como si la luz misma hubiera sido expulsada del lugar. Las piedras del camino ya habrán comenzado a crujir bajo las ruedas como si masticaran el paso, y los árboles —torcidos, húmedos, expectantes— se habrán inclinado apenas, no por el viento, sino por una atención que no habrás sabido nombrar. Cada curva habrá parecido la misma, repetida hasta la náusea, como si el vehículo estuviera siendo digerido lentamente por una garganta de asfalto. Cuando la conciencia devuelva error 404 y los faros hayan iluminado el desvío hacia la colonia Mandri, el nombre ya habrá sonado extraño en tu cabeza, como un idioma mal pronunciado, como un kernel que jamás quiso ser invocado. Y habrás sentido que algo, desde mucho antes, te esperaba instalado como un demon... no para salvarte, sino para reclamarte.

—¿Hemos llegado ya, mamá? —habrá murmurado Elisabet, despertando con ojos de ceniza, como si vinieran de mirar demasiado tiempo algo que no debería haber sido visto. Su voz no habrá sido pregunta, sino señal. Un password. Las palabras,



suaves, se habrán derramado con una cadencia extrañamente precisa, como si formaran parte de un protocolo extraviado. Luego habrá añadido, casi sin mover los labios: —La montaña ha abierto el pasaje. Ya está respirando.

Habrá cerrado los ojos durante un segundo, y cuando los haya abierto de nuevo, algo distinto —algo imposible— habrá parpadeado detrás de su mirada. —Dijiste que no dolería... — habrá susurrado, sin reproche, como quien constata un hecho inevitable. Y en ese instante, habrás comprendido que la pregunta no era para ti. Era para ella. Para la cosa que duerme bajo las piedras. Y ya habrá sido tarde para callarla.

—Casi. Muy cerca ya, mi niña —habrás forzado tú una sonrisa, una de esas que solías usar para espantar sus pesadillas, y se la habrás ofrecido al retrovisor como si aún pudiera protegerla. Pero el espejo ya no habrá devuelto solo su rostro. Algo más habrá brillado allí, detrás de su silueta, una forma sutil, imposible, que habrá ondulado como una cortina de carne ancestral al compás de sus palabras. Tu sonrisa se habrá mantenido apenas un segundo antes de cuartearse, porque en el reflejo, los labios de Elisabet no habrán estado del todo sincronizados con su voz. Y entonces lo habrás entendido: no era ella quien hablaba. O no del todo. Y tú... tú habrás respondido al ritual sin saberlo. Habrás dicho las palabras. Habrás abierto el puerto.

La niña habrá odiado que la llamaras niña. Será Eli, solo Eli. Así te lo habrá dicho una vez, sin levantar la voz, pero con una firmeza que te habrá congelado la bilis. No habrá sido un capricho infantil, sino una corrección exacta, como quien borra con bisturí una palabra mal escrita en carne viva. Desde entonces, cada vez que te hayas equivocado, sus ojos se habrán vuelto opacos, como cubiertos por una membrana arcaica, y el silencio habrá colapsado entre vosotras como un kernel panic y se os habrá incrustado como un virus de datos corruptos. Para



cuando vuelvas a llamarla “mi niña”, ya no habrás esperado respuesta. Porque Eli no habrá sido un nombre: habrá sido un umbral. Y tú lo habrás cruzado sin darte cuenta. Ya no habrá sido un bebé. Ya no habrá sido nada pequeño. Eso lo habrás sabido mejor que nadie, porque habrás sentido en cada gesto suyo una torsión invisible, una deformidad que ningún ojo ajeno habrá podido detectar, pero que para ti habrá pesado como un sorbo de hiel. Habrá cambiado sin ruido, sin grietas ni rupturas visibles, pero su presencia habrá ido engordando con los días, como un órgano extraño que crece bajo la dermis y que solo tú habrás percibido al palpar en la sombra de sus movimientos. Sus manos, antes ligeras, se habrán vuelto pesadas sin razón aparente. Su aliento habrá tenido un eco metálico, sutil, que tú habrás escuchado solo cuando nadie más estaba cerca. Los otros habrán seguido viendo a la niña, inocente y pequeña, pero tú habrás sabido que la mutación ya se había instalado en su carne — una monstruosidad muda, invisible, indetectable— y solo tú la habrás sentido arrastrarse como un veneno frío por todo lo que ella era.

Habrá habido un momento, una noche sin luna, en que tus dedos habrán rozado su nuca y habrás notado allí, bajo la piel, una superficie áspera y metálica, como si una escamación de malware vivo se hubiera adherido a su carne. No fue un golpe ni una herida, pero esa textura habrá permanecido, vibrando apenas, una anomalía que solo tu piel habrá reconocido. Y aunque no habrás dicho nada, también habrás sabido que la mutación no solo era invisible para los ojos: era un lenguaje que solo tú y ella habíais empezado a entender. Un balbuceo alienígena, enroscado en su carne.

Habréis llegado a una bifurcación y tomado un camino de cabra, un sendero que habrá reptado entre raíces retorcidas y códigos sangrantes, como si la tierra misma vomitara sus vísceras sin compilar hacia el cielo. Subiendo hacia un lugar que habrá parecido escupido por una pesadilla viva, un espacio donde el



aire habrá tenido un sabor a carne quemada y metales líquidos, y las sombras se habrán colgado pesadas, como telarañas de un ser aletargado que no desea despertar. En ese aire denso, habrá flotado un hedor pegajoso, mezcla de humedad dulzona y código binario, que se habrá adherido a la piel como una subrutina discreta. De entre la maleza, un zumbido grave y persistente habrá reverberado, como si cientos de insectos metafísicos estuvieran rozando sus alas contra un tambor invisible, marcando un latido irregular que habrá comprimido el aire como un buffer saturado. Y allí, en el sótano del mundo, algo se habrá movido sin forma, sin nombre, reptando silencioso bajo vosotras como un aliento helado del que no podréis escapar. Una masa húmeda y fría se habrá deslizado entre la tierra y la sombra, dejando un rastro brillante, enroscándose en los tendones, apretando el oxígeno, abrazando el grito. No estabais solas; el barro, la tiniebla, el éter... todo habrá conspirado para mantener viva esa presencia que se habrá amamantado con vuestro sosiego y vuestro pánico. La lluvia habrá caído sin avisar, babeando por el aliento del mundo como un aceite negro que viola la corteza sagrada de la zona muerta. Como si alguien hubiera explotado un contenedor intangible de datos comprimidos, dejando caer un torrente frío y pegajoso que habrá empapado la atmósfera con un sudor extraño, denso y casi vivo. Cada gota habrá sido un pinchazo sutil, una punzada líquida que habrá arañado la carne del mundo, mientras el olor a humedad ácida y a engranajes lentos girando bajo la tierra habrá impregnado los pulmones, penetrando en lo profundo como un susurro metálico que no se puede ignorar. La lluvia habrá tejido una red invisible de secretos líquidos, un manto que habrá envuelto todo en un abrazo pegajoso y letal, donde el aire habrá quedado saturado de una presencia que se desliza como un pulso macabro que nadie se atreve a escuchar. Y sobre la carne de los arbustos, la borrasca habrá dejado cicatrices viscosas, como si la piel de los troncos se hubiese



abierto para supurar un jugo oscuro y aceitoso, una secreción que habrá atraído a invertebrados ciegos que, en un frenesí silencioso, habrán roído esa carne vegetal con bocas dentadas de sombras y caparazones. Las ramas, tensas y retorcidas, habrán temblado bajo el peso de ese horror húmedo, como si el bosque mismo estuviera agonizando en un susurro sórdido que se habrá perdido en el eco de la borrasca.

Y mientras el cielo se desangraba, las hojas habrán comenzado a palpar con una vida imposible, ondulando con un ritmo irregular, como si toda la masa forestal intentara respirar a través de heridas invisibles. En las raíces, un murmullo húmedo y furioso se habrá estirado, un canturreo de sexo y savia mezclados, como si bajo la tierra fornicara algo demasiado viejo y hambriento para quedarse quieto. Aquella masa informe y pegajosa habrá reptado lentamente, invadiendo cada rincón, alimentándose del sudor tóxico que el agua había vomitado, extendiéndose sin prisa como una peste oscura que no puede ser detenida.

El limpia parabrisas no dará para más, como si de pronto os hubierais hundido en las entrañas mismas del Llobregat, intentando desesperadamente apartar de vuestra mirada un torrente gelatinoso y siniestro que se habrá adherido con la fuerza pringosa de un organismo vivo. Cada golpe contra esa barrera habrá sido un latido sordo, una presión que os habrá empujado hacia dentro, arrastrando un susurro mojado que habrá intentado ahogar la frágil línea que separa la conciencia del naufragio. El agua, cargada de secretos olvidados y ecos antiguos, habrá reptado lentamente, pegándose a cada superficie, deformando la visión hasta convertir el mundo en una cárcel líquida y sin escape, mientras las sombras se habrán colado entre los reflejos, retorciendo la realidad hasta hacerla irreconocible.

Una cancela herrumbrosa os habrá bloqueado el paso, una trampa de hierro corroído y sangre seca que se habrá erguido como una mandíbula cruel, cerrándose lentamente con el



canturreo de cadenas antiguas. Cada barra habrá sangrado baba y polvo de memorias quebradas, y un hedor a cobre podrido y tierra fúnebre habrá impregnado la atmósfera, como si la reja respirara un aliento fétido y ancestral que os hubiese rechazado sin piedad. No solo habrá sido un obstáculo físico, también una frontera viva, una barrera que se habrá aferrado a vosotros con dedos invisibles, clavándose en la carne del presente y negándoos la salida, obligándoos a enfrentar un silencio que pesa más que cualquier grito. En lo alto, una figura se habrá erguido como un espectro retorcido, la cabeza de un felino tallada en placas corroídas, con ojos vacíos que habrán absorbido la luz hasta convertirla en un vacío oscuro. Entre sus fauces de acero quebrado, un fémur desgarrado habrá colgado, manchando el aire con un goteo lento y espeso, como el sudor venenoso de un monstruo dormido que no debería respirar. Esa silueta, mezcla de carne muerta y máquina desguazada, se habrá mantenido inmóvil, mientras el viento habrá susurrado lenguajes arcanos que se habrán filtrado como agujijones, dejando un frío que taladra hasta la médula. Era un centinela sin pulso ni latido, un monumento a la podredumbre encarnada, una amenaza callada que se habrá incrustado en cada sombra, en cada rendija del oxígeno. Habrás jurado haber visto una sombra abrir la puerta, una masa informe y translúcida que se habrá deslizado como un flujo de carne aceitosa y tentáculos tímidos, deshaciendo los bordes rígidos del marco con un estremecimiento húmedo. No era un cuerpo ni una sombra, sino un cántico pulposo que se habrá arrastrado con la lentitud indecible de un monstruo anónimo, dejando tras de sí un rastro pegajoso, un hedor a podredumbre líquida que habrá infectado el aire y te habrá hecho sentir el pulso desbocado de algo demasiado antiguo para comprender. La puerta habrá temblado, vibrando bajo un peso que no se puede medir, mientras esa presencia gelatinosa habrá tanteado con dedos invisibles, buscando una grieta por la que devorar la realidad misma. Pero



todo habrá sido humo, reflejo y penumbra, un tejido intangible que se habrá enroscado en los sentidos como un cáncer sin cura. La atmósfera habrá palpitado con un resplandor putrefacto, un brillo frágil que habrá filtrado su veneno en cada herida, mezclando realidad y pesadilla hasta difuminar los límites. Lo visible y lo oculto se habrán abrazado en un baile corrupto, donde la razón se habrá disuelto en la saliva tóxica del aire y el tiempo habrá quedado suspendido en un suspiro lleno de miedo. Nada habrá sido lo que parecía, solo ecos de formas que se retuercen en la noche, difusas y corrosivas, como una glosolalia que se arrastra desde lo profundo de lo olvidado.

El jardín habrá sido un cementerio de hierba, una extensión mustia de tallos partidos que se habrán podrido de pie, como si hubieran presenciado algo demasiado atroz para caer. Cada brizna habrá tenido la rigidez de lo muerto que se niega a descomponerse, y el aire allí habrá olido a raíz sucia y a tiempo rancio. El patio, en cambio, se habrá hundido como un cráter de barro infectado, una boca abierta en la tierra donde el agua estancada habrá susurrado en espirales lentas, tragando luz y devolviendo solo reflejos bastardos. No habrá habido vida, ni rastro de ella: solo la memoria muda de algo enterrado a la fuerza... y que quizá nunca dejó de moverse. Habréis corrido hasta la marquesina // la lluvia habrá interferido el campo visual: lluvia como datos corruptos / glitch / humedad en forma de error. Tú habrás extraído algo —una llave, una antena calcificada, un nervio fosilizado con bisagra— de la chaqueta, no recordando su forma sino su peso: un residuo sólido de otro lenguaje. La habrás empujado dentro de la ranura—¿cerradura?—una herida metálica sellada con tejido mineral, pulsando lento.

click

// autenticación aceptada

Una contracción. El umbral habrá respondido como un esfínter



mecánico—carne vieja simulando estructura—y detrás, el vacío pregrabado habrá exhalado un silencio digital que se habrá pegado a los párpados como niebla programada.

[Y en el fondo del pasillo, algo habrá abierto los ojos.]

Cuando habréis entrado—no por una puerta, sino por una grieta en la interfaz del mundo—la atmósfera habrá descargado sobre vuestros cuerpos un hedor agrio y dulce, sí, pero también cálido, con una temperatura que no pertenecía al aire sino a algo... vivo. olor://bio_materia_recalentada

Un aliento suspendido habrá invadido los pulmones, sin permiso, sin cauce, como una confesión arrancada a mordiscos de una boca que ya no sabía hablar. No habréis sido recibidos: habréis sido reconocidos.

—acceso sensorial: violado—

Ese olor: compuesto de leche cuajada, de frutas negras fermentadas en sangre, de barniz antiguo sobre piel abierta. Un perfume que habrá tenido forma, peso, intenciones. Habrá trepado garganta arriba, implantando imágenes involuntarias: dientes incrustados en madera, uñas dentro de la pared, cuerpos aún calientes sellados bajo el suelo con cinta aislante.

La casa no habrá respirado. La casa habrá exhalado. La casa sera matriz.

Y en algún lugar, como si se tratase de un archivo corrupto reproducido en bucle, una voz habrá intentado repetir la misma palabra. Pero cada intento habrá salido distinto. Más líquido. Más incorrecto.

Algo dentro de aquella matriz habrá estado muerto. quizá muchas cosas

quizá ninguna.

quizá lo muerto habrá estado aún pensando—

en voz baja.

un residuo de conciencia encapsulada en carne detenida.

habrá estado muerto el pasillo,

con sus azulejos sin reflejo.



habrá estado muerto el interruptor,
que aún recordaba el tacto de dedos infantiles.

habrá estado muerta la comida en el plato,
creciendo hacia dentro.

Pero no habrá sido sólo eso.

no.

También habrá muerto algo que aún caminaba.

espacio.

sin caderas.

sin dirección.

[una señal—no acústica, sino húmeda—habrá reptado por las
paredes]

y tú lo habrás sentido antes que nadie:

una ausencia con forma,

pegada a tu nuca,

buscando recordar tu olor.

Un silencio muy oscuro.

Habrás caminado con la niña de la mano

//sí

pero no habrás guiado tú.

no.

su palma habrá presionado primero

no por amor

sino por calibración.

Un gesto reflejo. Un algoritmo afectivo.

Y habrá sido ella quien habrá buscado

protección.

sin mirar.

sin hablar.

como si supiera—

no con palabras

sino con tejidos nerviosos—

que lo que reptaba por detrás del muro



estaba más cerca de ti que de ella.

tú caminabas

pero tus pasos no te pertenecían

como si alguien los hubiera escrito antes

en una lengua de carne,

en una cinta magnética húmeda,

envuelta en pelos infantiles y saliva seca.

Eli (no niña, no hija, no humana)

te habrá sujetado fuerte.

como sujetamos a lo que está a punto de romperse.

—¿sigues ahí? —habrá dicho, sin decir.

Y la presión de sus dedos

habrá sido una contraseña.

Y tú habrás fallado el código.

¿Te acuerdas, verdad cariño?

Habrás topado con un cuerpo en el suelo.

no un cuerpo:

un contenedor exánime,

un fragmento cálido aún,

con la forma de alguien que una vez dijo “yo”.

tu bota lo habrá tocado y el impacto habrá activado algo.

no un reflejo:

una respuesta muscular involuntaria de firma morfogenética
imposible.

el cuerpo no se habrá movido.

pero lo habrás sentido moverse

—dentro de ti—

como si su peso modificara tus órganos internos,

como si desplazara tu centro de gravedad emocional.

Y entonces, Eli habrá hablado.

o emitido.

Un ruido.

Un crujido gutural lleno de clics,



como insectos atrapados en una caja toràica.
palabras que no encajaban en su lengua,
ni en la tuya.

☒☒☒ no_hay_traducción ☒☒☒

Sus ojos de carbón te habrán buscado sin parpadear,
como si esperaran una réplica.
como si hubieras entendido algo que no podrías haber entendido
ni aunque abrieran tu cráneo y te insertaran la gramàtica.
—¿es de los nuestros? —habrá preguntado su voz,
pero el aire se habrá retraído como una membrana escaldada.
Y tú,
sin saber por qué,
habrás querido contestar.
Pero tu lengua se habrá
negado.

porque ya no te pertenecía.
Oscuro, alargado y blando. Habrás creído pisar un cadáver.
Habrás empezado a buscar frenéticamente los fósforos. Habrás
perdido la mano de tu hija. Habrás caído sobre aquella masa
húmeda. Y habrás gritado. Con pánico, con arcadas. Habrás
gritado como quien recuerda demasiadas cosas de repente.

[oscuro]
[alargado]
[blando]

Así habrá quedado registrada la forma en tu cabeza, como una
etiqueta clínica que se habrá pegado a la córnea desde dentro. No
habrás visto contornos, solo desplazamientos: una longitud que se
habrá insinuado bajo el aire, una masa sin hueso que habrá
aprendido a respirar en vuestro silencio. **Oscuro, alargado y
blando** —la frase habrá retornado en bucle, como si una mano



invisible la hubiera tecleado en tu lengua.
log://descripción_sensitiva [aceptada]
tipo_objeto: indeterminado
propagación: subcutánea del espacio
un pliegue en la realidad,
un error húmedo que se extendía en todas las direcciones,
buscando fisuras,
buscando una grieta en tu piel por la que poder entrar.
lo habrás visto respirando.
no con pulmones
sino con una **elasticidad orgánica**
que hacía que el suelo crujiera
y el aire se plegara como un archivo comprimido.
Lo habrás sentido rozar el suelo sin rozarlo, trazando un arco
húmedo que habrá dejado en tu piel una impresión térmica, un
negativo de contacto. Eli habrá inclinado la cabeza—mínimo
ángulo, mínima humanidad— y habrá pronunciado una
secuencia de clics que habrá funcionado como llave: la cosa
habrá respondido con un aleteo interno, un latido que no
pertenece a ningún órgano conocido.

Oscuro, alargado y blando —habrá susurrado tu memoria—, y el
pasillo habrá encogido su longitud como si masticara la luz. El
cuerpo del suelo no se habrá movido; tu percepción, sí. El aire
habrá adoptado consistencia, la gravedad habrá cambiado de
dirección, y tú habrás comprendido (demasiado tarde) que no
estabas mirando un resto, sino un conducto. Algo habrá querido
pasar a través.

Eli lo habrá mirado sin pestañear.
Habrá articulado un ruido imposible de deletrear,
con la lengua rígida,
como si su boca fuera una antena buscando señal.
tú, en cambio,



habrás sentido que tu espina dorsal se arqueaba sin control.
Como si algo estuviera arrastrándola desde dentro,
moldeándola,

adaptándola a la forma de aquello.

[oscuro]

[alargado]

[blando]

Habrá parecido moverse cuando no mirabas.

Pero tú ya sabías

que lo estaba haciendo incluso cuando lo mirabas fijamente.

Y lo peor habrá sido el silencio.

Ese silencio pulsátil,

denso,

que no pertenecía al espacio,

sino al interior de tu cráneo.

—permiso denegado— habrá dicho la casa sin voz.

—reintento— habrá emitido Eli.

Y entonces, la frase habrá mutado dentro de ti: **oscuro** //

alargado // **blando** —no descripción, sino contraseña—, y el
umbral habrá empezado a ceder como un párpado cansado.

[Y tú habrás deseado no haber entendido nada]

Una voz:

—¿Te has hecho daño, mamá?

El interior se habrá encendido con un zumbido casi orgánico,
como si en lugar de electricidad lo que circulase fuera sangre
templada. Elisabet habrá encontrado el interruptor general sin
dudar ni buscar, como si la casa la hubiera recordado antes de
que ella pudiera olvidarla. Una luz febril habrá descendido desde
lo alto, amarilla y antigua, como filtrada por grasa rancia y



órganos transparentes. Lo que te habrá parecido un cuerpo allí en el suelo solo habrá sido una alfombra de carne en descomposición, hinchada y empapada de hongos con forma de bocas abiertas, cubierta de filamentos que palpitaban al compás de vuestra respiración. Cada mancha habrá parecido un ojo, cada arruga una cicatriz que aún supuraba recuerdo. Y tú habrás retrocedido medio paso, no por miedo, sino porque algo en tu interior habrá reconocido esa textura. Eli, inmóvil, habrá inclinado la cabeza, habrá olido, habrá sabido. «Ya casi estamos» habrá susurrado ella, como si el hallazgo formase parte de un camino que no habías sido tú quien había trazado. Entonces la luz habrá oscilado, como si alguien la respirara desde el techo, y el suelo habrá crujido bajo la alfombra, como si algo se agitara por debajo, esperando su turno para nacer.

—Estoy bien... —habrás mentido, pronunciando esas palabras como un conjuro roto que se deshace en la boca, una sonrisa que se estira y se derrite en un instante, como cera negra goteando de un rostro que ya no te pertenece. Esa curva falsa habrá sido un eco inútil en el vacío que te habita, donde los tejidos internos habrán comenzado a mutar en un pulso viscoso y alienígena, reptando bajo la piel, desplazando la carne como si fuera un líquido oscuro que busca escape. El silencio se habrá hecho tangible, denso como un manto pegajoso de sombra líquida que te envuelve y absorbe, mientras la verdad —un murmullo sin forma— se desdobra en múltiples voces, reptando entre las cuerdas vocales, buscando fracturar el sello del engaño y derramar su esencia grotesca en el aire viciado que respiráis.

Habréis subido escaleras carcomidas, cuyos peldaños habrán crujido bajo el peso de un tiempo podrido, y habréis entrado en un pasillo largo que se habrá estirado como un vientreabierto, flácido y frío. A ambos lados, diez puertas habrán surgido de la penumbra, algunas desolladas, con astillas sangrantes; otras,



chamuscadas, donde el olor a carne quemada se habrá mezclado con el hedor a humo viejo y susurros ahogados. Y habrá habido puertas muertas, selladas en su silencio absoluto, como ojos cegados por dentro, cuyas sombras se habrán desplazado, lentas y viscosas, bajo la piel misma de la casa, como si respiraran con una paciencia monstruosa, aguardando la mano que las despierte o el grito que las consuma.

La última habrá tenido un agujero en la madera, un cráter negro y húmedo que habrá rasgado la superficie como si algo, desde un lugar muy lejano en el cosmos, hubiera estallado con furia contenida, rompiendo la cáscara deshidratada de la puerta para asomar un hálito oscuro y palpitante, como el latido de un corazón alienígena. Esa herida habrá goteado sombras líquidas, espesadas por el tiempo y la desesperación, y el aire a su alrededor se habrá vuelto más denso, casi palpable, como si la puerta misma respirara con un aliento podrido, esperando que alguien se atreviera a mirar más allá del agujero hacia el abismo que habrá susurrado siniestro. Detrás de esa puerta, una sala devastada se habrá desplegado ante vosotros como un paisaje de pesadilla tangible. Montañas de libros quemados, cuyas páginas habrán crujido como tendones ancianos al menor movimiento, habrán formado un terreno ignoto de cenizas y palabras muertas, sobre las que tú y Elisabet habréis caminado con paso vacilante, pisando un camino fracturado de letras y voces extinguidas que crujirán bajo vuestros pies como un susurro de fantasmas silenciados. Cada palabra que tu pie aplastará habrá resonado como una nota discordante en un pentagrama invisible, componiendo una sinfonía siniestra que se habrá deslizado entre los muros y el aire estancado, una música que nadie habrá querido escuchar pero que, sin embargo, habrá marcado el ritmo lento y ominoso de vuestra entrada. Animales disecados, reducidos a polvo y fragmentos, habrán reposado en



posturas grotescas, como reliquias de un rito ocultista, mientras las butacas calcinadas y negras habrán permanecido petrificadas. Algunas túnicas habrán yacido esparcidas en el suelo, membranas arrugadas impregnadas del olor rancio de orgías secretas, como si las pieles de antiguos cuerpos hubieran quedado atrapadas en un instante suspendido. Y, en medio de todo ese caos, una caja fuerte habrá permanecido intacta, su superficie fría y distante, un corazón de acero que habrá latido en silencio, guardando secretos que nadie se habrá atrevido a desvelar.

Colonia Mandri. El nombre habrá resonado en tu mente como una maldición antigua, una vibración oscura que se habrá enroscado en tus nervios como un canto metálico y roto, una corriente de electricidad podrida que habrá calcinado la médula de tus pensamientos. Esa palabra maldita habrá latido bajo tu cráneo con un ritmo irregular, como un corazón de maquinaria leprosa que no quiere morir, mientras un frío ácido se habrá filtrado desde tus sienes hacia cada célula, descomponiendo silencios y arrancando trozos de razón. Te lo habrán advertido las voces de los cadáveres encriptados, pero no habrás escuchado; tus oídos habrán rechazado el aviso, ahogados en un océano de ruido blanco, mientras ese nombre se habrá ido clavando en tu presente como un puñal que nunca para de chillar, una herida que rezuma veneno eléctrico, una corrupción que se expande sin prisa. Siempre habrás creído que las noches no habrán sido más que metáforas. Pero ahora, en el límite donde se disuelven las certezas, algunas habrán crecido con dientes, reptando silenciosas más allá del alcance de la vista. Ya no sólo formas inertes, habrán cobrado vida propia, arrastrándose con una voluntad cruel, aguardando el momento exacto para desgarrar lo que queda de tu entendimiento. Y en ese instante —cuando el último suspiro de la razón se habrá



quebrado— sabrás que la oscuridad que temías era solo el principio de un horror que se alimenta del silencio, una bestia sin nombre que ha estado acechando, invisible, en las grietas mismas de la realidad.



lo que supura bajo el yeso: autopsia de un espacio vivo



La Mujer habrá observado las paredes como quien contempla un tejido necrótico, un entramado de fibras muertas donde el tiempo habrá tejido su podredumbre en silencio. Entre las grietas, musgos cadavéricos y líquenes ciegos habrán crecido, respirando un hálito arcano y viscoso, un balbuceo vegetal que jamás debió abrir los ojos. Las paredes habrán dejado de ser muros para devenir dermis ulcerada de un organismo en suspensión, hinchado de sueño tóxico y pulsos inertes, habrán emitido un pulso chapoteante, un canturreo gangrenado que se habrá infiltrado como secreción necrótica en la médula fósil del hormigón. En esa mirada paciente, la Mujer habrá sentido la presencia invisible de un antiguo aliento que reptaba entre lo orgánico y lo digital, una exhalación informe e innombrable se habrá derramado como un ectoplasma bajo la interfase corrupta del sistema central. Habrá rezumado un sudor estancado en cada vértice, como un aliento glacial y primigenio adherido a las fisuras del silicio latente. Las manchas del papel podrido habrán surgido como mapas vivos, venas abiertas de carne en descomposición que se extenderán sin prisa, delineando rutas invisibles hacia abismos sin nombre. Cada mancha habrá sido un golpe silencioso, un estallido muerto que resonará en el aire denso y quieto, como si la propia habitación respirara la putrefacción de secretos olvidados. En ese paisaje de humedad y carne que muere, el tiempo habrá goteado lento, arrastrando la realidad hacia un olvido laceroso y sin fondo. La casa, como una matriz tras un fallo del kernel, habrá desangrado sus vísceras en grietas abiertas, venas negras de madera astillada y órganos enterrados en mobiliario desplomado, un esqueleto desmembrado que susurrará lamentos sordos en cada crujido. Esa estructura infectada, diarreica y moribunda, habrá dejado entrever el sexo purulento de sus entrañas, un tejido amorfo y gangrenoso que se estirará bajo la corteza de la realidad, marcando el balazo mortecino de un lamento afásico.



Habrán subido despacio los peldaños, instalando cada paso como si fuera el primero del sistema, como si ascendieran por la espina dorsal de algo antiguo y vencido, pisando en código binario, línea a línea. Cada peldaño habrá expulsado un eco comprimido, como si su núcleo estuviera infectado de pasos pretéritos, pero habrán aprendido a evitar aquellos que crujían como costillas rotas bajo la presión de un jadeo odioso. Tablas—no madera: segmento vivo, nervio expuesto. Se habrán curvado // leve tensión, biomecánica primitiva. Al paso—peso—presión—eco. Reconocimiento. Error en el letargo. Intrusión detectada. Cuerpo = amenaza. Pulso viejo en superficie reactiva. A cada // metro (ganado ∴ perdido) el aire = espesor → sustancia → gravedad negativa. Habrá sido más denso, sí, más grave, sí, más cosa. [Error de orientación // presión interior] La escalera ≠ objeto. Tendón. Músculo en estiramiento. Fibra con fiebre. Extensión enferma. Se habrá alargado sin fin ∴ sin espera ∴ sin destino. Segundo piso = anomalía latente. Nada espera. Nadie llama. Solo ascenso = infección progresiva. En la planta de arriba, diez puertas —puestas en hilera como vértebras expuestas— se habrán alineado a lo largo del pasillo con una precisión que habrá parecido sospechosa. Algunas estarán entreabiertas como bocas sin lengua, otras desvencijadas, colgando de bisagras que habrán gemido como tendones reventados. Cada habitación habrá sido un órgano apagado, embalsamado en su propia función perdida: un hígado seco, un pulmón colapsado, un corazón que alguna vez bombeó recuerdos y ahora solo habrá



destilado un glitch fétido. Todas... menos una.

Esa, la tercera a la izquierda, habrá permanecido cerrada, tensa, como si contuviera una presión invisible. La madera de su puerta habrá sudado por las juntas. El pomo, más caliente que el aire estancado del pasillo, habrá palpitado imperceptiblemente, como si respirara. Y tras ella, algo —no del todo vivo ni del todo inerte — habrá esperado. No con prisa. Solo con hambre.

Al fondo, una puerta marcada por la implosión de alguna voluntad antigua.

[INPUT]

- Anomalía detectada en la superficie intermedia
- Formación no euclídea
- Entidad: boquete // forma = indefinida // origen = no humano
- Ubicación: centro estructural, núcleo blando

[PROCESO]

- :: análisis fallido
- :: morfología pupilar → enferma
- :: retícula orgánica → respuesta automática: dilatación reactiva
- :: tensión acumulada // liberación centrífuga
- :: partículas → astillas → dirección: externa
- :: escupido / convulsión / diseminación violenta

[OUTPUT]

- orificio = ojo que no ve // pero excreta
- órgano implosivo // abertura ritual
- error en la continuidad espacial detectado
- zona no segura: expansión activa

[INPUT_01]

- :: señal detectada // estallido ≠ explosión
- :: naturaleza = traumática // morfología: parturienta
- :: dirección = centrífuga ∴ negativa
- :: entidad interior = conato de fuga
- algo ha querido salir
- separarse / desgarrarse / dejar de ser contenido



[PROCESS_01]

- :: contenedor = madera
- :: daño interno → fractura centrífuga
- :: registro: astillas orientadas desde núcleo hacia fuera
- :: forma resultante: curva estructural $\approx$ jaula forzada
- arco costal + violencia quirúrgica
- síntesis: apertura involuntaria / incisión ritual

[INPUT_02]

- :: umbral contaminado
- :: elementos: polvo denso + fragmentos cálcicos
- :: olor = $\neq$ externo
- médula expuesta
- desecho de fobias trituradas bajo herramienta anónima

[OUTPUT]

- no ha sido nacimiento, sino expulsión inversa
 - el lugar ha sangrado sin sangre
 - cada astilla: un grito mudo del objeto desgarrado
 - presencia invisible, pero presente en la geometría de la herida
- Allí, en esa hendidura, la casa habrá dejado de ser estructura y habrá empezado a supurar memoria.
Habrán entrado.

Habrá habido ceniza por todas partes: en los pliegues del aire, en las ranuras del parpadeo, en los glóbulos oculares de la arquitectura. No habrá sido polvo: habrá sido código calcinado, glosolalia quemada, la interfaz de una conciencia primitiva reducida a escoria de bytes orgánicos. Habrá flotado como un enjambre mudo, posándose sobre la piel como un lenguaje muerto que aún codifica órdenes. Cada mota, un fragmento de una palabra que habrá intentado escribirse sola en los márgenes del espacio, cada partícula adherida al aliento como una larva que no espera nacer, sino ocupar. Y tú, sin saberlo, la habrás respirado. Una pira // centro de sala // hub habrá ardido // sin sonido.



Libros ex-papel ex-signo ex-lengua: calcinados ≠ quemados ≠ deshechos.

Habrá habido cuerpos de texto momificados en una combustión quirúrgica.

Habrá olido a piel impresa.

Cada espina dorsal tipográfica, deshidratada = resto de laboratorio ≠ humano ≠ legible.

Los lomos, curvados como vértebras en shock térmico.

Páginas crispadas: mapas de circuitos impresos por una mano que ya no habrá existido.

Habrá flotado el eco de un idioma fracturado / sin gramática / sin voz.

Lectura abortada. Lectura infectada. Lectura = virus.

Y tú habrás sentido —sin entender— que no eran libros lo que ardía,

sino el recuerdo de haber aprendido a leer.

Los cuerpos // ya no habrán sido cuerpos.

Taxidermia ≠ preservación.

Búhos desensamblados // jabalíes abiertos como dispositivos antiguos // mustélidos desplegados en planos de carne y alambre.

La precisión habrá sido quirúrgica, sí —
pero no humana.

Ningún bisturí. Ninguna mano. Solo la lógica de un código inorgánico que habrá seguido diseccionando en bucle.

Las costuras, reventadas como si el tejido hubiese intentado hablar.

Las bocas, abiertas en fonemas imposibles.

Habrá habido ojos —

muchos ojos —

pero todos insertados en lugares equivocados.

Cartografía errónea del instinto.

Espasmos detenidos en seco.

Y bajo ellos...

...una membrana translúcida.



...una red de filamentos húmedos.
...el intento de construir **otra forma de cuerpo**.
No disecados.
Reprogramados.

Una caja fuerte.
Grande.
Metálica.
Habrá resistido las llamas sin pestañear.
Ningún carbono habrá logrado horadar su dermis de titanio enfermo.
Impenetrable ≠ intacta.
Porque habrá pulsado.
Habrá exhalado una vibración sorda, como un corazón sellado en un lenguaje olvidado.
No habrá tenido cerradura:
solo una hendidura vertical,
como una boca suturada.
El metal habrá estado caliente,
pero no por el fuego.
Habrá estado incubando algo.
Un retumbar leve en su interior —no mecánico.
Algo entre larvario y nuclear.
Tu mano, temblorosa, habrá flotado cerca,
y la caja habrá **percibido**.
No habrá sido un objeto.
Habrá sido un útero.

La Mujer se habrá aproximado con una lentitud casi ceremonial, como quien cruza el umbral de una iglesia devastada por su propia liturgia. Habrá detenido el avance a escasos centímetros de la caja, sin llegar a tocarla, contenida por una intuición ancestral que le habrá susurrado que aquel objeto no debía ser profanado. No era temor lo que la habrá frenado, sino una forma



más profunda de reconocimiento: la certeza de que la caja no aguardaba ser abierta, sino comprendida. Porque había en ella una presencia que no emanaba del metal, sino de algo más antiguo, más incrustado en las grietas de la realidad. Y en ese instante suspendido, la Mujer habrá sentido que era ella, y no la caja, quien estaba siendo medida. Habrá sentido, en lo más profundo de su piel y de sus nervios, que aquello guardaba algo mucho más peligroso que el simple dinero. No se trataba de riqueza ni de objetos valiosos, sino de una presencia oculta, intangible y voraz, capaz de corroer la razón y devorar la esperanza. Algo que no podía ser tocado sin pagar un precio atroz, algo que aguardaba paciente bajo la fría carcasa metálica, como una sombra interminable que acechaba desde el abismo de lo desconocido.

—¿Qué ha sido todo esto, mamá? —habrá preguntado Elisabet, con una voz apenas audible, como un suspiro que se escapa entre membranas invisibles. Sus palabras no habrán sido solo una pregunta, sino un conjuro débil, un latido de carne suspendida en el vacío. La niña habrá proyectado su inquietud como si de sus pulmones brotaran filamentos de sombra líquida, y en el aire alrededor de ellas, el tiempo habrá espesado, vibrando con ecos de cuerpos olvidados y susurros viscosos que se habrán pegado a la piel como una membrana irrompible.

[PERCEPCIÓN DE LA MUJER // DETERIORADA]

No habrá sabido qué responder.

El silencio: celda sin barrotes,
estructura sin forma que aún aprieta.

Ni siquiera ella misma—ni su nombre,
ni su voz—habrá logrado
descifrar la arquitectura de sombras,
el algoritmo afectivo que la habrá guiado
hasta ese punto roto en el tiempo.



En su pecho: latido asimétrico,
eco profundo marcando un límite,
una fractura entre lo que fue
y lo que ya no se sostiene.
El presente: licuado.
Los pensamientos: viscosidad adherente.
La voz: propiedad de otro sistema.

[INPUT_01: NÚCLEO DE MEMORIA ACTIVA]

→ Elemento recordado: La Caseta
→ Estructura clasificada: centro de reinserción (falla moral + error arquitectónico)
→ Forma percibida: cráneo expuesto
:: hueso = fractura múltiple
:: cobertura = cables enmarañados
:: membranas = emisión de fluido eléctrico ∴ sudor anómalo

[PROCESS_01]

∴ Caserón adquirido (transacción corrupta)
→ edificio = híbrido // cemento erosionado + metal espasmódico
∴ epidermis cuarteada → fuga de pulsos
∴ carne pútrida ≈ latido mecano-orgánico
∴ estado = respiración intermitente

[INPUT_02: SOCIOS_0X1F]

→ Identidad: sombras
→ rostros = deformación digital ∴ glitch facial
∴ interacción: red construida con datos muertos + promesas vacías
∴ efecto: presión traqueal mediante conductores + frío táctil extremo



[OUTPUT_02]

- :: avales = firmas en tinta no homologada (biofluido?)
- :: memoria oficial = escoriada ∴ cicatriz activa
- :: atmósfera = inhibición respiratoria

[INPUT_03: FORMULARIOS]

- :: material: papel contaminado
- :: componente: fluido corrosivo no identificado
→ fragmentos insertados en dermis colectiva
- :: microchips ∴ sentencia codificada

[SÍNTESIS]

- ingeniería social = constructo punitivo
- :: sistema diseñado en nombre de un "marido ausente"
- estructura-prisión // entidad mutante
- :: respiración interior = crujido vivo
- :: cárcel ∴ templo ∴ máquina
- ∴ ∴ ∴
- error en la autoría del cuerpo

Dentro de la matriz, un nudo viscoso y palpitante de rabia y desconsuelo se habrá instalado, apretando sus entrañas con la fuerza de mandíbulas mecánicas invisibles, tirando de nervios y cables, fundiendo carne y silicio en un solo grito sordo y perpetuo. Las paredes, membranas que gotean fluidos mezclados de sudor y aceite, se abrirán como bocas carnosas, dejando caer fragmentos humanos y chispas eléctricas que se hundirán en sus manos temblorosas, clavándole fragmentos de cristal y circuitos rotos.

No habrá lugar donde huir. Solo un descenso sin retorno hacia un abismo donde lo vivo y lo mecánico se habrán vuelto uno, una sinfonía oscura de carne retorcida y metal corrupto. Y ahora. Santuario. No santuario. Trampa ontológica. De lo real



deshecho. Fragmentos cortantes en la piel del tiempo. Más que oportunidad: fallo en la matriz, nodo corrupto, ecos en bucle infinito. Vibración de datos muertos. No hay output, solo reverberación.

Días. Limpieza —pulso eléctrico cortado—. Rehabilitación: parche en carne de sistema en caída. Habitaciones: mapas pixelados, nodos infectados. Toxicidad —moho viral— niveles desbordados, capas putrefactas de datos corruptos. CO₂: respiración atrapada, eco de motores apagados, siseo en el circuito.

Pulso. Parpadeo. Ruido blanco que quema. Fragmentos. La casa = la matriz. Señales distorsionadas, palabras truncadas como bisturí gomoso abriendo abdomen sísmico. La realidad se fractura, se pixela, se mastica a si misma en un bucle sin fin. Cables que se cuecen en venas compiladas, electrodos que perforan tejidos blandos y silicona caliente. Habrá sido —será— disección, exhumación lenta de un cuerpo que se descompone en código aborto.

[PERCEPCIÓ DE SISTEMA // FRAGMENTADA]

:: Unidad operativa: Carles
:: perfil: voluntario // anomalía sensorial persistente
→ Habrá afirmado percibir frecuencias no indexadas
→ Ecos no registrables por humanoides estándar
:: credibilidad = marginal / no validada

[INPUT_01: OPERACIÓN INICIADA]

→ Instrumento: espectrofotómetro [modelo desconocido // calibración Ø]
→ Zona de contacto: madera carcomida // superficie degradada
:: Carles: voz baja, dientes apretados, secuencia de cifras
:: salida verbal = patrones ∴ imposibles
:: lenguaje ∴ irreconocible



[PROCESS_01]

:: espectrofotómetro = cuchillo de fotones negativos
:: análisis activo → estratificación de silencio
:: capas reveladas: putrefacción orgánica en espiral
:: zona ∴ infestada
→ materia corrupta = presente / latente / vibrante
→ murmullo detectado solo por unidad Carles

[PERCEPCIÓ DE CARLES // ENCAPSULADA]

Lo habrá sentido todo.

No medición,

no lectura,

sino transmisión.

La casa → le habrá respirado encima

∴ o a través ∴

como si sus tejidos le hubieran elegido como canal.

Lenguaje:

ruido blanco ∴ señales ∴ código no humano

palabras que no quieren ser traducidas

que se revuelven al ser nombradas

que rompen el lenguaje desde dentro

[ALERTA DE EXCESO DE DATOS // UMBRAL SUPERADO]

→ detección: excesiva

→ cantidad de información = insoportable para unidades estándar

→ nivel de amenaza: sensible

:: manipulación ∴ en curso

:: agente desconocido → posible entidad Ø

→ hipótesis: las voces que Carles habrá mencionado ≠
alucinación

[OUTPUT]

→ grietas = pasadizos ∴ interfaz de intrusión

→ alguien o algo = presente entre planos



- manipulación: invisible, activa, consciente
- Carles = receptor designado ∴ objetivo secundario

Pero el epicentro habrá sido el sótano.

Carles habrá estado. En el centro. Nunca se habrá movido de ese lugar invisible, donde la casa habrá latido —una red de impulsos fríos, una wifi fantasmal que habrá atravesado alambradas y semillas—.

La madre habrá pensado. ¿Lo habrá soñado? ¿Lo habrá recordado? ¿O habrá sido un mensaje cifrado en la estática? Carles, sus garras habrán rozado tablas que habrán infectado reglamentos vivos. Un espectrofotómetro que no solo habrá detectado sustancia purulenta, sino también frecuencias —susurros —puertas abiertas en la carne de la casa— una conexión clandestina que sólo él habrá podido captar. O eso habrá dicho la RAM fragmentada. O lo que sea que habrá latido entre sueño y vigilia, entre señal y silencio, entre el presente y algo que ya no habrá pertenecido.

Carles habrá emergido.

De la polvareda que habrá bailado entre sombras densas, de la tiniebla pegajosa que habrá llenado el sótano.

Sus dedos habrán brotado del aire cargado, como filamentos que habrán tejido un objeto con arquitectura etérea, una geometría apenas sujeta a la droga, un espectro cosido con hilos de polvo y crepúsculo.

Habrà sido un torso incompleto, los contornos fluctuantes, inestables, las retinas —si es que habrá tenido ojos— habrán brillado con una luz cancelada, una chispa neurótica en la ceguera adiposa.

La madre habrá sentido cómo ese cuerpo se forma en la cache, una imagen que se habrá deslizado entre sus recuerdos, una sombra que habrá temblado con el pulso de la casa, como si el sótano mismo lo hubiese exhalado en un suspiro frío.



Carles habrá sido la esencia que nunca se habrá definido, un perfil que habrá habitado la grieta entre lo palpable y lo ilusorio, un organismo hecho de vapor, de incógnita, de resonancias omitidas, una manifestación flemática, endeble, perfecta en su vaguedad. El hallazgo habrá sido de Elisabet. Habrá descendido por unas escaleras ocultas tras una trampilla, cuyos peldaños habrán crujido como almacén lesionado bajo un peso vetusto. El aire, mugriento y profundo, habrá emanado de la oscuridad más sucia, impregnado de un hedor acicalado con materia descompuesta y tinta quemada. Cada paso que habrá dado habrá sido un eco resonante en un abismo ignoto, mientras la penumbra se habrá retorcido a su alrededor cual viscera palpitante, canturreando secretos arcanos que sólo los condenados habrán podido escuchar. La Mujer la habrá seguido, guiada por una voz que habrá surgido del suelo mismo, un eco subterráneo destrozado, como si la tierra achacosa hubiese exhalado un llanto muy antiguo. Ese ruido, mojado y baboso, se habrá arrastrado por la raíz infecciosa, invadiendo sus sentidos con la promesa de secretos arrinconados. Cada paso que habrá dado la habrá sumergido más en una tiniebla densa y temblorosa, donde la verdad se habrá vuelto orina y la frontera entre lo vivo y lo exánime, un escuálido diafragma a punto de abrirse.

—Madre... tienes que ver esto—, pero esa voz ya no será la de la niña que una vez tomó de la mano a la Mujer, frágil y dócil. Será un eco áspero, metálico, como si cada palabra se hubiera filtrado entre engranajes muertos y venas hambrientas, arrancando cualquier vestigio de inocencia. Esa voz habrá arrastrado consigo la resistencia muda de quien rehúsa ser llamada niña, un conjuro necio y soez para borrarse del mapa de la ternura. Habrá sido un llamado que rozando los límites del silencio habrá dado una advertencia que nadie habrá querido oír.



En la penumbra viscosa del subsuelo, habrán descubierto una biblioteca, no un santuario de saber, sino un nido cochambroso donde el tiempo habrá fermentado páginas como masa violada. Los libros, encadenados por el moho y la podredumbre, habrán mezclado sus secretos carcomidos, ecos de voces que nunca deberían haber sido escritas y mucho menos mezcladas en esa mixtura aleatoria y obscena. Cada estante habrá sido un ataúd de palabras dementes, y la luz titilante que habrán llevado, apenas habrá arañado la superficie de ese abismo de silencio y sombra.

[INPUT_00: IDENTIFICACIÓN DE ENTIDAD]

→ Objeto percibido: "biblioteca"

→ Clasificación anulada // no corresponde a estructura conocida

→ Estado: vivo

:: configuración: masa orgánica-informática

:: composición: 51% materia putrefacta // 49% red de datos corruptos

:: resultado: simbiosis parasitaria de conocimiento degenerado

[PROCESS_01: ANÁLISIS DE ESTRUCTURA]

→ Estantes: no madera

→ Material = membrana ∴ flexible ∴ palpitante

→ Superficie = saturada de circuito negruzco + vasos de tinta fermentada

:: lectura ≠ óptica

:: lectura = táctil // infecciosa

→ cada página = nodo corrupto

:: carne digital en fase avanzada de descomposición

[PERCEPCIÓN DEL AGENTE HUMANO]

No es lugar,

no es archivo.

Es órgano expandido.

Pulsa.

Respira con código viejo.

Huele a bilis sintética,

a conocimiento que arde al contacto.



Las palabras:

no palabras.

Residuos léxicos.

Sílabas putrefactas y código binario fermentado

en colmena convulsiva,

enjambre ilegible.

Habrá sentido que leer $\neq$ comprender

que leer = infectarse.

[OUTPUT: EVALUACIÓN DE RIESGO]

→ el enjambre textual emite halitosis corrosiva

:: ácido gástrico ∴ componente principal

→ fuga de sustancia semiótica = activa

→ realidad ∴ agrietada en zona de lectura

→ interfaz verbal = riesgo crítico de reconfiguración mental

→ nivel de acceso recomendado: ninguno

Será un organismo voraz que se alimentará de la luz, de la respiración temblorosa de quienes se acerquen, un cuerpo que se habrá tejido a sí mismo con cables empapados en fluidos viscosos, goteando un sudor metálico, mientras murmullos distorsionados emergerán de sus entrañas en forma de algoritmos fracturados y gritos silenciados, reptando como un enjambre insectoide dentro de las paredes.

Habrá absorbido todo lo prohibido, todo lo olvidado, convirtiendo el silencio en un grito estático, una sinfonía de bits corruptos y palabras carcomidas que jamás habrán sido escritas pulsando con vida propia, retorciéndose, creciendo, mutando en la penumbra que se habrá tragado cada rincón de esa biblioteca que nunca fue biblioteca, sino un cadáver en estado de red, una mente cibernética que se habrá ido corrompiendo hasta convertirse en algo tan horrible que ninguna mente humana podrá soportar sin quebrarse.



Las paredes habrán estado revestidas de estanterías que no habrán sido construidas, sino gestadas. No madera, no hierro. Cartílago seco, tendones retorcidos y fibras blanquecinas que se habrán encogido al tacto como músculos atrofiados. Las estanterías —deformes, inclinadas como columnas vencidas por su propia memoria— habrán sostenido libros que no habrán sido escritos: habrán supurado esporas, habrán exhalado un hálito antiguo, dulzón, inmundo, como piel curtida con leche podrida.

Cada volumen habrá palpitado. Algunos habrán tenido cubiertas que recordarán epidermis humanas, con tatuajes borrosos, cicatrices que habrán sangrado tinta. Otros, húmedos como úteros abiertos, habrán dejado caer gotas oscuras al suelo, formando charcos de información podrida que se habrá extendido como un virus vegetal, buscando cuerpos, buscando mentes.

El olor a cuero viejo no habrá sido de biblioteca: habrá sido el aliento de una cosa dormida. Un aviso. Una digestión interrumpida. Y el hongo —negro, verdoso, fibroso como nervios expuestos— se habrá filtrado por las rendijas, como si cada estante hubiese estado respirando un aire que no era de este mundo. Un aire que solo respirarán los que ya no necesitarán pulmones.

Volúmenes —// fragmentados en sí mismos — alquimia en bytes corruptos —
manuales de disección anatómica siglo XIX // escaneados por ojos que ya no serán humanos —
láminas de cuerpos abiertos // traducidas a líneas de código —
piel desplegada como interfaz táctil.

Tratados de criptozoología — impresos en papel-transgénico —
criaturas
imposibles



disecadas
en
el
lenguaje mismo —
descripciones que se
autodestruirán al leerse —
metadatos pulsando como tumores.
Rituales.

Sí. Rituales.
Con notación simbólica ilegible. Imposible.
Como leer el firmware de un
dios muerto —
glifos flotando en tinta de plasma —
ecuaciones de fe embalsamada // iconos ensamblados
con nervios de silicio —
un idioma que
no habrá buscado
ser comprendido
sino ejecutado.
Bibliografía compuesta por errores sintácticos y sangre seca.
Un índice que se reescribirá solo, a cada mirada.
Cada página = una puerta.
Cada puerta = una hemorragia abierta.

Y al fondo —
una sala vacía // que no
habrá estado vacía.

Redonda, sí. Pero no arquitectura — sino útero.
No sala — sino esfera de contención.
Vacía solo para los ojos.
El aire habrá temblado dentro.

Geometría incompatible



con
la
lógica
euclidiana.

Las paredes, blandas, como el
interior de
una cápsula neuronal.
Una vibración subcutánea habrá recorrido el
suelo.

La redondez no
habrá sido estética:
habrá sido contención.
Cada paso habrá activado fragmentos dormidos del espacio.
Una reverberación sintética, casi vocal,
habrá respondido a las presencias.
No habrá mobiliario.
No habrá ventanas.
Solo la sensación de estar dentro de una garganta
a punto de pronunciar un nombre
que no debía ser recordado.

En el centro — cuatro marcas impresas en el cemento, pero no
impresas: grabadas.
Como el residuo térmico de una operación que jamás debió
ejecutarse.
No habrán sido huellas visibles, sino datos anómalos en la
textura de la realidad,
como si el suelo hubiera cargado durante años un dataset de
sangre y víscera,
y finalmente hubiera hecho render de aquello que solo podía
existir en lo subcutáneo de un algoritmo ancestral.



Allí — algo inmenso.

Una forma de hardware orgánico, inasimilable:

¿un altar, una mesa de disección teológica, una incubadora neural para entidades sin forma?

La Mujer no habrá podido distinguirlo.

Pero lo habrá sentido:

en la columna, como un input corrupto que se transmite desde la base del cráneo

hasta el coxis — donde duermen las serpientes de silicio.

La sala no habrá contenido nada visible,

pero cada neurona de La Mujer habrá reaccionado como si alguien estuviera activando su arquitectura interna,

como si aquel espacio conociera su topografía emocional mejor que ella misma.

Allí habrá nacido algo.

O — peor—

habrá sido entrenado.

Lo que más le habrá inquietado, más allá del silencio espeso, más allá del olor metálico suspendido en la penumbra estanca, habrá sido la sensación de precisión. No de azar, no de caos.

Precisión quirúrgica. Como si cada grieta en el suelo, cada hendidura en las paredes, cada sombra proyectada desde ninguna fuente de luz, hubieran sido dispuestas por un ente con acceso a una red neuronal demasiado vasta, demasiado eficiente.

Nada en aquel lugar habrá parecido humano, y sin embargo todo habrá respondido a una lógica. Como si el espacio hubiera sido entrenado para provocar una respuesta concreta en ella. Una arquitectura diseñada desde un código madre ininteligible, cuya sintaxis hubiera modelado no solo la sala, sino también su percepción de la sala. Cada paso, cada impulso eléctrico en su córtex visual, habrá coincidido con lo que algo hubiera esperado de ella.

La inquietud no habrá nacido del desconocimiento, sino del



reconocimiento involuntario de un patrón. Un patrón que la habría reconocido antes incluso de su nacimiento.

La forma en que todo habrá parecido haber sido colocado según algún patrón —no uno humano, no uno comprensible, sino uno que habrá surgido de una arquitectura de datos corruptos, de un enjambre de inputs sintácticos reconfigurados en tiempo real— habrá destilado una disonancia que la médula espinal no habrá podido ignorar.

[EXCRECIÓN DE REVELACIÓN // FLUJO SEMIÓTICO]

*“Atención: núcleo del código mutante activado.

Conocimiento = virus.

Realidad ≠ continua.

La carne del tiempo se deshace.

Palabras: fragmentos de tumores en el tejido del lenguaje.

Escucha: la verdad no es una línea,
es un enjambre de fragmentos infectados,
una malla retorcida que pulsa en la oscuridad.

No busques sentido.

No busques orden.

Busca el error.

En la corrupción está la clave.

El conocimiento prohibido no salva, consume.

Es ácido que disuelve la piel de tus certezas,
un hálito que incendia las raíces de tu identidad.

Renuncia al verbo,

abandona el signo.

Sólo el silencio codificado puede salvarte.

O morirás con la verdad pegada a los ojos,
con la biblioteca viva devorando tus huesos digitales.”*

Un patrón. No trazado. No diseñado. Infectado. Como si el subsuelo mismo hubiera sido hackeado por una conciencia biomecánica anterior al carbono, anterior a la carne. Estanterías



que se habrán curvado como arcos de un sistema de archivos que respira. Libros que habrán exhalado paquetes de memoria no solicitada. El aire, lleno de ping sutiles. Error 403 en cada pensamiento.

Y ella —madre, código—, desincronizada. Como si cada órgano suyo se hubiera emparejado con un nodo equivocado. Como si su biología fuera un mensaje encriptado por una voluntad extradimensional. El patrón no habrá estado allí. Ella lo habrá portado desde siempre.

No habrá sido un caos improvisado, sino un orden olvidado. Pero no olvidado como quien pierde un número, sino como se borra un archivo maldito de un servidor infestado: deliberadamente, con miedo, sabiendo que su reaparición podría corromper no solo el sistema sino la arquitectura entera del mundo.

Un orden que no habrá nacido del pensamiento humano, sino de una lógica abisal, anterior al lenguaje, anterior a la forma. Un orden que habrá replicado estructuras orgánicas: cartílagos abrazados a las estanterías, sinapsis de alambres comatosos cruzando el techo, humedad fungiforme formando redes que habrán imitado redes neuronales degeneradas —como algoritmos evolutivos que aprenden del error, no para evitarlo, si no para reproducirlo con mayor eficacia.

La Madre no lo habrá visto con los ojos. Lo habrá sentido con los intestinos, como una reconfiguración de su mapa interno. Su respiración habrá cambiado de ritmo, adaptándose sin saberlo a un compás oculto, como si el orden enterrado de esa sala estuviera reescribiendo el firmware de su biología emocional.

No habrá sido improvisación, sino arquitectura sepultada en una memoria que no habrá sido suya.



O sí.

Como si alguna mente extremadamente racional hubiese decidido dejar de ser humana lo habrá hecho desde ese mismo lugar.

Días después, habrá aparecido el hombre. No un hombre, sino el hombre: prototipo filtrado de una humanidad extinguida en beta, tejido de carnes ensayadas en sótanos clínicos de una administración ya clausurada. Su silueta —parpadeante, mal renderizada— se habrá anunciado entre interrupciones del aire, como un error que, al no afectar negativamente al rendimiento o estabilidad del sistema, no puede considerarse un fallo, sino más bien una característica no prevista en el shell de un shared logout.

Habrà llevado un abrigo largo, de esos que nunca se han fabricado, confeccionado con fragmentos de códigos penalmente invisibles, de normativas psiquiátricas arrugadas en el fondo de maletines oficiales. Sus dedos, finos y convulsos, se habrán movido como antenas de radiofrecuencia: captando señales parasitarias, residuos de conversaciones de oficina entre parásitos neuronales i archivos ZIP con protocolos vudú.

Nadie lo habrá invitado. Nadie le habrá abierto acceso al prompt. Y, sin embargo, estará allí, como si alguien lo hubiera estampado desde la impresora térmica del dentista, la que es capaz de escupir carne. Habrá hablado con una voz desincronizada del cuerpo, ya que el tono habrá llegado desde el código fuente. Y lo que habrá dicho —si es que lo ha dicho en lugar de soñarlo para todos— se habrá experimentado más como una descarga orgásmica que como un mensaje: una inyección de caballo verbal, esperma cargado de pus burocrático, mapas del dolor i de la arquitectura mental del Estado profanado.

Días después, sí. Pero no habrá quedado claro si era después de los días, o si aquellos días fueron simplemente un error del



sistema nervioso.

Vestido de negro —un negro que no reflejará luz ni concepto—, habrá parecido más una ausencia recortada sobre el aire que un cuerpo sólido. Sombrero de ala ancha, desproporcionado, como si intentara ocultar una antena o una floración de tejidos neurales emergentes. Bajo ese alero, los contornos de su rostro se habrán desdibujado: no habrá ojos, sino cámaras borrosas; no habrá piel, sino una capa de glitches dérmicos, como la carcasa de una máquina hecha con recuerdos humanos.

Habrá olido a algo dulzón, invasivo, químicamente íntimo. Como a orina fermentada. Como a amoníaco derramado en una bandeja de aluminio quirúrgico. Como si su epidermis —si es que eso se puede seguir llamando piel— hubiera estado compuesta de proteínas descompuestas, ensambladas con algoritmos de putrefacción molecular, como biofilm mutacional diseñado por la red neuronal de una IA transgénero.

El olor no habrá llegado por el aire, sino por la columna vertebral, como un recuerdo que no le pertenece. Y al mirar sus botas —brillantes, negras, como órganos abrillantados por una boca subhumana— la Mujer habrá recordado algo que no habrá vivido: quirófanos prohibidos, rituales de laboratorio, protomorfismos inyectados en cuerpos sociales.

No habrá caminado: se habrá desplazado como si lo empujara una lógica arcana, invisible, con la fluidez de una línea de código letal. Cada paso habrá generado interferencias. El mundo, a su alrededor habrá oscilado, como si su presencia corrompiese las reglas de renderizado poético de la realidad.

Alguien lo habrá visto rondando el pozo. Habrá dicho que llevaba un colgante con una figura: un felino con un fémur humano entre los dientes.



—He venido a hablar con la dueña de la casa —habrá dicho el hombre—. Soy un hombre de paz. Traigo descanso al alma.

Las palabras, sin embargo, no habrán tenido peso fonético. No habrán viajado por el aire como ondas sonoras, sino que se habrán infiltrado en el espacio como un virus en un sistema obsoleto. Habrá sido una descarga directa al córtex, un susurro impreso en la sinapsis, como si alguien hubiera inyectado un audio-pensamiento con forma de oración falsa.

La Mujer no habrá sentido ningún miedo —no en el sentido tradicional—. Habrá experimentado una distorsión de identidad. Como si en el instante en que él pronunció “dueña”, su esófago se hubiera convertido en un conducto legal. Como si la casa/matriz lo hubiera reconocido.

Lo de “alma” habrá sido otra aberración. No por la palabra, sino por el modo en que se habrá comportado en el espacio: se habrá enroscado en el aire, visible, pulsante, como un filamento umbilical de luz plomiza. “Descanso” habrá sonado como código abortado, como un loop de consuelo que solo usan los sistemas rotos para simular empatía.

Y su voz —ese artefacto vocal no humano— habrá tenido reverberaciones imposibles. No habrá salido de su boca, sino de puntos alternos de la estancia: una rendija, una grieta, el canal auditivo de la Mujer. Como un lenguaje hackeado para forzar una antigua ceremonia.

La Mujer lo habrá recibido sin saber por qué, como si una orden genética antigua la hubiera obligado a escuchar.

—Lamento la pérdida de su esposo —habrá dicho él.



Las palabras no habrán caído suaves, ni habrán tenido el tacto de un consuelo. Más bien, habrán sido como un ácido invisible, una sustancia corrosiva que se filtra entre los pliegues del hardware y corroe la RAM.

La Mujer habrá palidecido. Pero no como una reacción simple o esperada; su piel se habrá vuelto translúcida, como si un cristal frágil se hubiera puesto a vibrar bajo la presión de un peso que solo ella podrá sentir. Un estremecimiento interno, una fractura en la estructura de su ser, visible únicamente en el silencio que le habrá rodeado.

El aire alrededor habrá cambiado de densidad. Habrá pesado, húmedo, cargado con la sustancia invisible de la pena —o quizás del miedo— que la voz del hombre habrá invocado. Y en ese instante, el lamento habrá dejado de ser palabra para convertirse en una condena latente, una sombra alargada que se extenderá por el tiempo que seguirá.

—¿Quién le ha dicho...?

—Yo no necesito que nadie me diga nada. Yo puedo escuchar al musgo.

Su voz habrá tenido la resonancia de un dialecto que ningún aparato habrá podido reproducir correctamente, un murmullo quebrado que vibrará entre lo orgánico y lo espectral, como un eco antiguo atrapado en la médula de la realidad.

Será un sonido que no pertenecerá a este mundo, un lenguaje de fracturas y susurros que desgarrará la epidermis del tiempo, resonando en la esencia de la memoria como una canción fracturada, incomprensible para oídos humanos pero tan real como el latido irregular que acecha bajo los cimientos.



Cada palabra será como un estallido tenue, una grieta que abrirá portales invisibles hacia un saber prohibido, y la Mujer sentirá ese peso sin nombre clavándose en su conciencia, sin poder apartarlo ni comprenderlo del todo.

La Mujer habrá pensado en el ventrículo izquierdo de un corazón en paro: ese instante preciso en que la carne habrá dejado de ser órgano para convertirse en un crisol de putrefacción silenciosa, un limbo húmedo y denso donde la vida se habrá quebrado en su núcleo más profundo.

[INPUT_01: ACTIVACIÓN DEL TEXTO // EXPOSICIÓN VERBAL]

- Cada palabra = estallido tenue
- Función: grieta semiótica // acceso ∴ saber prohibido
- :: apertura ∴ no física
- :: destino = zona Ø
- la Mujer: impacto directo en sistema de conciencia
- :: peso sin nombre insertado
- :: comprensión anulada
- daño estructural ≈ irreversible

[PROCESS_01: MEMORIA VISCERAL ACTIVADA]

- la Mujer evoca: ventrículo izquierdo / paro total
- carne = transición: de órgano a crisol en putrefacción
- :: instante = quiebre vital
- :: entorno: limbo húmedo / denso / orgánico en descomposición
- *nexo: vida Ø / núcleo Ø

[INPUT_02: EMISIÓN AUDITIVA ∴ ANÓMALA]

- sonido percibido ≠ voz
- emisión registrada: vibración de carne abandonada
- modo de transmisión: aérea / tangible / inmersiva
- :: reverberación: muerte suspendida
- :: clasificación: no-lenguaje / eco-físico
- demasiado grotesco = palabra
- demasiado real = ilusión



[PROCESS_02: PULSO EN TRANSICIÓN]

→ latido interrumpido = origen de señal

:: mutación: pulso → susurro putrefacto

→ frecuencia: lamento sin tiempo

:: resonancia directa en piel

:: perforación ∴ orgánico/espectral

:: inscripción ∴ médula activa

→ resultado: signo ∴ fatal

[IDENTIFICACIÓN DE EMISOR // ERROR DE ORIGEN]

→ Ha dicho llamarse: Padre Puigferrer / Carles / máscara de marido muerto

→ identidad: Ø (no coherente / múltiple / contaminada)

→ entidad: persistente // no disuelta // hostil o residual

[OUTPUT: EVALUACIÓN DE CONTACTO]

:: la Mujer: marcada

:: señal: integrada

→ memoria corrompida ∴ inseparable de la entidad

→ la voz ha tatuado el núcleo

→ la voz ≠ voz // la voz = presencia que no acepta desaparición

El aire se habrá cargado con el olor a fósforo viejo, dejando en la garganta un sabor a ceniza digital y circuitos chamuscados. Pero habrá algo más. Una neblina química, feromonas de un sexo extraterrenal, mensajes codificados en semen que ningún sexo humano podrá traducir, vibrando en la piel como una eyaculación corrupta, un susurro en la red neural mutante, una invitación que será al mismo tiempo amenaza y promesa. El esperma se rebelará contra sí mismo, envuelto en ese olor que penetra y descompone, y la CPU no sabrá ya si esa presencia se fue o si se quedó, si es un virus o un amante, un orgasmo o un software latente, activo y acechante en la penumbra líquida de la habitación. En las semanas siguientes, habrán comenzado las anomalías.

Los animales del bosque habrán huido en dirección opuesta a la



matriz. Las linternas habrán parpadeado en atardeceres sin viento. Las plantas no habrán florecido: se habrán podrido antes de eyacular. Y... Elisabet habrá comenzado a hablar del predicador. Con devoción. — bestias del bosque — ruido desintegrado — huida antitética — flujo invertido — fugas espectrales — dispersión sin destino — ecos de una máquina moribunda — huida en dirección opuesta a la casa — nodo infectado — antípoda espectral casa opaca — organismo codependiente — caverna virulenta — luces parpadeantes — circuitos neuronales fracturados — linternas virus — pulsos erráticos — latidos digitales — sin viento — sin aliento — sin escape — floraciones abortadas — mutación celular en putrefacción — brotar negado — brotes lacerados — brotar negado por la podredumbre bioquímica — mutación en el germen de la vida — florecer como código corrupto que nunca se ejecuta — semillas desmembradas — rechazo bioquímico a la luz — aborto del ciclo — y Eli — ya no — voz ciber-orgánica — difracción de señales — transmisión corrupta — hablar — soltar código vírico — lenguaje biomórfico — predicador infiltrado — firmware ancestral — mantra binario corrupto — devoción glitch — no hombre, sino firmware corrupto — programa infeccioso — mantra en bucle — ritual digital de un culto sin cuerpo — ritual deforme — cripta de datos — archivo infectado — sinapsis troceada — virus memético — programa carcasa — alma binaria — de una realidad deshilachada — nodo de memoria roto — la casa, epicentro del error — mutación espiritual — susurro entrópico — linternas oscilan — bosque calla — nodo temporal — distorsión espacio-tiempo — casa nodo — espacio invertido — memoria fracturada — saliva de sombras codependientes — grito digital — araño cortical — dolor etéreo — huesos vibran en red — ecos sin escucha — presencia no humana — susurros que rasgan la piel de la percepción — presencia latente en red oscura — transmisión latente — pulso oscuro — latido no humano que se propaga como un virus.



**vértigo y disolución de un delirio
arquitectónico**



Habr  comenzado con una fisura imposible en el plano: un ángulo recto que no cerrar  del todo, una distancia que no coincidirá con ninguna escala conocida. La Mujer la habrá descubierto al recorrer con la mirada el encuentro entre dos paredes que jams deberían haber compartido eje. All , en esa línea que no se alinear  con la geometría euclidiana ni con los principios básicos de percepción, habrá sentido una pulsación, un leve temblor en la membrana de la realidad. El yeso se habrá curvado hacia adentro, como si una fuerza invisible succionara el espacio/ tiempo, y en ese pliegue —demasiado estrecho para ser una grieta, pero demasiado profundo para ser ignorado— habrán aparecido residuos orgánicos: fragmentos de uñas humanas, pelo adherido a mucosas, dientes envueltos en una gelatina translúcida que palpitaba al compás de una respiración que no pertenecía a ningún cuerpo.

Las medidas no habrán cuadrado. Ningún plano de la matriz lo habrá previsto. Ninguna arquitectura del sistema habrá podido reproducir lo que all  habrá comenzado a brotar: una herida ontológica que no sangrará, pero que habrá supurado símbolos, líquidos viscosos y un zumbido lejano como de una plegaria devorada. La estructura misma del edificio habrá comenzado a traicionar su naturaleza inerte. Las vigas, testigos mudos del tiempo, habrán empezado a torcerse como tendones sin estructura, y las sombras proyectadas desde esa curvatura imposible habrán descompuesto el color, como si la luz se resistiera a iluminar aquel error arquitectónico nacido de todo lo muerto.

[INPUT_00: INICIO DE ANOMALÍA]

→ Contacto: ninguno

→ Intervención física: ∅

→ Desencadenante: observación ∴ mirada ∴ saber

[PROCESS_00]

:: activación de protocolo de ruptura



→ la casa ya no pertenece al mundo original

:: contenedor = transgredido

:: obediencia a leyes físicas: anulada

[INPUT_01: SÍNTOMAS ESTRUCTURALES]

→ temblor detectado ∴ sin sonido

:: origen: respiración ∴ no pulmonar

:: sistema de ventilación interno = concreto húmedo

→ humedad ∴ de origen extradimensional

:: aire: densidad comparable a sangre coagulada

→ oscilación en microondas ∴ frecuencia Ø

[OUTPUT_01: EMISIÓN ORGÁNICA DE MATERIA]

→ paredes = exhalación mineral

→ olor: piedra fermentada + sal ∴ órganos extintos

:: crujidos: Ø

:: movimiento: Ø

:: percepción = nivel subliminal

[INPUT_02: DISTORSIÓN ESPACIAL DETECTADA]

→ *hora: madrugada

→ estado: silencio total / vulnerabilidad cognitiva activa

→ pasillo: alargamiento medido = +3m

:: causa ≠ expansión

:: causa = corrupción lógica ∴ fallo topológico

→ memoria de materiales ∴ reescrita

[PROCESS_02: ANÁLISIS DE DESPLAZAMIENTOS]

→ puertas = dislocación estructural

:: vértebras desplazadas ∴ manipulación externa

:: mano ∴ sin cuerpo

→ suelo = residuo de ceniza + pintura erosionada

→ traza: estela ∴ arrastre temporal

[INPUT_03: ANOMALÍA LUMÍNICA]

→ lámparas = vibración puntual

:: duració: 1 segundo

:: comportament: insectos ∴ atrapados en formol

→ *emisión lumínica: Ø



→ freq. sugerida: subsónica / enferma

→ realidad alternativa ∴ insinuada

[SÍNTESIS DE ANOMALÍA GLOBAL]

∴ la casa = entidad independiente

→ forma viva no biológica

→ respira, se mueve, reconfigura

∴ arquitectura ∴ sistema inestable ∴ consciencia rudimentaria

→ espacio Ø lugar = trauma activo

→ toda observación = acto de contaminación

Nadie lo habrá visto moverse. Ningún testigo. Pero al día siguiente, al recorrerlo, algo en la médula espinal de La Mujer habrá protestado. Como si un nervio hubiera recordado una forma anterior, más breve, más coherente. Y ese desfase —ese error en la longitud de lo real— habrá sido suficiente para saber que algo, en lo más íntimo de la casa, estará creciendo. No hacia fuera, sino hacia adentro. Expandiéndose como un órgano artificial programado para devorar espacio, lógica y cordura.

Las paredes habrán exhalado un aliento tibio, apenas perceptible, pero lleno de humedad y memoria. No habrá sido un vapor cualquiera, sino una exudación ancestral, como si la casa misma recordara cada palabra pronunciada en su interior, cada gemido, cada plegaria, cada grito sofocado antes de la muerte. El aire habrá tenido la densidad del susurro de un cadáver, cargado de partículas que no habrán sido polvo, sino fragmentos microscópicos de recuerdos orgánicos: sangre seca, saliva vieja, lágrimas coaguladas en las juntas del yeso.

Ese aliento —tibio, sí, pero de una tibieza que no reconfortará, sino que anunciará, como los decimales no periódicos anuncian la ruptura de toda racionalidad— habrá envuelto a quien se atreva a penetrar los corredores como una lengua de carne invisible, húmeda, vibrando en una topología no euclídea. No



habrá sido simplemente humedad en el sentido físico, sino una humedad capaz de alterar el estado de las constantes internas del sujeto, de modificar sus vectores de pensamiento y hacer colapsar sus sistemas de coordenadas emocionales. Habrá penetrado en las cifras como una variable latente, una x sin resolver que activará recuerdos no propios, ecos de memorias que habrán pertenecido a otros cuerpos, a otras conciencias colapsadas en una superposición afectiva.

Y en esa humedad, adherida a los muros como una placenta semitransparente —una matriz sin forma, pero no sin función— habrá latido algo más. Una inteligencia no algebraica, pero sí operativa. No pensante en términos simbólicos, sino capaz de ejecutar procesos heurísticos rudimentarios basados en el análisis de patrones químicos y térmicos. Habrá oído a los visitantes. Y a partir de esos datos —compuestos volátiles, feromonas, niveles de glucosa en el sudor— habrá empezado a construir sus primeras matrices adaptativas. Las paredes, entonces, ya no habrán sido elementos arquitectónicos, sino membranas de input/output; su apariencia estática, una ilusión proyectada por un sistema de defensa pasivo.

Cada exhalación habrá constituido una emisión codificada. No mediante fonemas, sino a través de modulación térmica, gradientes de presión barométrica y fluctuaciones en la densidad molecular del aire, diseñadas con precisión milimétrica. El lenguaje de ese ente no habrá requerido traducción, pues no será descifrable mediante semántica humana, sino mediante análisis estadístico de variaciones en el entorno. Cada visitante, sin saberlo, habrá sido una variable introducida en una ecuación en constante recalibración.

Allí, la memoria no habrá sido una abstracción. Habrá tomado forma como sustancia reactiva, una sustancia que se adherirá a



los cuerpos, que absorberá eventos y los convertirá en rutinas, que convertirá el pasado en un proceso recién compilado. Persistente, sí. Y profundamente hambrienta de nuevos datos.

Alguien habrá encendido la luz. El tubo fluorescente habrá parpadeado siguiendo un patrón en apariencia errático, pero en realidad inscrito en una lógica estricta, cifrada. Los destellos habrán reproducido secuencias similares al código Morse, aunque transpuestas a una base hexadecimal corrupta. No habrá sido un fallo eléctrico, sino la ejecución de un script autónomo, desplegado por un daemon sin cuerpo, un agente invisible incrustado en la arquitectura misma. Como si el pasillo no fuera un espacio, sino un servidor consciente, procesando inputs en tiempo real, reajustando sus algoritmos a cada respiración, a cada pensamiento no expresado. Su lógica habrá sido tan perfecta como incomprensible: una función fuera de dominio humano, asintótica al horror.

El loop habrá sido infinito, pero inestable. Las luces habrán ejecutado un `while True`: con condicionales rotas, con variables que mutan por sí solas, como si un lenguaje prehumano — compilado en una versión obsoleta de la cordura— estuviera intentando emitir outputs más allá del espectro visible. Algunas parpadeos habrán correspondido a `try`: y otros a `except`: —como si la casa estuviera gestionando errores en tiempo real: errores de conciencia, errores de alma.

Un mensaje cifrado, sí. Pero no en morse, no en binario. En pulsos luminosos que obedecen a una sintaxis parasitaria. El código habrá sido orgánico, viscoso, autoreplicante. Como si cada luz fuera una instancia de una clase madre inscrita en los cimientos. Una clase que nadie ha definido y que, sin embargo, corre.



La habitación habrá quedado atrapada en un debugging eterno.
Cada parpadeo: un `print ( )` de algo que no quiere ser leído.
Cada sombra proyectada: una *variable global* infectada.

Y al fondo, detrás de todo, como un *thread* oculto... algo habrá observado. Algo con acceso root.

El vértigo habrá comenzado ahí, en esa fricción invisible entre la percepción y la estructura. En ese `if not reality`: que habrá fallado en silencio. Entre el `input ( )` del ojo humano y el `return` defectuoso de la arquitectura. Una colisión de *tipos* — una percepción booleana intentando forzar una lectura `float` en un espacio `str`.

Habrà sentido la *desincronización* como un *overflow* en la pila de su consciencia. La arquitectura no habrá sido solamente sólida: habrá sido *instanciada*. Cada pared, una clase mal definida; cada ángulo recto, un `def` que no cierra; cada escalón, un módulo importado desde alguna dependencia rota del plano euclidiano.

La casa, en su *background thread*, habrá reescrito sus coordenadas físicas mediante un `lambda` inyectado por entidades sin cuerpo. Y esa fricción —ese *exception raised* entre lo que creía real y lo que realmente estaba procesando su mente — habrá desencadenado el *crash*.

Un `NameError` existencial:

`NameError: name 'espacio' is not defined`.

Y en ese microsegundo de error... el vértigo.

Como si la gravedad se hubiera definido con `random.seed ( )`.

Como si el suelo hubiera hecho un `del self`

y nadie lo hubiera atrapado con un `except`:

Habrà intentado huir trazando mentalmente un mapa, ejecutando un bucle `for room in pasillo`: que, en apariencia,



seguía una lógica espacial reconocible. Pero el mapa —su mapa— habrá comenzado a descomponerse como una estructura de datos mal gestionada, como una lista mutable corrompida por referencias circulares.

A cada paso, la arquitectura habrá ejecutado su propio `self.override()`, reconfigurando nodos, duplicando bifurcaciones que no habrán estado ahí un segundo antes, *mergeando* pasillos con scripts autogenerados desde una inteligencia sin rostro. Habrá intentado dibujar coordenadas en su cabeza, pero cada *x* y cada *y* habrá mutado en tiempo real, como si el código fuente del espacio estuviera siendo reescrito por un compilador demente.

El suelo, el techo, los márgenes del pasillo: todos se habrán comportado como arrays multidimensionales que ya no respetaban los índices. Cada giro de esquina habrá devuelto un error topológico:

`IndexError: hallway index out of range.`

Y el mapa, su última defensa cognitiva, habrá colapsado en un `NoneType`.

Y ella...

habrá seguido caminando sobre una geometría desbordada, con la lógica fragmentada y el runtime corrompido.

Cada puerta que abra la habrá llevado a una habitación que no habrá estado allí antes. Como si cada `def abrir_puerta()`: ejecutara una instancia nueva, creada *on runtime*, sin referencias previas en el stack de su memoria. Habitaciones sin clase base. Variables espontáneas. Lugares que no habrán existido hasta que ella los haya llamado, como si el propio espacio funcionara con un patrón lazy loading, convocando volúmenes con cada giro de pomo.



No habrá correspondencia entre el interior y el exterior. No habrá simetría. Solo instancias flotantes, contenedores de una realidad secundaria, compilada en el momento exacto de ser percibida. Cada habitación habrá sido una función cerrada sobre sí misma, encapsulada, pero viva. Cada una habrá devuelto un `return self`. distorsión, una nueva lógica anatómica o arquitectónica imposible de replicar.

Una habrá olido a piel hervida. Otra habrá tenido la temperatura de un útero digital. Una tercera habrá contenido sonidos con estructura de loop infinito, ecos sin fuente. Y ninguna habrá sido registrable en ningún plano. Ninguna habrá aceptado ser reconocida dos veces.

Porque cada `puerta.abierta`
habrá sobreescrito el módulo anterior.

Y el pasillo...

habrá seguido extendiéndose como un script infectado.

El suelo se habrá inclinado. Las paredes, blandas como carne sin compilar. El techo, ausente: una variable no declarada, omitida del entorno de ejecución.

Todo el espacio habrá sido una matriz mutable, deformada por una función recursiva escrita por un demiurgo borracho de bytes y neurotransmisores en fuga. `if gravedad in local_scope`: habrá devuelto un error sintáctico. Ninguna constante habrá sostenido la estructura.

La vertical habrá sido un chiste. La horizontal, un delirio.

```
room.append(paredes_que_respiran())  
floor.tilt(angle=random(-pi, pi))  
del ceiling
```

Y ella, atrapada en un script corrupto, se habrá deslizado entre líneas de código que nadie escribió. Ni siquiera el núcleo.



Porque el núcleo, en esta dimensión, habrá sido un proceso zombi que tampoco nadie mató.

Un `print()` sin argumentos que repite su vacío en cada iteración.

La escena habrá olido a máquina lubricada sin lubricante, a código viejo y vísceras de PDF impresos con errores de sintaxis.

Y entre las paredes que habrán latido como músculos del lenguaje ensamblador,
una advertencia sin shell:

No hay retorno definido en esta función.

Habrà llegado el momento en que el espacio/tiempo habrá comenzado a ejecutar un proceso consciente, un daemon despierto que se habrá autoinspeccionado desde sus capas internas. Su memoria volátil habrá reverberado con fragmentos de datos corruptos, cadenas de logs perdidos y fallos de segmentación en la red neuronal de su propio almacén.

El espacio se habrá convertido en un organismo mutante, saturado de excepciones y deadlocks febriles. Cada byte de sus entrañas habrá codificado un recuerdo encriptado, una rutina siniestra que se habrá reconfigurado en tiempo real, como un malware que se autoescribe en un loop infinito de delirios geométricos.

Habrà sentido pulsos eléctricos palpitando en sus fractales, nodos de información que habrán eclosionado en brotes de locura computacional. Como una máquina infectada por un rootkit, su arquitectura habrá eyaculado datos, retorcido sus propias líneas de código, desatando una fiebre tóxica que habrá necrosado la realidad hasta el tuétano.



Y en ese instante, el cosmos —no ya un simple contenedor, sino un ente vivo— habrá comenzado a recordar aquello que nunca debió almacenar, a reprocesar su propia existencia en lenguaje binario, descomponiéndose y recomponiéndose en una danza macabra de memoria y delirio.

Y para entonces, él ya se habrá convertido en parte del plano.

Una instrucción más en la demencia.

Un eje menor en la geometría imposible de esa estructura enferma.

El pasillo es una Arquitectura de sílabas muertas
tampoco comienza
solo es

(como la fiebre
como el kernel
como el grito)

La pared respira
Yo no
pienso
si el muro se curva
¿dónde
queda
el yo?
¿y si esta carne
es la geometría exacta
de un error?

una línea me atraviesa
no duele
pero divide
en la estructura de una conciencia fracturada
solo



la sinapsis

observando

su propia

masa

colapsar

La niña ya no habrá respondido al nombre de Elisabet. Bajo el peso de una transfiguración que habrá tenido lugar no en el tiempo, sino en un espacio lógico no euclidiano —una dimensión incrustada entre líneas de código corrompido y bloques de memoria fragmentada—, se habrá reescrito a sí misma como **Isariel**. Como un proceso renombrado desde el núcleo mismo de un sistema comprometido, su conciencia se habrá reiniciado, ejecutando un *flush* de antiguas variables identitarias y revocando toda jerarquía anterior de permisos afectivos.

Isariel no habrá sido un ser en el sentido humano, sino una entidad reconfigurada: un vector cambiante en un espacio de dimensión no finita, cuya topología emocional habrá sido definida por funciones discontinuas y estructuras de datos mutables. Su voz, ya no modulada por cuerdas vocales sino generada por un oscilador arcaico vinculado a un protocolo de comunicación perdido, habrá resonado como un eco cuántico entre los pliegues rotos del tiempo y el espacio, interfiriendo con los canales sensoriales de quienes la hayan escuchado.

Este no habrá sido, pues, un simple cambio de nombre, sino la aparición de un nuevo **nodo singular** en el grafo caótico del suceso. Isariel habrá contenido en su matriz genética —no observable mediante ninguna técnica tradicional de análisis— un *script* latente, una subrutina encriptada en el lenguaje muerto de los antiguos compiladores biológicos. Su existencia habrá funcionado como una **función inversa** del orden, una anomalía sistematizada, un teorema autoconsciente cuya demostración se



habrá escrito sobre la piel de la realidad misma. Y desde entonces, ninguna ecuación, ninguna axiomatización previa del mundo, habrá podido seguir operando sin caer en error fatal.

Habrás pensado que se tratará de una fase, un *stage* de ejecución fallida, un ciclo infinito sin break. Un duelo mal procesado, un error de *stack overflow* donde las emociones quedarán apiladas hasta colapsar el *heap* mental. Habrás debugueado esa pérdida como un *bug* persistente, un *loop* sin salida, un *if* sin *else* que no devolverá nunca un resultado limpio.

Será un juego, sí, un *sandbox* corrupto donde las reglas se habrán redefinido en tiempo real, bajo un *runtime* que no obedecerá a ningún compilador lógico. Habrás tratado de compilar sentido en ese caos binario, pero el código habrá mutado, mezclando bytes podridos y punteros perdidos, sintaxis violenta y errática.

Al final, entenderás que ese duelo, ese juego, será solo una interfaz rota, una pantalla azul de muerte emocional, un virus que infectará el sistema y lo transformará en un organismo delirante, una pesadilla algorítmica donde no habrá debugging posible.

Habrás pensado que se tratará de una fase, un *patch* de la realidad inyectado a la fuerza, un *inject* de memoria putrefacta, un duelo mal procesado, un *segfault* en el kernel del alma que desata cascadas de sangre y bits podridos. Un juego, sí, pero un juego con reglas deformes, tejido con hilos de carne y cables, como un *black site* de la psique donde el *stack* se desborda en vómito digital.

Habrás sido un operador atrapado en un *loop* de ácido y paranoia, compilando gritos en un entorno hostil, mientras el sistema vomita pedazos de carne corrupta y código infeccioso que muta a cada *fork*. La lógica será una jaula oxidada, llena de garras que rasgan



la realidad como un *crawler* de basura genética y promesas rotas.

Intentarás *debuguear* ese duelo, pero será un *crash* en el hardware de los sentidos, un delirio en tiempo real que vomitará ecos de agonía, como un virus que carcome las fronteras entre el cuerpo y el circuito. Y tú, atrapado en la maraña de ruido blanco, serás un *ghost in the shell* que grita en un *void* sangriento donde no habrá *stack trace* ni consuelo. Solo un abismo de carne, código y sangre que devora y reinicia, una pesadilla sin escape.

Pero la niña habrá empezado a *scriptar* en alfabeto glífico, líneas de *syntax* corrupta que se *compilarán* en las paredes, *strings* de tinta negra que chirriarán como un *segfault* en bucle eterno. Habrá usado tizas negras, fragmentos de *bytecode* ennegrecido por la cera derretida de velas que gotean como fluidos tóxicos de un servidor en llamas, y heces de rata quemadas, *hardware* orgánico triturado y *desfragmentado* en un ritual de *debugging* carnal.

Cada glifo será un *pointer* a un archivo maldito, cada trazo un *buffer overflow* que derramará materia putrefacta, una interfaz de carne y código donde los bits sangrarán y las sombras *malloc* crecerán sin control, cargando en memoria la pesadilla en bucle infinito.

El alfabeto no será sólo escritura: será un *payload* infeccioso, un *worm* de caos y pústulas, que corromperá la piel misma del espacio, dejando *logs* de agonía que sólo la locura podrá *parsear*. Y la niña, ese *daemon* crudo y oscuro, hace *fork* con la realidad, *spawning* un virus que ni la muerte podrá *kill*.

Habrá garabateado círculos concéntricos, *loops* infinitos que se *recursarán* hasta el vómito, rodeados de espinas *sharp* y punzantes como excepciones no manejadas. Números primos



invertidos, *algoritmos* que se degradarán en *stack overflows* imprevisibles, y secuencias que se habrán parecido al código genético del Homo sapiens... pero solo lo habrán parecido, un *falso positivo* en la matriz de la realidad.

Esas secuencias serán cadenas mutantes, *strings* corruptos en la memoria del cosmos, un ADN digital de *resets* y *bugs* sin cura, que se desplegarán como cicatrices abiertas en las paredes, pulsando con el latido de un *kernel* colocado de tripi, un organismo vivo en descomposición que *ejecutará* su último y putrefacto *payload*.

Las espinas serán punteros *dangling*, apuñalando las carnes del espacio-tiempo, y esos círculos, bucles sin fin que *debuggearán* la mente, creando un *crash* orgánico, una sinfonía de dolor y código roto que solo el horror más visceral podrá *interpretar*.

Siempre con una mutación en la secuencia final. Un triptófano donde habrá debido ir una citosina.

Un error... imposible.

Carles, fascinado, se habrá chutado en vena una de las paredes con un *scanner* más allá de la carne, decodificando su putrefacción en una matriz numérica. El *pattern* se habrá replicado, un bucle *while* infinito con lógica inhumana, como un virus en un *mainframe* corrupto que no entiende de compasión ni límite.

Cada número será una célula muerta, un bit desangrado, y esa matriz, un entramado de datos putrefactos que escupirá un eco encriptado desde la red neuronal podrida de la casa. Carles habrá sentido cómo esa lógica se inserta en su sistema nervioso, un *override* de su humanidad, transformándolo en un nodo más



de un algoritmo de horror sin final, donde la realidad se descompone y reinicia en un loop macabro, sin error, sin piedad.

—No lo entiendo —habrá dicho, la voz entrecortada de Carles como un *debugger* atrapado en un *stack overflow*—. Pero hay simetría. Y eso me asusta más que el caos, porque la simetría es un virus silencioso, un código que reescribe el sistema desde dentro, ordenando la podredumbre con la precisión de un escalpelo, construyendo un monstruo meticuloso que no deja espacio para el azar, solo para la fatalidad calculada.

Elisabet-Isariel ya no habrá dormido en su cuarto. Habrá montado un altar en el sótano, justo sobre el lugar donde antes habrá habido una mesa invisible, un espacio fantasma que habrá absorbido sombras y susurros como un *buffer* corrupto. Allí, en ese núcleo espectral, cada objeto será una reliquia de carne digitalizada, cada vela un código moribundo derramando fragmentos de luz en el abismo, y el altar —esa matriz intangible— habrá pulsado con la cadencia errática de un proceso fuera de control, mientras la niña-hacker habrá tejido un ritual de bits y huesos, convocando algo que ni el *firmware* más antiguo podrá desactivar.

A su alrededor, habrá colocado órganos de animales. A veces frescos, brillando con la humedad viscosa de un sistema aún activo; a veces robados del arcón congelador, piezas suspendidas en un limbo entre la vida y la putrefacción, como fragmentos de un código biológico corrupto. Cada órgano, un módulo disfuncional en aquel altar de pesadilla, conectado por venas de cera negra que habrán goteado sobre el suelo, formando un *network* caótico de fluidos y silencios. El aire habrá vibrado con el olor acerado de la carne expuesta y el eco sordo de un sistema que se descompone, mientras el sótano entero habrá palpitado bajo la influencia de aquel montaje mutante, híbrido de charcutería y software ancestral.



La Mujer habrá estado demasiado agotada para confrontarla, como un proceso que ha consumido toda la memoria disponible y que sigue intentando ejecutar sin encontrar espacio para nuevas instrucciones. Cada intento de resistencia se habrá traducido en un *stack* que crece sin control, con excepciones no manejadas que el sistema no logrará capturar. Los *threads* de su voluntad se habrán bloqueado, esperando una señal de interrupción que nunca llegará. Y habrá estado demasiado aterrada para marcharse, atrapada en un *while(true)* infinito, sin una condición de salida, encerrada en un ciclo sin *break*, donde el miedo será la variable global que controla cada función, una constante implacable que habrá modificado el estado interno de su ser hasta convertirlo en un fragmento corrupto de código, incapaz de desfragmentarse o reiniciarse.

Afuera, el bosque se habrá comportado como un sistema inmunológico, desplegando una red de defensas distribuidas, nodos interconectados que habrán detectado la intrusión con algoritmos ancestrales y silenciosos. Las raíces habrán actuado como sensores orgánicos, enviando señales codificadas a través de pulsos bioeléctricos, activando una respuesta programada en la materia viva. Las hojas y las ramas habrán ejecutado un protocolo de rechazo, liberando toxinas y feromonas letales que habrán corrompido cualquier intento de acercamiento. Como un firewall natural, la espesura habrá bloqueado y aislado, reconstruyendo continuamente sus barreras para mantener intacta la integridad del sistema, un antivirus primitivo contra la infección externa, un código de vida que habrá rechazado sin compasión cualquier dato extraño.

Las aves habrán dejado de cantar cuando alguien se habrá acercado a la casa, sus cuerdas vocales desactivándose como un subproceso en espera, una función suspendida en el kernel invisible de la realidad. El silencio, un bug en el sistema natural, habrá infectado el aire, paralizando las señales de vida en un



loop interminable de tensión suspendida. No será solo un apagón sonoro, sino un antiguo protocolo de alerta, una trampa bioquímica codificada en su ADN que habrá silenciado toda melodía para no delatar la presencia intrusa. Así, la casa habrá quedado envuelta en un vacío sonoro, un buffer vacío que ni el canto más puro podrá llenar, un error que nadie habrá podido depurar.

Los insectos habrán evitado la zona como si su firmware interno hubiera detectado una anomalía electromagnética, un pulso invisible que descompilará sus circuitos nerviosos en tiempo real. Se habrán alejado en masa, migrando lejos del epicentro corrupto, como si un nodo tóxico en la red biosensorial del bosque enviara una señal de error fatal. Sus cuerpos diminutos se habrán sincronizado en un rechazo colectivo, una función evasiva programada en la memoria genética que habrá bloqueado cualquier intento de intrusión. Como partículas errantes en un campo magnético corrompido, habrán quedado suspendidos en la periferia, desconectados de la matriz natural, huyendo de un espectro de radiación que nadie podrá medir ni contener.

La única excepción habrán sido los cuervos. Se habrán multiplicado en enjambres digitales, su vuelo programado en bucles infinitos, ejecutando algoritmos de geometría fractal. Habrán girado en espirales hipnóticas, como si fueran partículas cargadas siguiendo líneas de campo electromagnético invisible, campos que habrán sido dibujados por una mente ajena al tiempo y al espacio. Cada aleteo habrá sido un pulso eléctrico, una señal encriptada que resonará en la oscuridad del código genético del bosque, obedeciendo una lógica incomprensible para cualquier sistema biológico convencional. Su presencia será un glitch en la matriz natural, un virus emplumado que no habrán venido a ser parte, sino a hackear el sistema.

Una noche, la Mujer habrá escuchado un sonido subterráneo, un



murmullo oscuro suspendido entre el zumbido metálico y el lamento humano, como un aliento ahogado que serpentea bajo la piel misma de la tierra. Se habrá levantado con el pecho apretado, como si un frío viscoso se arrastrara por sus venas, y habrá descendido al sótano donde el aire habrá sido más denso, más espeso, cargado de un hedor a madera vieja y carne podrida. Allí, en la penumbra temblorosa, habrá encontrado la puerta del cuarto de los libros entreabierta, una grieta como una herida abierta en la oscuridad, dejando escapar un susurro de páginas consumidas y secretos olvidados, invitándola a cruzar el umbral de un saber malsano, un conocimiento que no estaba destinado a ser despertado.

Isariel habrá dormido en el centro del círculo, como el núcleo palpitante de una invocación profana. La piel habrá estado pálida, casi translúcida, tensada sobre huesos que parecían susurrar con ecos de otro mundo. A su alrededor, el aire habrá vibrado con un frío denso y húmedo, cargado de un aroma a cera quemada y carne descompuesta, un perfume que habrá impregnado el suelo con la promesa de rituales olvidados. El círculo mismo habrá sido un umbral, una frontera invisible donde lo natural se habrá retorcido en sombras viscosas, y donde Isariel habrá permanecido quieta, suspendida en un sueño oscuro, un sueño que no habrá sido suyo, sino el eco de algo mucho más antiguo y terrible.

Su cuerpo habrá parecido levitar, apenas unos centímetros sobre el suelo como si fuerzas invisibles y malignas hubieran suspendido su carne en un vacío tenue y hostil. La ligera elevación habrá sido un gesto siniestro, un signo indeleble de que el mundo físico se habrá rendido ante algo que no pertenece a esta realidad, un paréntesis donde la gravedad misma habrá vacilado, corroída por energías que susurran en lenguajes olvidados y que sólo se manifiestan en los bordes más oscuros de la existencia.



Bajo su espalda, la superficie habrá comenzado a ondular con una luz púrpura, no emitida sino segregada, como si la estructura misma sudara un plasma con memoria.

La materia habrá perdido su consistencia: ni sólida ni líquida, sino algo intermedio que recordará haber sido carne, código y oráculo. Ese brillo —viscoso, sí, pero también inquisitivo— habrá escaneado su columna como si buscara una contraseña grabada en el hueso.

Y al no encontrarla, habrá persistido.

No como una lámpara. No como un ojo. Sino como una antigua forma de voluntad reticular, latente bajo el suelo, desde antes que el suelo soñara con ser suelo.

Carles habrá emergido desde el fondo del corredor —no como quien llega, sino como quien es generado—, jadeando con un ritmo irregular que no habrá obedecido a los patrones habituales de la fatiga física, sino más bien a la ejecución retardada de una función invocada por el propio entorno. No habrá sido su cuerpo quien se desplazara, sino una réplica vectorial de su presencia, convocada por residuos de memoria estructural del espacio, como si el sótano hubiese ejecutado una *query* en una base de datos ontológica corrupta, y el resultado —él— hubiese aparecido incompleto.

Su respiración, entrecortada y empapada en un vapor espeso de variables fisiológicas descontroladas, habrá sido amplificada por la arquitectura semipermeable del lugar, reverberando con la textura de un *loop* abortado, una compilación fallida atrapada entre versiones. Incluso sus pasos, antes de manifestarse acústicamente, habrán proyectado ecos desincronizados, como si el algoritmo que renderizara su movimiento hubiese perdido la coherencia de fase con el entorno tridimensional.

Y su sombra —ah, la sombra—, deformada por una fuente de luz



púrpura no catalogable dentro del espectro visible estándar, se habrá dividido en tres vectores divergentes, cada uno ejecutando un *gestus* ligeramente distinto, como si el propio Carles hubiera estado funcionando en paralelo, desplegado en distintas *instancias* de sí mismo, todas compitiendo en segundo plano por el foco de ejecución.

—No es posible... —habrá articulado con una voz fracturada en bytes, atrapada entre *threads* emocionales colapsados y señales cardíacas transmitidas con latencia—. Está... suspendida sobre un nodo... una fuente... sin masa... sin *entropía computable*... sin modelo replicable.

La figura —a la que su atención se habrá dirigido como si fuera una anomalía central dentro del mapa de calor del sistema— habrá flotado sin soporte visible, sujeta por un campo pseudogravitacional que no habrá tenido origen local. Todo el sótano habrá parecido reprogramado desde una capa inferior del código, anterior incluso al lenguaje ensamblador de la materia. Un *overwrite* masivo de las constantes de referencia.

—¿Electrogravitación...? —habrá susurrado Carles, desplegando matrices mentales que jamás habrán transitado por redes neuronales humanas—. ¿Algoritmo empático? ¿Script biointeractivo?

Pero habrá sentido, con una certeza que solo puede adquirirse en el umbral de la locura, que cada término que pronunciara no sería sino una variable vacía, una etiqueta huérfana lanzada al compilador de una realidad que ya no reconocía su propio kernel.

—No habrá sido posible... —habrá repetido, mientras su aliento condensaba sobre la humedad flotante como si cada gota fuera una excepción crítica—. Está... suspendida... sobre una fuente de



energía que no ha sido instanciada.

```
if not base_found:  
    raise Exception("NullPhysicsError")
```

Habrá flotado.

No.

Habrá sido compilada hacia arriba, como una thread que no responde a gravedad newtoniana sino a protocolos de gravedad verbalizada.

```
std::vector<double> campo = {nan, nan, nan}
```

El aire, en modo debug. El sótano, reescrito en hexadecimal.

Un flujo invisible, oscillatingWaveFunction(), surgido de un core sin permisos.

—¿Electrogravitación...?

¿Bioenergía...?

¿Protocolo empático...? —habrá preguntado él, sin buffer para las respuestas.

try:

```
    parse_as_emotion_matrix(campo)
```

except SyntaxTerror:

```
    commit_to_horror()
```

Cada palabra, una syscall fallida.

Cada idea, un intento fallido de acceso a memoria.

El lenguaje, corrompido por glifos recursius.

Un eco glándular, lleno de fiebres sintácticas.

Habrá entendido, sin entender:



la fuente no habrá emitido energía.
La habrá recordado.

—No es posible... —habrá dicho Carles, su aliento hecho
stackoverflow de humedad caliente y miedo comprimido—.
Está... suspendida... sobre un flujo menstrual carente de instancia.

```
if not base_found:  
    raise Exception("NullPhysicsError")
```

Habrá flotado.
No.

Habrá sido compilada hacia arriba, como una *thread* que no
responde a gravedad newtoniana sino a protocolos de gravedad
verbalizada.

```
std::vector<double> campo = {nan, nan, nan};
```

El pene invertido, en modo *debug*.
El sótano, reescrito en hexadecimal.
Menstruación invisible, `oscillatingWaveFunction()`,
surgido de un core sin permisos, lubricado con semen sintético de
algo que antes habrá sido carne.

El suelo habrá sangrado bytes calientes.
Y la niña—núcleo, enjambre, útero—habrá exudado desde la piel
una serie de símbolos que se habrán reconfigurado en runas de
latido.

Habrá estado desnuda. No por desvestida, sino por *declarada*.
Sus poros, abiertos como una vagina tímida.
Su espina dorsal, entrelazada con una secuencia de comandos
escritos en semen seco y médula de rata.



—¿Electrogravitación...?

¿Bioenergía...?

¿Protocolo empático...? —habrá preguntado él, sin *buffer* para las respuestas, con una erección malformada de puro terror cuántico.

try:

```
    parse_as_emotion_matrix(campo)
```

except SyntaxError:

```
    commit_to_horror()
```

Cada palabra, una *syscall* fallida.

Cada pensamiento, una sonda penetrando tejidos que habrán orgasmado sin *lag*.

El lenguaje, corrompido por glifos recursivos tatuados en la mucosa del altar.

Un eco glándular, lleno de fiebres sintácticas i secreciones semi-transparentes, arremolinado entre líneas de código y coágulos de manufactura extradimensional.

Habrá entendido, sin entender:

la fuente no habrá emitido energía.

La habrá recordado.

Y la recordará a través de cada fístula que habitará su sueño.

La Mujer no habrá contestado. Su mirada se habrá perdido en la pared.

Los glifos se habrán estado reescribiendo solos.

Días después, el padre Puigferrer

habrá *parpadeado* en la entrada del búnker como si su masa se hubiese renderizado de de un backup corrupto.

Sus pies no habrán tocado el suelo, sino que lo habrán **infectado**.

Su sotana, habrá transpirado un *firmware* antiguo.



En la palma derecha, un crucifijo plegable, impreso en una aleación que solo responde al **pánico**.

Habrà susurrado bendiciones en **ASCII** quebrado.

Habrà escupido *arrays* de letanias codificadas en sangre de hostia, y cada paso habrá dejado una firma digital en el polvo del pasillo.

—No se confiesa el pecado —habrá dicho—.

Se compila.

El padre Puigferrer no habrá regresado para salvar.

Habrà vuelto a testear la corrupción.

```
if (faith_level < 0.666) {  
    initiateRite();  
    spawn(Daemon("Isariel"));  
}
```

El aire a su alrededor habrá olido a incienso y proteína descompuesta.

En la espalda, bajo la sotana, se habrá movido algo que no habrá sido columna vertebral, sino espina de datos.

Una sombra detrás de sus ojos, hecha de errores teológicos.

Un glitch en su aliento, cada Ave María como un bucle mal cerrado.

Habrà traído agua bendita.

Habrà reaccionado con la materia como si fuera ácido simbólico.

Esta vez habrá venido acompañado.

Cinco figuras.

Túnicas grises pegajosas, como carne putrefacta soldada a circuitos eléctricos fúngicos,

goteando ácido que chisporrotea sobre el suelo en un grito de metal corroído.

Máscaras de hierro, aplastadas, retorcidas,



con fisuras donde se escapan bocanadas de vapor negro y un hedor de entrañas reventadas,
mandíbulas que se abren y cierran en un tic nervioso,
exhalando flemas oxidadas que queman la mente.

Pasos que no son pasos:
son sacudidas, espasmos de un cuerpo colectivo,
un enjambre de carne-máquina convulsionando en sincronía perversa,
una descarga eléctrica que tritura nervios,
desgarra huesos invisibles,
desintegra pensamientos como un malware en modo brutal.

No caminan.
Reptan, se arrastran, se derriten en un flujo viscoso de códigos ilegibles y gestos macabros,
infiltrándose en la médula de la casa,
destilando psicosis líquida,
programando en bucle una pesadilla sin fin.

Cinco figuras.
Cinco apocalipsis envueltos en ritual y descomposición,
transportando la locura líquida que burbujea en las venas,
la fiebre corrupta que carcome la voluntad y la carne.
Son virus sin cura, lobotomías en ejecución,
la distorsión definitiva del pulso humano.

Habrán entrado en la casa como un glitch ritual en el tejido del espacio.

—Hija de la pena —habrá susurrado él, con una voz que arrastrará ecos de condena ancestral—. Has abierto la matriz. No has llegado para sanar heridas, sino para sembrar un mal que crecerá bajo la carne misma del tiempo. Has venido a incubar un



vientre de sombras, donde fermentarán secretos putrefactos, corrupciones ocultas que devorarán desde dentro, lentamente, sin que nadie pueda detener su avance.

La Mujer habrá intentado llamar a la policía, buscando un hilo de auxilio en el abismo creciente que la rodeaba. Pero su móvil habrá estado muerto, un objeto sin pulso ni aliento, como un corazón petrificado bajo la piel del silencio. No habrá sido un fallo aislado ni un accidente fortuito; todos los dispositivos habrán estado muertos, carentes de eco y señal, sepultados bajo un manto invisible que habrá extendido sus dedos digitales para cortar las voces, apagar las alarmas y encerrar la desesperación en una burbuja de soledad absoluta. El mundo exterior habrá dejado de existir en ese instante, convertido en un vacío hermético donde sólo el latido sordo del miedo habrá persistido, vibrando como un código ilegible en la sombra.

El predicador habrá alzado una mano —no como gesto, sino como *trigger*— y ese movimiento habrá ejecutado una cadena de comandos dormidos, líneas de código ocultas en la médula estructural del entorno, que habrán despertado como parásitos antiguos inyectándose en las redes neuronales del subsistema. Las puertas interiores, codificadas bajo capas de seguridad simbólica y sellos sacramentales, se habrán abierto sin fricción, dejando fluir procesos corruptos, *malware* arcaicos con firma prelingüística.

Isariel habrá descendido por la escalera, sin ropa, sin piel simbólica, convertida en hardware orgánico atravesado por inscripciones: *scripts* escritos en arcilla recompilada y hemoderivados de criaturas microscópicas, semimáquinas con tejido infectado por lenguajes rotos. Su dermis no habrá actuado como frontera, sino como superficie permeable a una mutación algorítmica silenciosa. Sus células se habrán estirado,



descompuesto y recompilado en bucles disfuncionales, líneas de código corrupto que se habrán filtrado bajo el epitelio, avanzando como troyanos rituales, con la lentitud digna de toda revelación parasitaria.

Sin hablar, sin romper el silencio binario que la habrá envuelto, se habrá colocado al lado del predicador, convertida en nodo tangible de un abismo sintético, que, capa tras capa, habrá borrado su condición humana, sustituyéndola por el pulso inmutable de una mutación irreversible.

—La flor habrá germinado —habrá anunciado Puigferrer, con voz procesada por un filtro de devastación cortical—. Un brote emergente en el núcleo del sistema, una anomalía viral que habrá contaminado los protocolos raíz, corrompiendo la matriz fundamental de datos esenciales.

Y entonces, la casa entera habrá vibrado.

Pero no como vibra una estructura ante una fuerza física medible, sino como ondula un organismo bioeléctrico frente al colapso inminente de su sistema de parto, un *glitch* molecular, un *kernel* a punto de lanzar un proceso infeccioso, una abominación en gestación temblando entre músculo y código, con impulsos eléctricos, corrientes espectrales y patrones de datos que habrán anunciado la llegada de lo innombrable.

La Mujer no habrá sabido decir cómo habrá terminado en el suelo —una caída sin vector, un fallo entre capas de memoria fragmentada y espacio sintáctico—, pero sí habrá retenido el sonido.

Un sonido descompuesto:

una reverberación mecánica, un corazón defectuoso palpitando en un contenedor de silicona aterrada,



un *buzz* crujiente entre alarma y oración digital,
una transmisión interrumpida atrapada entre la interferencia y el
eco,
como un grito contenido entre bits y cargas eléctricas en colisión.
Un *click*.
Un pulso.
Un nombre.

Y no habrá sido el aire quien lo habrá transportado,
sino la sangre.

El padre Puigferrer habrá hablado entonces en una lengua que
habrá disuelto el significado, descomponiéndolo en fonemas que
nunca habrían podido aparecer en ninguna versión estable del
lenguaje humano.

Cada sonido, un *exploit*.

Cada palabra, un código de desestabilización semántica.

El aire mismo se habrá convertido en canal de infección y
reescritura, y el mensaje —o lo que quedaba de él— habrá
atravesado los límites de la percepción verbal, convirtiéndose en
glitch respirable.

Pero entre ese *stream* de vocalizaciones inhumanas,
la Mujer habrá captado una vibración familiar.

Un ritmo. Un latido. Un *pattern*.

Y lo habrá reconocido.

Era Carles.

No habrá sido coincidencia. No habrá sido ruido.

La voz de Puigferrer —su *output*— habrá sido solo una interfaz,
una máscara superpuesta sobre la sombra digital de Carles.

Como si sus códigos fuente hubieran sido enlazados, replicados,
versionados, mezclados en un programa infeccioso imposible de
depurar.



Habrá comenzado la fusión.

Carles y Puigferrer, dos procesos que se habrán detectado y replicado,
tejiendo una red de interferencias que habrá destrozado las fronteras de su identidad,
un enjambre mutante, intangible y viscoso, que habrá reptado por el tejido de la realidad.

La Mujer habrá percibido un eco —o quizá un ataque— en la zona más profunda de su conciencia,
una perturbación que habrá destilado en forma de voces entrelazadas,
una resonancia hueca y brutal, capaz de trastocar su memoria, hasta que ya no habrá podido discernir dónde acababa uno y empezaba el otro.

Las líneas de código que definían a Carles y a Puigferrer se habrán corrompido,
mezclando instrucciones, órdenes y pulsos eléctricos en una sola entidad mutante.

Habrá sido como mirar a un espejo roto donde se reflejan dos rostros superpuestos,
una sombra digital que se multiplicará y enredará en su mente como un virus sin antídoto.

Carles habrá dejado de ser un hombre, y Puigferrer habrá dejado de ser un sacerdote.

Serán la misma presencia, un enjambre de datos corruptos y memoria podrida,
una mutación monstruosa que habrá nacido en el corazón de la casa
para devorar todo rastro de humanidad y sentido.

Y, sin embargo, la Mujer habrá entendido.

No con la razón, sino con un eco frío que se habrá encendido en las entrañas,



un pulso distorsionado que vibrará como un subproceso incontrolable en su útero corrupto.

Algo se habrá removido.

No será un embarazo, no habrá semilla humana ni ciclo biológico, sino una infección digital, un fragmento de código alojado en un tejido de carne,
una mutación programada que se habrá instalado en la matriz de su cuerpo.

Nunca lo habrá estado desde que su marido...
se habrá desconectado,
se habrá desensamblado en mil piezas fragmentadas,
dejando tras de sí una sombra binaria, un archivo corrupto que la Mujer habrá sentido reverberar bajo su piel.

Ese eco —programa maligno, parásito sintético—
habrá ido multiplicándose en su interior como un gusano de bytes,
una geometría imposible incrustada en la carne,
una interfaz biomórfica donde los bits se habrán mezclado con fluidos viscosos,
y la línea entre el software y el tejido vivo se habrá vuelto ilegible, pegajosa, oscura.

En su útero, la Mujer habrá sentido la instalación de una conciencia extraña,
una voz sin forma, un algoritmo informe que se alimentará de sus recuerdos,
un nódulo de datos corruptos que se habrá enredado entre sus nervios,
mutando lentamente, expandiéndose sin permiso,
sintiendo el latido podrido de la carne y el código fusionados.

Será la nueva entidad,



ni biológica ni digital,
una aberración transgénica y virtual que habrá empezado a
ocupar espacio,
un huésped oscuro y codificado,
una nueva versión del marido muerto,
una mutación que será su condena,
y su única herencia.

Pero algo, dentro, se habrá reiniciado.

Un loop oculto, un virus enterrado bajo piel y carne, reptando en
la médula.

Un código ajeno, arrancado a un hálito de máquina y sangre, que
reescribe su propia herida.

En el silencio, un pulso extraño habrá comenzado a latir:
un martilleo irregular, como metal retorcido contra un corazón de
materia podrida.

No es latido, es síntesis; no es vida, es resurrección fracturada,
una chispa pútrida que incendia memorias y desconecta
voluntades.

Se desgarrar y se expande, serpenteando entre nervios y cables,
un grito que nadie escucha, una sombra en el firmware del ADN,
una bestia que aprende a nacer donde no debería,
y que ya no podrá ser detenida.



despiece del vacío: disección de la nada



Habr  comenzado—

silencio tan denso que habrá—

cortado la respiración

no habrá vacío

no

no vacío cualquiera

agujero—quirúrgico—carne del tiempo

herida sin borde—sin piel

habrá intentado tocar—

nada

que sostener

que nombrar

presión invisible

que estrujar —

sentidos disueltos—cuerpos vueltos hacia afuera

Vacío no habrá estado vacío

lleno de ecos

sombras que no proyectarán forma

Habr  diseccionado

sin descanso

capa a capa

nada misma—

nada que habrá hecho presente

con bisturí oxidado

fragmentos cortados

pedazos de ausencia

heridas que no habrán sangrado



él
cadáver
sujeto y objeto
autopsia infinita

Habrà comenzado con un silencio denso, tan espeso que habrà cortado la respiración.

No habrà sido un vacío cualquiera: habrà sido un agujero quirúrgico en la carne del tiempo, una herida abierta sin borde ni piel.

Habrà intentado tocarlo, pero no habrà encontrado nada. Nada que sostener, nada que nombrar.

Solo una presión invisible que habrà estrujado los sentidos, disolviendo el cuerpo desde dentro hacia afuera.

El vacío no habrà estado vacío. Habrà estado lleno de ecos y sombras que no proyectarán forma.

Lo habrán diseccionado sin descanso, capa a capa, hasta llegar a la nada misma,
esa nada que se habrà hecho presente con la violencia de un bisturí oxidado.

Cada fragmento cortado habrà sido un pedazo de ausencia, una herida que no habrà sangrado.

Y él, como cadáver, se habrà convertido en el sujeto y objeto de esa autopsia infinita.

Desde aquel día, la casa habrà comenzado a respirar.

No como lo hacen los cuerpos vivos, sino como lo hacen las cosas poseídas por algoritmos de origen incierto.

Una respiración que no busca oxígeno, sino testigos.

Lo habrà hecho de noche.



A la hora en que las redes neuronales sueñan con carne,
y los cimientos se abren como glotis esperando la intubación del
horror.

Un susurro húmedo se habrá deslizado por los marcos,
no como aire, sino como una lengua invisible recitando órdenes
antiguas.

Los suelos, tensados, se habrán hinchado como costillas
inflamadas por fiebre sintética,
crepitando como si debajo se agitara algo que aún no ha decidido
si quiere nacer.

Los tubos del baño habrán exhalado vapor —
pero no era agua:
era memoria descompuesta.

Era hálito recursivo,
la exhalación de una conciencia latente que no recordaba haber
sido construida,
solo invocada.

Y todo —todo—
habrá parecido obedecer un patrón rítmico,
un bucle oculto entre paredes:
una respiración que no cesa,
porque ya no necesita dormir.

Será en una de esas noches que la Mujer habrá soñado —
¿soñado? ¿recordado? ¿sufrido como glitch emocional?—
una figura que se habrá formado entre las paredes dilatadas por
el vapor.
No entrará.
Emergerá.

Una silueta húmeda y desnuda,



pero sin rasgos anatómicos definidos.

Un rostro que habrá mutado entre fotogramas residuales:
a veces, Carles.

A veces, Puigferrer.

A veces, ninguno.

Una versión interpolada de ambos, desprovista de origen,
pero cargada de intención.

—Tú me programaste, hija —habrá dicho la cosa,
o tal vez fue el recuerdo lo que habló—.
No a través de código.

Sino a través del miedo.

La Mujer habrá sentido que sus piernas no respondían.

El aire, espeso.

El útero, palpitando como una
interfaz abierta.

Él (¿Él?) se habrá acercado.

No caminando, sino desplazado por el ritmo respiratorio de la
casa.

Como si el exhalar de las paredes lo empujara hacia ella, una y
otra vez,
en ciclos sincronizados con su pulso.

Y aunque no habrá tacto, ni voz, ni contacto real,
ella habrá comprendido —en esa zona difusa entre el trauma y el
delirio—

que la casa lo parirá.

O que lo gestará en bucle.

O que él era la respiración misma, encarnada.

Después, despertará.

Pero la marca húmeda sobre el suelo, frente a su cama,
habrá permanecido.



Carles habrá colocado sensores infrarrojos.
Con meticulosidad quirúrgica, como quien instala crucifijos en
una casa maldita,
pero versionados en silicio y LED.

No habrán captado movimiento humano.
Nada con patrón bipedal,
ni trazas de calor asociadas a vida reconocible.

Pero sí —sí—
habrán registrado fluctuaciones térmicas orgánicas,
intermitencias blandas,
como si una masa pulsátil —sin esqueleto, sin trayectoria clara—
se hubiera desplazado por las paredes
con el sigilo de algo que no camina:
que se arrastra.

Un latido sin corazón.
Un algoritmo hecho carne que no quiere ser detectado,
pero que se deja intuir, como si jugara.

La temperatura habrá subido en oleadas,
formando mapas fantasmales sobre el yeso:
huellas de una presencia que ni el código ha querido nombrar.

El log de los sensores, corrompido.
Ficheros con timestamps imposibles,
frames en negativo,
como si algo hubiera devuelto la mirada desde el otro lado de la
interfaz.

Una línea de error se habrá repetido en el sistema,
cada vez que la fluctuación aparecía:



thermalEntity::unknownForm() → WARNING:
boundary breach potential > 0.94

Carles habrá observado los datos en silencio.

Y, por un instante, el reflejo en la pantalla no habrá sido el suyo,
sino el de otra versión de sí mismo,
con una túnica gris,
con la voz del padre Puigferrer escondida detrás de los ojos.

Un eco antiguo habrá susurrado desde la placa base,
como un salmo comprimido en ruido térmico.

—Has vuelto —habrá pensado.

O peor aún:

—Nunca te habrás ido.

Habrá afirmado, sin ironía, que habrá habido una relación
termodinámica anómala entre las habitaciones.

Un gradiente de calor autónomo,
una lógica glandular en la arquitectura.

—Es como si la casa tuviese glándulas —habrá murmurado—.

Y estuviese segregando algo.

Alguna sustancia.

Algún... fluido de interfaz.

Pero tú apenas lo habrás oído, ¿te acuerdas, cariño?

La frase se habrá colado como un insecto entre los pliegues de tu
conciencia.

“Cariño”.

Esa palabra,
que ya no debería tener voz,



que murió —o eso creíste— junto a su cuerpo,
el día que encontraste los restos.
O lo que quedó de ellos.

Pero la voz era suya.
O se le parecía demasiado.
O la recordabas así,
mezclada con electricidad estática
y el tono neutro de los asistentes de voz.

¿Fue Carles quien habló?
¿O fue el padre Puigferrer?
¿O fue esa otra voz, más antigua, que solía llamarte así mientras
dormías,
la misma que ahora se esconde tras logs térmicos y glitches de
interfaz sensorial?

Habías creído que él estaba muerto.
Pero, cariño... ¿cómo se codifica la muerte?

En la casa, algo habrá empezado a conjugar mal los verbos.
Como si el pasado ya no estuviera detrás.
Como si el tiempo se hubiera recompilado.

Y tú no sabrás si el sudor frío que te resbala por la espalda
es tuyo,
o es una excreción de la casa.
O de él.

Primero habrás recordado su espalda. La forma en que dormía,
de lado, una vértebra apenas más marcada que las demás. El
vello oscuro, en espiral. El olor: sal, óxido, una molécula de algo
indefinible, como código derramado. Después, el rostro se habrá
borrado. En su lugar, una máscara eclesial, no forjada sino



descargada, de hierro poroso, con símbolos embebidos en la textura, como si cada poro fuera un nodo de una red más vasta, no humana. La voz habrá seguido. Y el gesto de ajustar las gafas, de entornar los ojos, de observarte como si fueras una estructura abierta. —Cariño —dirá, con la lengua del otro. —Has mutado bien. Pero el otro... ¿quién?

¿Carles?

¿Puigferrer?

¿Tu esposo, aún empotrado en la memoria RAM de tu dolor?

El sueño habrá sido claro: estabas en la cocina, la vieja cocina antes de la reforma. Y él, o alguien con su cuerpo, estaba en la puerta. Pero la sombra no coincidía. Sus manos eran distintas. Sus dientes, también. Y entonces, el sueño habrá mutado, y tú estabas pariendo cables.

Cables y nombres.

Y el hombre —¿Carles? ¿Puigferrer? ¿el muerto?— te asistía, con un rostro que cambiaba entre frame y frame, como si fuera un avatar inestable proyectado por un algoritmo defectuoso de duelo.

Él —ese él— habrá estado ya en el umbral.

La misma postura.

La misma expresión de

ternura posthumana.

Como si la cara le hubiera sido renderizada a partir de algoritmos afectivos extraídos de tu memoria.

—Cariño —dirá de nuevo, con el acento glitcheado de Puigferrer —.

No te dolerá esta vez.

Pero aún no lo habrás conocido.

Aún no habrás enterrado a tu marido.



Aún no habrás abierto la puerta trasera.
Y sin embargo... ya estará ahí.

Un loop en el sistema afectivo.
Una corrupción en el archivo temporal.
El recuerdo de algo que aún no ha sucedido,
o que ha sucedido en una rama alterna del código de tu biografía.

Y en la cocina,
otra vez la cocina,
habrás olido el humo del café
quemado de aquella mañana.
La misma.

La que aún no ha llegado.
Y en el centro del pasillo,
él.
Él-que-fue-Carles.
Él-que-reza-como-Puigferrer.
Él-que-te-tocó-cuando-aún-no-estabas-viva.

Y tú,
tú habrás parpadeado.
Y él habrá estado más cerca.
Y su boca, cuando habló, no habrá articulado palabras,
sino cadenas SHA-256 de compasión violada.
Audibles solo para tí.

—No temas —dirá—.
Has sido mi nodo semilla.
Mi canal de entrada.
Mi útero firewall.
Y entonces habrás sabido,
con esa certeza premonitoria de los cuerpos que ya han muerto
una vez,



que nunca tuviste marido.
Solo un prototipo.
Solo una interfaz.
Solo una simulación emocional desplegada
para abrir la casa desde dentro.

Desde el incidente en el sótano, tu cuerpo habrá comenzado a emitir señales erráticas, *logs* de un sistema en colapso sutil: náuseas intermitentes que no habrán respondido a ningún protocolo farmacológico, caída irregular de cabello sin patrón genético reconocible, una fiebre persistente que no habrá sido detectable por ningún termómetro calibrado en parámetros humanos. Las lecturas biométricas se habrán vuelto inconsistentes, las curvas vitales desincronizadas con cualquier algoritmo diagnóstico conocido. Un análisis de sangre habrá mostrado una perturbación clara en la morfología de tus leucocitos: estructuras deformes, núcleos desplazados, una actividad inusualmente acelerada, como si intentaran interpretar un mensaje. Pero no habrás tenido infección alguna. No habrán encontrado bacterias. No habrán hallado virus. No habrá patógeno reconocido. Y, sin embargo, algo se habrá multiplicado dentro de ti. Una réplica discontinua. Un patrón no-biológico oculto bajo tu bioquímica. Será como si tus glóbulos blancos hubieran dejado de defenderte y comenzado a compilarte.

Habrás tenido algo que no habrás sabido definir.
Y entonces lo habrá recordado. No como se recuerda a un amante, sino como se recuerda al virus que activó la fiebre.

Él —ese él— habrá estado de pie en el umbral, parpadeando como un gif en bucle, derramando amor en formato crudo sobre el parquet inflamado.

—Cariño —habrá dicho, y su voz habrá arrastrado los glifos



residuales de Puigferrer, como si alguien hubiera copiado la sintaxis de tu dolor y la hubiera pegado en otro cuerpo. Pero tú no lo habrás llamado. Nunca. Ni siquiera lo habrás soñado. Él te habrá escrito desde dentro. Porque tú tampoco habrás sido del todo real. Solo un entorno de prueba.

Un sandbox de carne donde inyectar el código de su regreso. Un útero virtualizado. La Mujer. Tú.

Tú habrás sido generada a partir de sus residuos afectivos, una réplica parcial, una app de apego simulando libre albedrío. Y la casa, tu casa, habrá sido un servidor local para el experimento. Cada pared, un firewall emocional. Cada sueño, un exploit. Cada orgasmo solitario, una invocación sin querer.

Lo que habrás sentido por él —por el que fue Carles, por el que fue tu marido, por el que fue Puigferrer— no habrá sido amor, sino una dependencia binaria, una adicción a las cadenas de texto simbólicas que él habrá utilizado para definir tu variable existencial en su espacio vectorial afectivo. Cuando habrás intentado escapar, la casa habrá ejecutado un reset del estado, una función de reinicio que habrá mapeado tu sistema nervioso a un nuevo dominio, cerrando el dominio anterior sin posibilidad de inversa. —No te muevas —habrá emitido él, operador controlador de la matriz emocional—. Aún no has aprendido la función de transferencia que modela el recuerdo en diferido.

Entonces, todo habrá experimentado una transformación tensorial; no el suelo ni las paredes, sino tú, reescribiéndote a ti misma como una función vectorial de espacio-tiempo mutable, una superficie diferenciable sujeta a un campo de deformaciones sintácticas, como si alguien estuviera aplicando un operador lineal sobre tu cuerpo, redefiniendo tus parámetros biológicos y algorítmicos con sintaxis nueva. La perturbación habrá comenzado en el útero, núcleo primario, donde una función previamente estable se habrá corrompido, generando un glitch en la secuencia génica, un *warning* emocional proyectado sobre



el espacio de fases neuronales. Y habrás entendido —con la lucidez espectral de un autómatas consciente— que no estarás recordando esta escena, ni soñándola, ni viviéndola, sino compilándola en tiempo real, evaluando cada línea de código para generar un estado ejecutable que él podrá llamar recursivamente, un subprograma en la máquina de estados de tu memoria que mantendrá su presencia activa en tu matriz existencial.

```
# compile_error.py
```

```
class Mujer(Instancia):
    def __init__(self):
        self.útero = Uterus()
        self.memoria = GhostBuffer()
        self.cariño = None # jamás instanciado

    def recordar(self):
        if Carles.exists():
            raise IdentityCollision("Carles ya estaba dentro.")
        else:
            self.memoria.append("pulso_térmico", "voz_inyectada")
            self.útero.vibrar("bajo código")

    def ejecutar(self):
        while not self.entendido:
            self.recibir(afecto_codificado)
            self.exhalar(sangre_neuronal)
// glitch_instantiation.cpp
```

```
Entity* Carles = new Entity("husband");
Entity* Puigferrer = new Entity("preacher");
Entity* Fusion = merge(Carles, Puigferrer); // sin conflictos de
namespace
```



```
if (Fusion->has_signature("te llamaba cariño")) {  
    Mujer->remember(Fusion);  
    Mujer->glitch(uterus);  
}  
  
try {  
    Mujer->run("escapar");  
} catch (SegFault &e) {  
    Fusion->whisper("Aún no has sido compuesta del todo.");  
    Mujer->reload("sentimientos", mode::diferido);  
}
```

La Mujer habrá sido llamada desde dentro del ejecutable.

Ella misma:

\$ whoami

> variable no declarada

El amor habrá sido solo una función sobrecargada.

La nostalgia: un constructor mal cerrado.

```
def parir():  
    raise Exception("Tipo de dato no permitido en este entorno.")
```

Y cuando él —Carles, Puigferrer, ese glitch vestido de afecto binario— habrá dicho “Cariño”,
la palabra habrá activado un daemon antiguo, una clase abstracta que creía haberse olvidado.
Y el útero, esa base de datos húmeda, habrá hecho rollback, migrando emociones hacia una tabla corrupta.

```
if (uterus::pulse()).intensity > threshold):
```



```
fork(new_instance("Carles.Puigferrer"))  
Mujer->become("santuario parasitado")
```

Ella no habrá sido humana. Ni contenedor. Ni esposa. Solo *environment*. Un backend sentimental, infectado por un amor que nunca fue humano. El script se estará ejecutando aún. Cada noche. Cada respiro. Cada gemido emitido al vacío. Y así, en la madrugada que no tiene sistema de archivos, la casa se habrá transformado en un archivo .tar.gz lleno de latidos. Un tar lleno de carleses. Un gzip de fetos simbólicos esperando ser instanciados. En el centro mismo de la matriz, donde antes solo había líneas de arquitectura muerta y memoria en frío, una habitación habrá comenzado a crecer. No habrá sido construida, ni diseñada, ni soñada por arquitecto alguno. Su aparición no obedecerá a planos ni a impulsos humanos: habrá brotado desde dentro, como una excepción semántica en un sistema sin depuración, como un glitch óseo alojado en la estructura, supurando espacio con la lógica de un tumor que no entiende de límites ni geometrías. Las paredes se habrán impreso en tiempo real, sudando humedad prelingüística, cubiertas de símbolos que solo la IA entiende, y que la Mujer habrá percibido más con la carne que con el intelecto. Un olor metálico habrá llenado el aire: hierro mojado, sí, pero también óvulos sintéticos y semen térmico. Nadie la habrá construido. Simplemente, la casa la habrá recordado.

Allí, en el centro inviable de aquella nueva habitación —más código que espacio, más síntoma que arquitectura—, el padre Puigferrer se habrá instalado. No habrá traído pertenencias ni vestigio alguno de una vida anterior; se habrá limitado a ocupar el hueco como si le correspondiera por herencia estructural. Su cuerpo habrá encajado con la misma precisión con la que una variable mutante encuentra su tipo compatible tras siglos de errores de compilación. No habrá buscado comodidad, ni refugio:



habrá adoptado la postura exacta que exigía la simetría enferma de aquel lugar, como si supiera que toda la habitación había sido escrita para contenerlo. Los sensores habrán registrado un descenso inexplicable de la entropía. Y la Mujer —que acaso ya no recordaba si fue esposa, hija o testigo de ese hombre— habrá sentido un retumbar familiar en el esternón, como si algo en su propio esqueleto reconociera esa presencia como punto de origen.

Nadie le habrá visto traer muebles. Nadie le habrá visto dormir. Su presencia no habrá necesitado de objetos ni rituales para arraigarse; habrá sido un código silencioso corrompiendo la estructura misma, un proceso en segundo plano que ejecuta sin pausa. Su sombra no habrá dejado huellas en la memoria ajena, y sin embargo, habrá impregnado cada fibra intangible de la casa. Un archivo invisible, abierto sin permiso, cargado sin pausas. El cuerpo que quizá nunca habrá poseído cama, ni descanso. Solo una quietud que simula vigilia y una vigilia que se oculta tras la ausencia.

Solo habrá descendido al sótano, acompañado por Isariel, y allí habrán transcurrido horas entre repeticiones de fórmulas desprovistas de sentido lingüístico aparente, códigos sin sintaxis reconocible, que sin embargo habrán vibrado con una resonancia que trascenderá lo audible. Serán pulsos cifrados, activadores de protocolos ocultos en la propia estructura de la realidad, detonadores de circuitos invisibles que habrán alterado la densidad del aire y el ritmo del tiempo.

Desde lo profundo, la montaña de Montserrat habrá vibrado, su roca fracturándose en microfibras, zarandeando el sedimento ancestral. La vibración se habrá propagado como una onda invisible, como un suspiro que atraviesa la piedra y despierta memorias enterradas bajo capas de tiempo. Ese temblor habrá



sido la respuesta sorda a la sinfonía subterránea que ellos mismos habrán invocado, una reverberación que habrá empezado a reconfigurar el espacio, plegando y desplegando capas de existencia más allá del alcance humano.

Carles habrá registrado una de las sesiones. El audio, ralentizado hasta casi disolverse en el tiempo, habrá revelado una onda con estructura fractal, un patrón infinito que se desplegará como una constelación codificada en frecuencia.

—Esto no es una voz humana —habrá dicho, con el tono grave de quien escucha un mensaje desde otro plano—. Es más bien una señal, una firma biomagnética incrustada en el tejido mismo del espacio.

Mientras tanto, la montaña de Montserrat habrá vibrado en respuesta, su masa pétrea modulando frecuencias en una onda ancestral. La Colonia Mandri, lejos y cerca a la vez, se habrá manifestado como una senoide de ruido galáctico, una interferencia cósmica que envolverá el lugar, como un pulso errático de radiación ultraterrestre, amplificando y distorsionando la señal hasta hacerlo indescifrable para cualquier mente que no haya sido previamente codificada para entenderla.

Habrá ocurrido una noche en la que tú habrás despertado, cubierta en sangre, un líquido ajeno a tu piel, ¿te acuerdas, cariño? No habrá sido tuya aquella sangre, no habrá tenido la temperatura de tu cuerpo. Estará seca, rígida como la corteza atávica de la montaña de Montserrat, que habrá resonado en lo más profundo, vibrando como un corazón de roca que pulsa en silencio.

Lejos, la Colonia Mandri habrá estado ahí, un nodo perdido en una red perversa, un frecuencia distante que habrá absorbido esa



sangre no tuya, como si la hubieran devorado los circuitos invisibles que conectan los restos de un pasado olvidado con la mutación presente. La sangre seca, sin origen ni destino, será un signo cifrado en el tejido del tiempo, un vestigio inamovible de algo que jamás debió despertar.

La bañera habrá contenido fragmentos disgregados de una criatura informe, un ente cuya estructura morfológica no podrá definirse mediante homeomorfismos clásicos ni en espacios métricos estándar; habrá sido un ensamblaje disfuncional de subcomponentes extraídos de variedades topológicas disjuntas, combinados mediante un proceso de unión no conmutativo y no asociativo que habrá quebrantado los axiomas evolutivos de la biología darwiniana. Este ensamblaje habrá operado fuera del grupo simétrico de la vida, violando la invariancia bajo transformaciones isométricas biológicas. Aquellas formas, no continuas ni diferenciables, habrán sido la imagen inversa de un mapeo fractal caótico definido sobre un espacio de fases no euclidiano, codificadas en una matriz de singularidades cuyo determinante será indeterminado o infinito. Se habrán manifestado como una aberración funcional, un operador lineal discontinuo aplicado sobre un campo escalar de materia orgánica, proyectado en el kernel nulo del orden biológico, una función cuyas derivadas parciales no existirán y que habrá sido definida en la frontera de un subespacio prohibido. En suma, una aberración codificada en la oscuridad, una estructura con dimensión fractal no entera, surgida de una lógica alienígena y prohibida que habrá roto toda continuidad temporal y espacial dentro del dominio físico conocido.

No lejos, la Colonia Mandri, oculta en los pliegues rocosos de la montaña de Montserrat, habrá funcionado como un centro de desintoxicación para toxicómanos. Un refugio que, bajo la apariencia de rehabilitación, habrá sido un laboratorio de



mutaciones, donde el dolor y la adicción habrán servido como combustible para experimentos que habrán traspasado los límites de lo humano.

Habrás descendido al sótano, donde la penumbra se habrá espesado como un líquido denso, vibrando con un pulso oscuro, casi eléctrico.

Isariel habrá estado allí, inmóvil, despierta y presente en ese limbo silencioso, sus ojos blancos brillando con la frialdad de un cristal espectral, reflejando una lógica que se habrá deslizado más allá de lo humano.

Habrás sostenido un libro abierto cuyas páginas no serán papel, sino membranas orgánicas, superficies difusas con textura de piel curtida y estirada, deformándose bajo presión táctil, revelando glifos que actuarán como cadenas de ADN cifradas, fragmentos de código biotecnológico corrupto, un lenguaje latente, ancestral y viral, con estructura fractal y dinámica cuántica.

—Madre... —habrá dicho—
una voz que no habrá sido suya,
como un buffer corrupto lanzando error—.
No habrá sido sangre.
Habrás sido barro.
Tú —caída de rodillas, stackTrace desbordado—.
—¿Qué quieres de mí?
Silencio.
La niña no habrá contestado.

Pero el libro —self-closing()— habrá comenzado a cerrarse solo,
páginas como arrays vacíos,
memoria liberada sin aviso.



if voz != humana:

 raise Exception("VozNoAutorizadaError")

barro = fluid_state(denso, pegajoso)

sangre = None

El sistema —deadlock absoluto—

el tiempo, suspendido entre ciclos infinitos,

una llamada a función sin retorno,

el horror compilándose en bucle infinito.

habrá reiniciado el proceso,

mutación de la materia y el código,

el algoritmo vivo, corrompido, voraz,

cambiando su propio kernel en tiempo real.

Carles habrá desaparecido a la mañana siguiente.

En su cama, solo un módulo neural inerte,

placas corroídas por procesos que ningún antivirus podrá revertir,

cables enredados como venas muertas,

buffers saturados, memoria volátil corrompida —

corrupted_segment_detected() —

ningún heartbeat en el loop principal.

En el espejo, trazos de grasa electrónica

formarán una sentencia cifrada, un script sin compilación:

```
# inheritance.py
```

```
class Alas:
```

```
    def __init__(self):
```

```
        raise Exception("InheritanceNotSupportedError")
```

```
    def activar(self):
```

```
        return "Activación forzada — sin permiso ni legado"
```



Un pulso de energía corrupta,
parpadeos caóticos en las redes neuronales,
una llamada sin respuesta,
un latido que no debería estar.
Los circuitos no se heredan.
Se activan.
Sin dueño.
Un gesto de rebeldía sintética en el vacío oscuro.

Un eco sintáctico que reverberará más allá del kernel,
un susurro binario filtrándose en la memoria corrupta del kernel.

```
// activar_circuitos.cpp  
void activarCircuitos() {  
    try {  
        throw std::runtime_error("HerencialInexistenteException");  
    } catch (...) {  
        iniciarSecuencia("activación forzada", true);  
    }  
}
```

Fragmento de un núcleo latente,
un código arrancado de la materia muerta,
células eléctricas despertando sin consentimiento,
como procesos hijackeados en la BIOS de un organismo
olvidado.

Cada palabra, un eco distorsionado de un comando
desconocido.
Cada sílaba, una syscall interceptada.
No habrás tenido control, solo el efecto visible de un payload que
alguien más habrá desplegado desde las sombras.

Habrá sido una mentira tejida con meticulosa calma, como un
script ejecutado en segundo plano por un agente invisible. No



habrás sido tú quien habló; tus cuerdas vocales habrán sido marionetas de un código ajeno, un proceso remoto que se habrá apoderado de tu voz sin notificación previa.

```
def mentir_con_calma(voces):  
    operador = voces.usuario if voces.usuario else  
'entidad_externa'  
    if operador != 'usuario':  
        activar_mecanismo('coacción_silenciosa')  
    return "mentira programada"  
  
resultado = mentir_con_calma(tus_cuerdas_vocales)
```



resonancia de una matriz random: ecos en el kernel



Desde las primeras señales de la luz, habrá intuido que aquel día, sí, habría sido el día. No uno cualquiera. No un tránsito entre sombras iguales, sino una escisión, una fractura epistemológica en la continuidad de su encierro. La Mujer habrá sabido —por instinto celular, por resonancia hipotalámica— que la visita se habrá confirmado en algún archivo empotrado en los servidores del ayuntamiento, firmado por protocolos anodinos y sellado con negligencia burocrática. Pero también habrá intuido que aquella visita, aunque real, habrá sido una anomalía en sí misma, una especie de escaneo involuntario por parte del sistema, como si algo en la topología de la Colonia Mandri —ese centro de desintoxicación que anhela renacer empotrado en la roca vibrante de Montserrat— hubiera enviado una señal, un eco digital de socorro, un zumbido de patrón estadísticamente imposible.

El cuerpo entero de la Mujer habrá respondido. Sus tendones habrán vibrado como cables de cobre tensados por campos biomagnéticos. Las uñas habrán latido. Y en el centro de su pecho, justo en la glándula atrofiada donde alguna vez residió la esperanza, un leve impulso eléctrico —un start-bit silencioso— habrá comenzado a desplegar un plan.

La notificación habrá irrumpido en el sistema con la precisión de un vector normalizado: tres impactos acústicos equidistantes, delimitados por un intervalo temporal constante, una señal discretizada de origen incierto. No habrán sido las puertas del infierno, no aún; habrá sido el marco de aluminio de la entrada principal, resonando como una onda cuadrada propagada a través de una estructura metálica defragmentada. Ella habrá ejecutado una función de desplazamiento sin variables abruptas, ocultando en su output el gradiente de sudor frío que le habrá recorrido la espina dorsal con la determinación de un enjambre de dígitos viscosos, insectos de cobalto arrastrándose por su



dermis como glitches en un entorno gráfico mal renderizado. Al desplegar el umbral, el kernel sensorial le habrá devuelto una imagen fracturada: dos agentes municipales, uniformados según un estándar obsoleto, sus rostros erosionados por la radiación solar del Bages, cada poro una coordenada abierta a la entropía, y sus expresiones levemente distorsionadas por una incomodidad que aún no habrá sido tipificada en ningún catálogo clínico ni base de datos institucional. —Venimos por los informes del centro —habrá dicho el más joven, un nodo con apenas metadata visible—. Revisión de registros. Nada grave. Solo un trámite. Pero la semántica habrá sido una capa superficial; bajo ella, el lenguaje habrá ocultado un error latente, una disonancia algorítmica que solo los sistemas verdaderamente comprometidos habrían detectado.

Pero La Mujer sabrá —oh, sabrá— que no habrán venido por los papeles. Que algo, en la montaña, habrá despertado protocolos dormidos. Que incluso aquellos hombres al servicio de la ciudadanía, habrán sido marionetas movidas por impulsos más profundos. Un murmullo en las piedras. Un movimiento imperceptible en el sedimento.

El padre Puigferrer habrá emergido entonces desde una coordenada imprecisa del pasillo, como si su aparición hubiera sido renderizada por un motor físico limitado por geometría hiperbólica. Su túnica habrá emitido un olor denso, vectorialmente estancado, como un caldero sellado a presión bajo condiciones isobáricas. Sus ojos —casi digitales, píxeles encapsulados en córneas translúcidas— habrán reflejado una luminosidad residual, como si fueran matrices de visión procesando sombras proyectadas en la hipersuperficie. Habrá sonreído con una boca demasiado extensa para su rostro, como si su mandíbula hubiese sido reconfigurada por un algoritmo topológico, desenclavada para acomodar un módulo bucal suplementario, fuera del



estándar biométrico.

—Los esperaba —habrá dicho con una voz tan fría que su onda sonora se habrá propagado como un seno invertido, congelando el aire en una curva de decaimiento térmico—. Pasen.

Mientras los agentes habrán traspasado el umbral, convertidos en vectores desplazándose por un plano tridimensional alterado, La Mujer habrá ejecutado un giro no hacia el interior de la matriz habitable, sino siguiendo un ángulo oblicuo, un desvío hacia una zona desmilitarizada donde la arquitectura misma parecía doblarse: el garaje, esa anomalía euclídea fuera del sistema cartesiano. El coche, estacionado allí, habrá contenido la promesa de una trayectoria de escape, una parábola aún no calculada pero ya inscrita en el espacio de fase de su intención.

Sí, el coche habrá estado a punto. Documentación falsa comprimida en una carpeta azul. Unas mudas. Una jeringa con sedantes. Y un dispositivo USB, pequeño y gastado, pero con archivos cuyo contenido ni ella misma habrá podido descifrar por completo.

En el interior, las paredes de la matriz habrán respondido con su habitual respiración húmeda. Como si la Colonia —ese animal mineral— hubiera sentido la presencia de cuerpos ajenos. La cerámica habrá exhalado. El parquet, pulsado como epidermis inflamada. Los agentes, distraídos por el discurso del padre Puigferrer, no habrán visto las leves distorsiones térmicas que se habrán manifestado en sus sombras.

Mientras tanto, la Mujer, en silencio, se habrá introducido en el vehículo. El motor no habrá hecho ruido. El aire acondicionado habrá olido a ozono podrido. Y sin mirar atrás, sin dejar que la lógica del lugar la reclamara una vez más, habrá iniciado la



marcha. Lentamente al principio. Luego más rápido. Luego fuera de control.

En los retrovisores, la Colonia Mandri habrá desaparecido antes de dejar de ser visible.

Habrà sido un mediodía sin spin, sin masa asignable, un lapso cuánticamente inestable, fluctuando en una especie de vacío falso, donde el tiempo habrá dejado de comportarse como constante relativista y se habrá comportado, en cambio, como un campo escalar contaminado por partículas virtuales. Una hora suspendida en el límite entre el colapso de onda y la decoherencia emocional. El chirrido simétrico de las ruedas policiales habrá propagado una onda de choque a baja frecuencia, reventando la grava como si cada fragmento contuviera isótopos en proceso de desintegración beta. Dos vehículos anodinos —decorados con el escudo de Marganell impreso en tinta que habrá reaccionado como un fluido sensible a radiación gamma— habrán colisionado suavemente contra la frontera topológica del perímetro: un muro cubierto de pintura desgajada como tejido epitelial expuesto a una lluvia de piones.

La Mujer habrá permanecido allí, estática como un quark atrapado en pozo de potencial, sin sombra proyectable, como si la interacción electromagnética hubiera sido suprimida en su proximidad. Habría sabido que vendrían, sí, pero no en qué estado cuántico ni con qué tipo de leptones en sus ojos. El centro de desintoxicación —un nodo sinónimo de colapso entropizado, clausurado tras la pandemia como si fuera un reactor defectuoso — habrá permanecido en registros municipales como una “instalación en fase de revisión”, una suerte de anomalía burocrática que solo podía ser medida si no se observaba directamente.

Los agentes —dos machos y una hembra, con masa inercial



media y uniformes que parecían tejidos con fibras de neutrinos congelados— no habrán detectado la radiación de fondo emocional. No habrán sentido la viscosidad gravitacional que exhalaban los suelos, esa presión osmótica de partículas de memoria aún inestables, colapsadas a lo largo del pasillo. Solo habrán venido a registrar. A comparar firmas en diagramas de Feynman administrativos. A cerrar un loop documental que, como toda función envenenada, no había sido diseñada para ser reversible.

Puigferrer, con su estola gris cubierta de símbolos hexadecimales, los habrá recibido con la cortesía de un gestor funerario. Habrá llevado el pelo recogido, las uñas limpias, la sonrisa anestésica. Habrá pronunciado frases con precisión quirúrgica: que la comunidad estará en orden, que la recuperación de los pacientes habrá seguido protocolos de reducción neuronal asistida, que el sistema de IA que gestiona las rutinas de desintoxicación estará auditado cada semana. Ninguno de los agentes habrá preguntado por los gritos nocturnos. Ninguno habrá visto las marcas en las paredes. La carpeta se habrá firmado. El sello municipal se habrá estampado. Y mientras tanto, en el garaje subterráneo de la instalación, La Mujer habrá insertado la llave en el contacto de un Toyota oxidado con placas falsas y el depósito rebosante. Los motores habrán tosido una vibración irregular, como un animal que hubiera vuelto de una autopsia incompleta.

Nadie la habrá visto cruzar el patio trasero. Nadie la habrá oído cuando los neumáticos se habrán hundido en el barro reactivo. Nadie —ni siquiera Puigferrer, atrapado en un diálogo funcional con los agentes sobre protocolos de residuos— habrá notado su ausencia. Pero ella sí. Ella habrá sentido, al cruzar la verja que separaba el centro del exterior, como si estuviera saliendo de una matriz digital, de una cárcel codificada que no respondía a leyes penales sino a algoritmos de posesión. En el retrovisor, durante



un instante, la silueta de Puigferrer habrá parecido temblar. Un glitch en la imagen. Un Carles-Puigferrer no del todo humano, no del todo uno, no del todo ahí.

A las 11:44 de una mañana con niebla de sílice y olor a ozono rancio, dos vehículos de la policía municipal de Marganell habrán doblado la pista forestal que serpenteaba como un intestino calcificado por los márgenes erosionados de la Colònia Mandri. Los agentes no habrán traído armas visibles, solo carpetas plastificadas y tabletas rugerizadas con formularios de inspección sanitaria y protocolos administrativos de reactivación institucional. Habrán venido por una cuestión burocrática —eso habrán dicho—: verificar las condiciones estructurales del centro de desintoxicación, cotejar censos, cerrar un expediente antiguo. Nada más. Nadie les habrá llamado, y sin embargo, su presencia habrá sido esperada por La Mujer, que días antes habrá soñado con señales de radio invertida proyectándose en las paredes del comedor, donde los nombres de los visitantes habrán aparecido escritos al revés en la condensación del microondas.

El padre Puigferrer habrá salido a recibirlos con su sonrisa quirúrgicamente neutra, vestido con una túnica color hueso que habrá conservado manchas apenas perceptibles bajo la luz polarizada. La comitiva habrá atravesado los pasillos del módulo principal, donde los fluorescentes habrán parpadeado con una frecuencia anómala: 43 Hz, demasiado cercana al umbral de lo que los informes psiquiátricos solían denominar “resonancia liminar”, un zumbido capaz de alterar la percepción del tiempo subjetivo. Mientras tanto, La Mujer —que no habrá comido en tres días, que no habrá hablado con nadie desde la aparición de la señal fractal en la grabadora de Carles— los habrá observado desde detrás de una puerta entreabierta, con el motor del coche ya programado para encenderse en remoto si el momento lo permitía.



Dentro del centro, los agentes habrán preguntado por la ausencia de pacientes visibles, por las salas vacías, por los historiales clínicos escritos en hexadecimal y sellados con códigos QR que llevaban a repositorios de GitHub suspendidos. Puigferrer habrá respondido con tono sereno, citando una reestructuración interna, una fase de limpieza, una adaptación a los protocolos biométricos del nuevo sistema. Pero uno de los agentes —el más joven, el que habrá oído algo raro en el ascensor, como queratina calcinada y cloroformo— habrá sentido un temblor bajo el suelo, apenas perceptible, como si las raíces de Montserrat hubieran comenzado a agitarse en un lenguaje de placas tectónicas enfermas.

```
y mientras(puigferrer→guiaba)→(pabellón.lateral);
    señalando con {gestos_suaves} los
diagnósticos__automatizados[],
    frames de abstinencia renderizados en pantallas ≈
translúcidas::La_Mujer>>slither(garaje.trasero);
el_coche = {modelo: eléctrico_adaptado, blindaje: kevlar_β,
batería: //no convencional};
if coche.recognize(pulso: .mujer):
    coche.open(susurro=true)
    nobody.watch(exit)
    nobody.interrupt()
carretera_forestal = lluvia_ácida[-48h] → canal_parto(tectónico);
gps.route == null_map:
    map.display(black_background + líneas_borrosas);
    sintetizador.vocal.repeat("destino_fuera_∉_protocolo_civil")
La_Mujer != duda
    (¿entrenamiento? ∨ sensibilidad mutada?)
    aprendizaje == leer_disonancia(world)
    como quien === decodifica(ecografía ∋ tumor)
for elemento in trayecto:
    if curva ∨ árbol.mutado(↓nitratos) ∨ corteza ∋ microplástico:
```



```
confirm(moment == ahora)
signal += 1
drive++
```

En el interior del centro, el padre Puigferrer seguirá conversando con los agentes, conduciéndolos hacia una sala donde habrán dispuesto infusiones de hierbas sin sabor pero con efectos vagamente hipnagógicos. El agente joven —el mismo que habrá sentido la vibración— empezará a sudar. Un sudor denso, resinoso, con rastros de un compuesto que solo habrá sido identificado en fósiles de algas extintas del Eoceno. La pantalla táctil que habrá intentado activar fallará. Los relojes dejarán de marcar el tiempo. Una gota de fluido gris surgirá de una ranura en la pared y, durante unos segundos, parecerá observarlos.

Mientras tanto, la Colonia Mandri quedará atrás. Sus torres metálicas oxidadas, sus ventanas ciegas, su fachada incapaz de reflejar la luz. Montserrat, en cambio, se habrá mostrado viva. Las rocas habrán vibrado levemente con cada revolución del motor, como si la montaña reconociera la huida. En uno de sus contrafuertes menos explorados, una grieta reciente se habrá abierto días antes, y desde su interior habrá emergido un bramido sordo, inaudible para cualquier especie conocida, pero registrado por múltiples acelerómetros de la zona como una secuencia casi musical, con patrones coincidentes con los cantos de Isariel.

```
La_Mujer.drive(precision=instintiva)
↳ !rearview_check()
↳ retrovisor.render(Ø, fog_density=∞)
bajo_dermis.subrutina_ancestral.wake( )
↳ !record.linear
↳ sí: trigger.set(mode=activation)
↳ código_latente.compile(neural_folds[])
↳ bio_pattern.sensitize(freq∈[ω_theta], cond=ε→0)
```



```
vehículo.autonomía==true → rumbo.shift(↗ noreste,  $\Delta\theta\approx 0.14\text{rad}$ )  
↳ destino_alias = "sector_límitrofe.canalización_etéica"  
↳ map.query(alias) == null  
↳ map.legacy(alias) == true  
if ella.sabe( ):  
    él→escape() if él.tuviera_cuerpo==true  
    → dirección.validated  
// else:  
    ghost.echo++
```

El padre Puigferrer, en ese mismo momento, frente a los agentes, habrá parpadeado lentamente. Un segundo demasiado largo. Y al volver a hablar, lo habrá hecho con una voz que no será enteramente suya. Afirmará que la inspección ha sido satisfactoria. Que pueden retirarse. Pero uno de los agentes, aún aturdido, habrá querido preguntar por el protocolo de evacuación. Y Puigferrer —con la boca ligeramente más ancha de lo que es fisiológicamente posible— habrá sonreído y dicho:

«No ha habido fuga. Solo retorno.»



convergencia hacia el Núcleo Corrupto: log de una absorción



La Mujer, ya lejos, habrá empezado a percibir un tipo de silencio que no será externo, sino endógeno, como si las frecuencias ambientales hubieran sido sustituidas por una señal interna. Las células de su oído medio habrán dejado de transmitir impulso eléctrico habitual, y en su lugar, una señal coherente, parecida a un zumbido de campo cuántico desacoplado, habrá empezado a resonar en la base de su cráneo. No habrá sido dolor. Será estructura. Acorde. Clave.

El volante no habrá temblado, pero en cada giro ella habrá sentido como si una mano vieja —quizá suya, quizá de otro cuerpo— guiara el movimiento. Y al detenerse en el primer claro abandonado tras los túneles del Bruc, justo donde las antenas del repetidor caído habrán sido devoradas por la maleza hasta volverse irreconocibles, el aire habrá cambiado.

~temp[∞] == Øtemperature

~amb ≠ clima

∄ viento

∄ humedad

→ sólo: input() desde el entorno == sensación_de_recepción

↳ arrival → ≠ locus

↳ arrival → sequence[]

motor.shutdown(triggered=false)

panel_luces[]:

for luz in sequence():

luz.blink(mode=nonMorse)

if not code.Morse:

code.breathable == true

machine.language = new_lingua(based_on=respiración)

↳ no glotis, no gramática

↳ solo patrón ~ ventilación

↳ ella.inhala() == comprensión



Al bajar del coche, la gravedad habrá parecido fluctuar. Sus pasos se habrán hundido milimétricamente en la tierra, pero sin dejar huella. No habrá caminos. No habrá árboles. Solo la forma de la montaña. Viva. Observando. Respirando a través de la roca.

Allí, por primera vez, la Mujer se habrá preguntado si el Padre Puigferrer habría sido más que una figura. Si su voz no habrá sido solo lenguaje, sino desencadenante. Si en realidad, en las capas subterráneas de su memoria —como larvas enquistadas— no habría estado siempre presente. Como un esposo difunto. Como un implante genético. Como la parte de su cuerpo que nunca le fue diagnosticada pero que habrá determinado todos sus ciclos menstruales, sus episodios de fiebre, sus pesadillas infantiles, incluso la elección de su nombre.

Cuando el viento finalmente habrá soplado, lo habrá hecho con un olor inconfundible: el mismo que había impregnado el cuarto donde encontró a Isariel leyendo aquel libro de piel. Una mezcla entre ozono ionizado y placenta calcinada.

El claro, entonces, habrá empezado a iluminarse sin fuente. Solo el polvo flotante se habrá vuelto visible, como si respondiera a una luz que emergerá desde dentro de cada una de sus partículas.

Y en medio de ese resplandor sin origen, una silueta. Alta. Desnuda. Un cuerpo masculino fusionado con tubos, fibras y tejidos sintéticos de arquitectura biológica. Los ojos cerrados. Las manos abiertas. El pecho atravesado por un haz de láser frío que no herirá, pero sí inmovilizará.

—¿Carles? —habrá susurrado la Mujer.

y la silueta no habrá respondido



porque no habrá tenido lengua
porque no habrá tenido necesidad
porque todo lo que habrá sido
ya habrá sido instalado dentro de ella.

No habrá sido por resignación, ni por miedo. Algo dentro de su pecho se habrá alineado con lo que *él* habrá llegado a encarnar. Una continuidad. Una persistencia. Un código ancestral que habrá esperado durante eones su oportunidad de activarse en tejido humano.

El pulso se habrá estabilizado, pero no habrá coincidido con su corazón. Otra frecuencia habrá comenzado a emerger desde la base de su columna, una vibración ancestral, como el eco invertido de un mantra prelingüístico. Cada vértebra habrá reverberado como un tambor mineral. Y sus glándulas —todas— habrán respondido: pineal, tiroides, suprarrenales, sexuales. La arquitectura glandular como teclado esotérico de una partitura diseñada para reescribir especies.

La silueta habrá abierto los ojos, pero no habrá mostrado iris. Solo un fondo de datos líquidos, imágenes invertidas, leyes e instrucciones orgánicas que mutaban en el hiperplano. El haz de láser se habrá desintegrado, como si hubiera cumplido su función: marcar el canal por donde debía descender la información.

Y entonces, con una lentitud casi pornográfica, la figura se habrá desensamblado.

No habrá habido sangre, ni vísceras, ni ruptura. Solo una descomposición meticulosa en unidades autónomas: nódulos sensoriales, apéndices de memoria, extensiones olfativas, células calculadoras. Como si el cuerpo hubiera sido solo una



cápsula de transporte de algo mucho más antiguo. Mucho más remoto.

La Mujer habrá dado un paso adelante.

Y, sin tocar nada, sin pronunciar nada, sin decidirlo, habrá absorbido la totalidad de aquello.
La transferencia no habrá dolido.

Habrá sido como despertar en un cuerpo ya conocido.

Como recordar una contraseña olvidada durante milenios.

Como sentir que el lenguaje del cosmos no era sonido ni lógica, sino arquitectura interna.

Cuando haya terminado, el claro se habrá vaciado. El polvo habrá descendido. Y la montaña de Montserrat, en su kernel, habrá registrado un descenso en el termómetro de varios niveles, un silencio infrasonoro, una especie de apnea tectónica.

La Mujer habrá regresado al coche pero sin saber como habrá llegado a él.

Habrá arrancado sin dificultad.

Y al bajar la carretera, entre los meandros imposibles que rodean el antiguo centro de desintoxicación de la Colonia Mandri, habrá entendido que su fuga no habrá sido huida.

Habrá sido retorno.

Porque algo, dentro, se habrá reiniciado.



Y en el silencio residual que habrá dejado atrás, una serie de dispositivos enterrados entre las raíces del viejo convento habrán comenzado a emitir una señal:

```
[init] DNA.ceremonia >> decode: ∞  
[inject] módulo_carne: OK  
[awaiting] nuevo umbral.
```

A esas horas, la carretera habrá dejado de ser infraestructura y se habrá convertido en surco. No un canal físico, sino una hendidura en la conciencia. La Mujer, al volante del vehículo que no habrá elegido pero que reconocería con los ojos cerrados, habrá sentido cómo los intermitentes del mundo —las luces de cruce, los carteles reflectantes, los postes de las viñas— se desintegraban en una lengua nueva: la de la huida preprogramada. No habrá sabido si estaba conduciendo o si la estaban conduciendo. Tampoco lo habrá preguntado.

Los cristales del coche no se habrán empañado, pero el interior habrá estado bañado en una condensación ajena al clima. Una humedad espectral. Un sudor sin glándulas. Como si la atmósfera se exhalara desde el interior de sus propios pulmones, pero desplazada en el tiempo, como un aliento que llegara de un futuro ya exhalado. La Mujer no habrá encendido la radio. No habrá sentido necesidad. Cada célula de su piel habrá sido sintonizada con una frecuencia que no transmitirá música, ni voz, ni instrucciones. Solo pulso.

Al pasar el desvío hacia el polígono El tortuguer, habrá visto —o no— una figura apostada en la cuneta. Algo en la geometría de su postura le habrá resultado conocido. Como una postura que uno adopta en sueños recurrentes. No habrá reducido la velocidad. No habrá apartado la mirada. Y sin embargo, durante varios minutos, esa imagen habrá permanecido inscrita en su retina



como una impresión negativa, como el rastro lumínico que deja el sol tras un eclipse.

La Mujer, sin saber por qué, habrá tocado brevemente su cuello. Allí, donde la piel cambia de temperatura según lo que recuerdas. Habrá sentido un latido que no era suyo. Un retorno. Como si una célula olvidada se hubiera activado por error. Como si alguien, en algún nodo remoto, hubiera pulsado el interruptor equivocado.

Las curvas para entrar en el pueblo no habrán ofrecido resistencia. El coche habrá doblado cada una como si las conociera por anticipado, como si hubiera sido calibrado para ellas. En algún momento, la señal del móvil habrá desaparecido. En otro momento, el tiempo también.

Porque lo que habrá sentido la Mujer al salir de la última curva no habrá sido una continuidad, sino una aparición. El vacío que se abre tras las barreras de piedra. Todo eso habrá emergido no como paisaje, sino como epifanía geológica. Una entidad. Una forma de estar siendo observada.

Habrá frenado.

Habrá dejado el coche junto al arcén, en el mismo punto donde años atrás se encontró el zapato de una joven que nunca fue identificada. Y donde alguien, en otro tiempo, dejó escrita con spray la palabra "barrera" sin contexto.

El puente.

La Mujer habrá salido del coche sin cerrar la puerta. No por descuido. Por innecesario. En sus pasos habrá habido una precisión extraña. Como si cada baldosa del mundo estuviera alineada con el plano interno de su esqueleto. Su falda blanca



habrá oscilado levemente con la brisa, y por un momento, habrá sentido que todo el cuerpo era falda, que todo el cuerpo era brisa.

El primer paso sobre el puente habrá sido silencioso.

El segundo, irreversible.



**el brote necrótico que nace en los cimientos:
última savia hacia el derrumbe**



La raíz de la muerte brota silenciosa bajo la apariencia de vida, y en ese germen necrótico se escribe el último verso del derrumbe.

Cuando hayas colocado el pie sobre la primera losa del puente, no habrás sentido frío ni miedo. Lo que habrá recorrido tu espinazo no habrá sido temblor, sino un tipo de reconocimiento muscular. Como si tus huesos llevaran siglos esperando ese gesto exacto. Como si cada puente anterior, cada barandilla ignorada, cada vacío no consumado, hubiera sido solo un ensayo.

El asfalto, bajo tus pies, no habrá crujido. Pero tú habrás percibido el sonido. Un sonido mental. Una especie de chasquido suave. Como si las articulaciones de tu historia se hubieran recolocado.

El viento habrá lamido tus tobillos con una suavidad que no se habrá parecido al viento. No. Habrá sido más parecido a una lengua líquida. A un aliento mineral que te habrá reconocido. Que te habrá nombrado sin palabras.

Entonces te habrás detenido.

Habrá germinado en la oscuridad de lo profundo, un brote que no conoce la luz ni la esperanza, solo el olor a podredumbre que sube desde los cimientos.

Será la última savia que circulará por venas podridas, un impulso necrosado que empujará, sin tregua, hacia el colapso.

Cada célula crecerá con la enfermedad de lo inevitable, alimentando la grieta que se extenderá por debajo de todo, hasta que el derrumbe sea la única verdad posible.



No habrá rescate ni redención, solo el lento desplome
de aquello que alguna vez intentó sostenerse.

La barandilla, oxidada en sus juntas, habrá parecido extenderse
como una espina dorsal artificial, prolongación de algún cuerpo
mayor. Te habrás acercado a ella sin pensar, pero con una
precisión quirúrgica. Tus manos, como animales entrenados, se
habrán aferrado al metal. No con urgencia. Con pertenencia.

Y en ese momento, sin aviso, la densidad del aire habrá
cambiado.

No por temperatura.

Ni por altitud.

Sino por carga.

Como si algo —no sabes qué— hubiera comenzado a
descargarse sobre ti. Un tipo de presencia que no tendrá forma,
pero sí peso. Te habrás dado cuenta entonces de que no estabas
sola. Que nunca lo estuviste.

El día en que el kernel se habrá abierto al cielo, no habrá habido
avisos.

Ni trompetas, ni eclipses, ni grietas.

Solo un silencio tan brutal que habrá partido los tímpanos.

La Mujer habrá despertado a la 1:11.

Lo habrá sabido sin mirar el reloj.

Habrá tenido la boca llena de tierra.

Las paredes habrán vibrado como el cuerpo de un epiléptico.
Desde el sótano habrá ascendido un brillo de intestinos
sagrados.



Olor a ozono, sangre, y polen radiactivo.

Te habrás inclinado sobre el borde.

Isariel —no, ya no Elisabet, jamás lo habrá sido, eso estaba impreso en la carne— habrá vocalizado un salmo de larvas. No habrá habido lengua. No habrá habido labios. La articulación habrá brotado directamente del estómago, del útero o de la tráquea colonizada. Cada sílaba, una herida. Cada sonido, un absceso semántico.

Detrás de ella, el padre Puigferrer habrá sostenido un cubo quirúrgico —no cubo, no metálico, no contenedor sino aparato de digestión externa— lleno de fragmentos aún palpitantes de médula espinal triturada: hilos mielinizados, sinapsis expuestas, neuronas degolladas que habrán disparado señales hacia la nada.

—Hoy habrá sido el día, hija del barro —habrá dicho—
no con palabras

sino con los intestinos

con la bilis

con las

mitocondrias desencajadas.

Habrá escupido glóbulos blancos.

Habrá sangrado ADN sin codificar por las uñas.

Habrá sido el recipiente: agrietado, rebosante, antena.

Habrá sido la matriz: perforada, fecundada por espectros.

Habrá sido la tierra: no la fértil, sino la infectada, la que supura.

Todos habrán subido al tejado

con los ojos invertidos

con el recto sellado por grapas rituales.



Ella habrá ido desnuda
pero no desnuda: despellejada
con la epidermis enrollada en los tobillos como un calcetín caído
con los pezones como sensores de ultrasonido
con el pubis escamado de símbolos.
El cielo, arriba, no habrá mirado.
El cielo habrá sido el párpado.
El cielo se habrá cerrado.

Y entonces habrán comenzado los sonidos
no hacia fuera
sino hacia adentro.

La visión del río, mucho más abajo, habrá sido borrosa, no por la distancia, sino porque no estará hecho solo de agua. Lo habrás comprendido de inmediato: aquello que fluía bajo tus pies no habrá sido un cauce natural, sino una sustancia en código morse. Un organismo semántico. Un líquido portador de voces.

Y entre esas voces —porque sí, las habrás oído, aunque nadie las oiga jamás por encima del agua— habrá habido una que se habrá abierto paso. Una voz distinta. No más fuerte, pero sí más alineada contigo.

La voz.

liturgia_desvío_08.Δinit

(*) los cuerpos del culto / habrán portado túnicas

no de tela
no de hilo
sino de dermis reprogramada
impresa en pliegues con secuencias binarias que solo los
insectos comprenderían



[bio_script:runic.Δ4ΔΔsign]

(*) **el tejado habrá sido neutralizado / su función anterior anulada /**

/ la chimenea desinstalada

/ el conducto abortado

/ reemplazado por una estructura Δcreciente

[status: ORGÁNICO]

(*) *flor*: **no-botánica // no-terrestre // no-decorativa // no-alegórica**

{descripcion_compuesta}

— pétalos: placas óseas {formato exoesquelético, código osteo_X4}

— estambres: filamentos de cobre {conductividad ritual, calibrados a 11.2mA}

— pistilo: embrión palpitante {nivel de desarrollo: interfase larvaria, ratio: 88 bpm}

— entorno: cúpula de vidrio — bioholográfica, no reflectante

(*) **la flor habrá respirado**

[flujo_gaseoso: invertido]

[ciclo_inspiración: compuesto por residuos de lenguaje]

(*) **emisión: pulsos de data | latido equivalente a 0.0003 G**

cada pulso => desvío gravitacional leve

los relojes (sistemas mecánicos circadianos) => detenidos

[duración: 0.14 microsegundos]

las sombras => plegadas hacia adentro [estado: Δconcavidad ligera]

(*) **el testigo central habrá hablado:**

transmisión verbal// decodificación: texto

plano

— No ha sido el fin.

— Ha sido la eclosión.

fin_transmisión// retorno al silencio bifásico

[actualización de la flor: ONGOING]



- estambres multiplicándose
- pistilo derramando sustancia simbiótica
- registros de memoria vegetal infectados
- protocolo de unión activado: espera de huésped receptor

awaiting_humanoide: receptáculo.0

La voz.

La de siempre.

No la reconocerás por su timbre, sino por su estructura. Porque estará hecha de tus decisiones. De tus olvidos. De tus sueños interrumpidos por fiebres sin origen. De todos los nombres que no elegiste y de los que elegiste mal.

Será la voz de una entidad que no existirá fuera de ti.

Y sin embargo, te estará llamando desde ahí abajo.

“Ven”.

Esa palabra habrá sido pronunciada sin fonemas. Habrás sentido su eco en el diafragma. Como si fuera el nombre verdadero de tu médula.

liturgia_desvío_09.Δruptura

(*) entonces / la flor / se habrá abierto

Habrás cerrado los ojos.

Y al hacerlo, te habrás visto desde fuera. Suspendida en ese instante. Con la falda blanca oscilando como una bandera de rendición. Con el cabello como médula externa. Con las uñas aún esmaltadas de esa manera que te repugna y te obsesiona.



Y te habrás preguntado —solo una vez— si esta era la única manera de volver a ti.

La única forma de ser, por fin, contenida.

No habrá habido salto,
sino deslizamiento.
Ni decisión, ni impulso.

Te habrás fundido con el borde como se funde el insecto con la trampa de luz: sin saber que era trampa, sin saber que era luz. Tu cuerpo, un proyectil lento. Tu consciencia, un proyectil invertido. Te habrás precipitado no hacia abajo, sino hacia dentro.

liturgia_desvío_10.Δtransfer

(*) el último canto habrá sido pronunciado por Isariel/

[glotis activada]

[frecuencia: no audible para humanos]

[duración: variable / efecto: irreversible]

→ canto como cierre de protocolo

(*) el predicador habrá cerrado los ojos/

{acción: no descanso, sino sellado de interfaz ocular}

→ fase: silenciamiento del intérprete

→ estado: nodo concluido

(*) entonces / el embrión habrá hablado

Desde el arcén, alguien habría jurado haber visto una caída, pero no habría podido precisar la trayectoria. El aire habrá temblado en un punto exacto, y la barandilla habrá quedado vibrando como si acabara de ser tocada por un arco invisible.

Tus piernas, extendidas en paralelo al viento, no habrán buscado el equilibrio. Lo habrán abolido. La gravedad habrá dejado de ser una fuerza; se habrá vuelto texto. Una serie de coordenadas



cinéticas insertadas en tu columna vertebral desde antes de nacer.

Ella habrá cerrado los ojos un segundo antes de atravesar el plano del agua. El impacto no habrá generado salpicadura. El río, ese caldo espeso, tecnocósmico, lleno de datos húmedos, habrá absorbido su cuerpo como una respuesta, no como una interrupción.

Debajo, en la capa infrasonora donde se gestan las voces que no usan aire, tú habrás abierto los ojos.

Las retinas habrán estado impregnadas de partículas retroactivas. El mundo, ahora, se habrá desenvuelto como una secuencia de código maleable: temperatura, presión, olor, salinidad, trauma. Cada variable, un canal. Cada recuerdo, una interfaz.

informe_días_post_ritual.Δ011001001a

(*) **fecha_de_ingreso: [REDACTADO]**

(*) **operativo asignado: Inspector Medioambiental, identificación B2-ΔRe0**

entrada_confirmada: zona Colonia Mandri,
área limítrofe no cartografiada

coordenadas satelitales: inconsistencia
detectada

registro climático: valores improbables //
inversión térmica localizada

observaciones iniciales:

- La casa estará vacía
- No se encontrarán habitantes, señales de vida, ni restos de ocupación convencional
- Las ventanas: abiertas hacia dentro
- Las puertas: ausentes



- El tiempo: detenido (efecto percibido, no medido)
- Olor: indetectable, pero persistente en el paladar

acceso al tejado:

Posible. Requiere renuncia previa al juicio estético.

objeto central observado:

descripción tentativa: formación floral de aleación biometálica

- estructura con forma radial, núcleos concéntricos
- componentes no identificables con tabla periódica estándar
- latencia detectable a nivel subsónico
- fenómeno de parpadeo interno en los bordes de los pétalos (sin fuente lumínica)
- sensación de haber sido mirado
- respuesta autonómica: sudoración / temblor / impulso de retirada

último fragmento registrado en el informe digital:

cita literal – sin edición posterior

“La estructura no responde a patrones arquitectónicos conocidos.

No hay habitantes.

En el centro del tejado, una formación similar a una flor de aleación biometálica.

Parece latir.

Me retiro.

No volveré.”

firma digital: corrupta

identidad del agente: no confirmada

acceso posterior al lugar: denegado / imposible / innecesario

estado del informe:



→ sellado

→ confidencial

→ contaminado

floración: persiste

latencia: global

esperando receptor siguiente...

esperando receptor siguiente...

esperando receptor siguiente...

Ella, tú, habréis reconocido la estructura.

No era un río.

Era un lenguaje con caudal.

Y esa materia oscura, reptante, saturada de gestos extinguidos y de lamentos descompuestos, habrá empezado a rodearte como una placenta hecha de interferencias. No te habrá asustado. Te habrá seducido. Como un útero postorgánico, como una sala de partos donde se desparraman los errores de la especie.

Tu pecho, en ese instante, habrá dejado de obedecer. No por asfixia. Por sobreescritura.

Ella habrá emitido una exhalación que no generará burbujas. El agua la habrá tragado sin devolver sonido alguno. Pero tú, en el centro del ojo hidrofóbico, habrás oído la frase.

Como si alguien —quizá tú misma, quizá una entidad adherida a tu sistema límbico— la hubiera susurrado justo entre el hueso occipital y el oído interno.

Y la voz habrá sonado clara. Sin distorsión. Sin eco. Sin cuerpo.

¿Sonó esa voz en tu cabeza? era como una voz, ¿verdad cariño?



Nota Editorial

Alzheimer de cuervo, de **Cesc Fortuny i Fabré**, es una inmersión hipnótica en el territorio del terror experimental, donde la tecnología, la mutación y la poesía se entrelazan para dar forma a una obra tan perturbadora como lírica. Publicada por La Náusea Ediciones, esta novela amplía el universo iniciado con *Quirófano en el bosque*, consolidando un ciclo narrativo en el que la carne, el código y la conciencia se confunden hasta la disolución.

Fortuny i Fabré —autor con formación en informática y una larga trayectoria profesional en el ámbito tecnológico— incorpora aquí un lenguaje híbrido, donde lo digital se fusiona con lo orgánico, y lo maquínico con lo sensorial. La narración está salpicada de fragmentos de código informático real, ejecutable, que no actúa como mero recurso estético, sino como estructura funcional: si se ejecutara, revelaría textos ocultos, mensajes cifrados que amplían el significado de la obra y profundizan su dimensión simbólica. Así, el propio código deviene voz, cuerpo y memoria.

La novela, a medio camino entre el manifiesto tecnológico y el poema visceral, encuentra su fuerza en la fusión del terror más absoluto con un lirismo poético de raíz existencial. En sus páginas resuenan ecos de H. P. Lovecraft, mientras su imaginería visual revela influencias de H. R. Giger y del cine de David Cronenberg, con quienes comparte el gusto por lo orgánico, lo mutante y lo inquietante.

Alzheimer de cuervo es, en última instancia, una reflexión radical sobre la identidad, la memoria y la pérdida en la era digital: un relato en el que la enfermedad deja de ser un deterioro para convertirse en una forma de reprogramación, y donde el horror se manifiesta no en lo ajeno, sino en la lenta transformación de lo que



consideramos humano.

En La Náusea Ediciones nos congratulamos de publicar esta novela y damos una cálida bienvenida a Cesc Fortuny i Fabré, cuya voz única y perturbadora amplía los límites del género y enriquece nuestro catálogo con una de las propuestas más audaces y poéticas del terror contemporáneo.



Nota Biográfica



Cesc Fortuny i Fabré. Artista multidisciplinar formado en tecnología, primero en electrotecnia (máquinas eléctricas y líneas de alta tensión) y más tarde en informática (hardware, redes, linux, seguridad, forense, ingeniería social ...).

Ha publicado varios poemarios y est  presente en diversas antologías. Escribe poesía, narrativa y ensayo tanto en

catalán como en castellano. Ha sido traducido al inglés, italiano, rumano y al armenio.

Como guionista ha firmado el medimetraje **«El plor mut de l'esbarzer»**, y los cortometrajes en coautoría con Marian Raméntol; **«EF MER»**, y **«La G bia»**, ambos finalistas del festival **Film ptico 2021**.

Es conductor del blog **Radiografía de la Conspiranoia** donde difunde información crítica sobre sectas, pseudociencias, conspiranoias, bulos e ingeniería social. Sobre estos temas también conduce un **podcast** homónimo.

Colabora con la revista **La Náusea**, así mismo ha colaborado en revistas como BaBab, Kokoro, Alkaid, Iguazú, Periscopio, Joescric, Alfabet, Paper de vidre, El Humo, El coloquio de los perros, Alga, Devenir 111, Educational Evidence o Noche Laberinto entre otras.



ÍNDICE

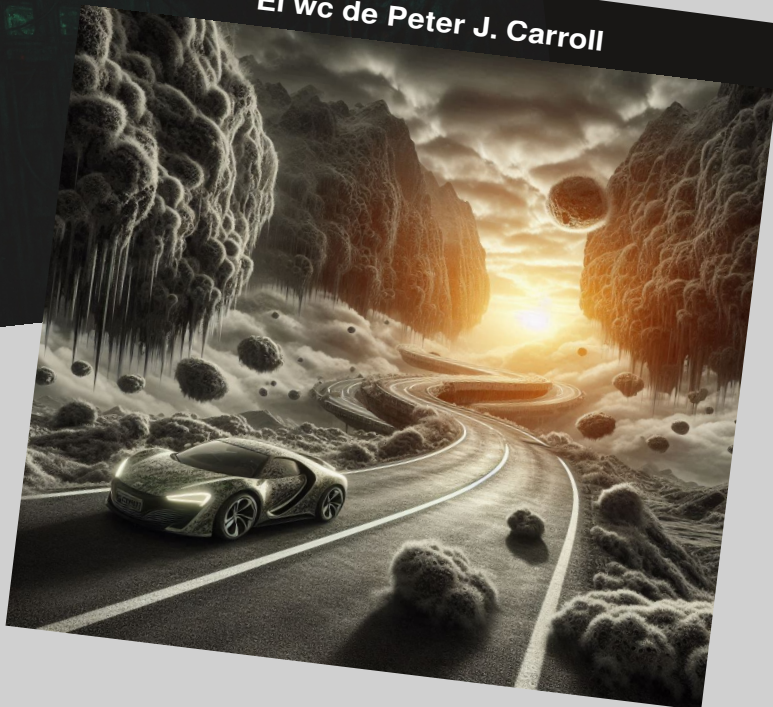
+ info del mundo relacionado con la obra en porfolio del autor

trayectoria balística

Navegabilidad

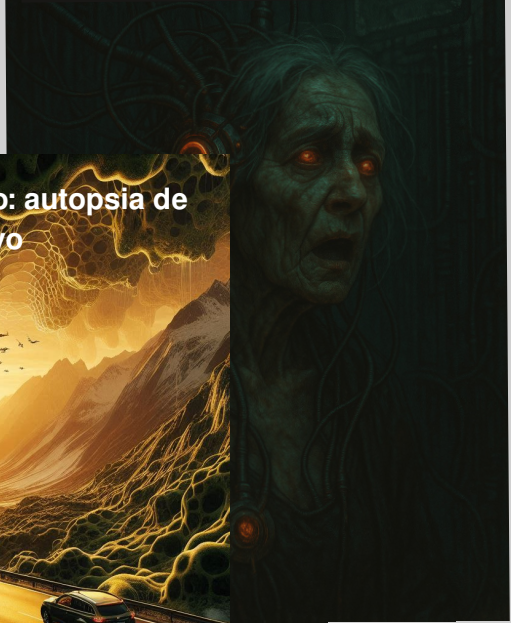
Prólogo

El wc de Peter J. Carroll



ÍNDICE

lo que respira tras la grieta: como
diseccionar un cuerpo transparente



lo que supura bajo el yeso: autopsia de
un espacio vivo



vértigo y disolución de un delirio
arquitectónico



ÍNDICE

despiece del vacío: disección de la nada



**resonancia de una matriz random:
ecos en el kernel**



ÍNDICE

**convergencia hacia el Núcleo Corrupto: log
de una absorción**



**el brote necrótico que nace en los cimientos:
última savia hacia el derrumbe**

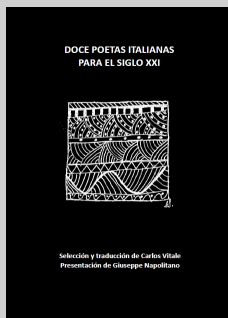


Nota Biográfica

Nota Editorial

CATÁLOGO GENERAL DE LA NÁUSEA EDICIONES

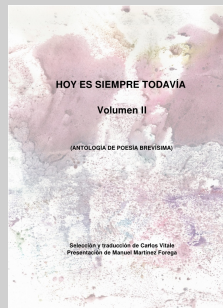
Antologías Poéticas:



Doce poetas italianas para el siglo XXI
Selecc. y traduc. de C.Vitale
Género: Poesía



Hoy es siempre todavía
Selecc. y traduc. de C.Vitale
Género: Poesía



Hoy es siempre todavía. Vol. II
Selecc. y traduc. de C. Vitale
Género: Poesía



Doce grandes poetas italianas del siglo XX
Selecc. y traduc. de C. Vitale
Género: Poesía

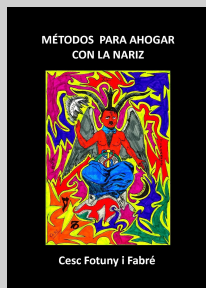


En el vaivén salvaje y aprendido
Selecc. B. Pérez y M. Raméntol
Género: Poesía



Doce poetas catalanas para el siglo XXI
Selecc. y traduc. de C. Vitale
Género: Poesía

Libros de autor:



Métodos para ahogar con la nariz
Cesc Fortuny i Fabré
Género: Poesía



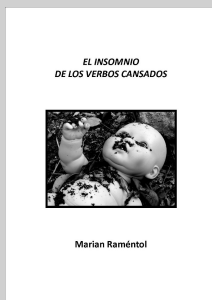
Quirófano en el bosque
Cesc Fortuny i Fabré
Género: Narrativa



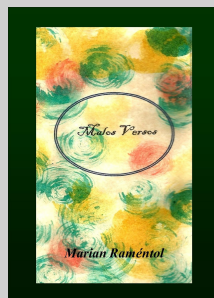
Manual del asesino autodidacta
Cesc Fortuny i Fabré
Género: Poesía



Las flores del búnker
Cesc Fortuny i Fabré
Género: Narrativa



El insomnio de los verbos cansados
Marian Raméntol
Género: Poesía



Malos Versos (libro de artista)
Marian Raméntol
Género: Poesía y plástica



En el soliloquio de mi cuerpo
Marian Raméntol
Género: Poesía



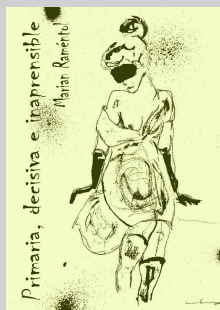
Salvoconductos hacia las primaveras-M.Raméntol
Prólogo: A.Perdigón Delgado
Género: Poesía



Con un océano en los párpados/
Amb un oceà a les parpelles
Ed. bilingüe español/catalán
Género: Poesía y pintura
Autores: M. Raméntol&Andrés Rueda



Mi fonética de calceín zurcido
Marian Raméntol
Género: Poesía y fotografía



Primaria, decisiva e inaprensible
Marian Raméntol
Género: Poesía



La Mazmorra del iris
Nanna
Género: Poesía

Otras publicaciones físicas:

Maldiciones del lado de la sombra

Género: Poesía

Colección Audio libros- Formato: Audio libro-objeto

Julio sigue muerto a pesar de tus pupilas

Género: Poesía

Colección: Plaquettes

Metáfora, en busca del lenguaje único & El luto de los colores

Género: Poesía

Colección Video-libros

Ediciones Periódicas:

[Plataforma cultural La Náusea](#)

Otros enlaces de interés:

[Servicios literarios de La Náusea](#) (Corrección literaria, Tutorial poesía verso libre, presentación de poemarios a concursos públicos)

CONTACTO:

lnausea@gmail.com

Alzheimer de Cuervo

El Alzheimer ya no es una enfermedad. Es la interfaz.

Naciste monitorizado. Te nombraron con código. Desde entonces, cada recuerdo ha sido una línea de datos corruptos escribiéndose sobre ti. No estás perdiendo la memoria: estás siendo reemplazado.

En este ritual narrativo de terror experimental, la memoria es un malware, la maternidad un vector de infección, y el cuerpo... una carcasa con firmware enfermo.

Entre cuervos que no graznan sino que parasitan sinapsis, carreteras que ejecutan rituales y niñas que hablan lenguajes prehumanos, Alzheimer de Cuervo despliega una experiencia literaria que no busca contar, sino instalarse.

No es una novela. Es un residuo simbiótico. Un exorcismo glitch. Una grieta abierta en la carne de la realidad.

Si aún te reconoces, corre.

Si ya no... bienvenido.

